IRENE ADLER

SHERLOCK, LUPIN Y YO

Las SOMBRAS del SENA

La guerra con Prusia ha concluido hace poco y la familia Adler ha decidido pasar toda una semana en su antiguo apartamento de París y saborear de nuevo su vida de antes. Para gran alegría de Irene, Sherlock y Lupin van a verla y los tres amigos muy pronto se encuentran indagando la desaparición de un primo de Arsène. Para seguir su pista y dar con él tendrán que bajar a los bajos fondos de la ciudad.

Irene Adler

Las sombras del Sena

Sherlock, Lupin y yo - 6.0

ePub r1.0
Titivillus 20.03.2019

Irene Adler, 2014
Traducción: Miguel García

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

Índice de contenido

Cubierta

Las sombras del Sena

Capítulo 1. Incienso en Notre-dame

Capítulo 2. Un día de sorpresas

Capítulo 3. Dos amigos ingeniosos

Capítulo 4. Monsieur Labyrinthe

Capítulo 5. Una tarde como filántropos (o casi)

Capítulo 6. Una larga noche

Capítulo 7. El peso de la espera

Capítulo 8. Un amigo desaparecido

Capítulo 9. Una conversación entre amigos

Capítulo 10. Un mensaje siniestro

Capítulo 11. Un río de palabras

Capítulo 12. Revuelo en los calzones rojos

Capítulo 13. Una visita a los bajos fondos

Capítulo 14. Un pequeño rey

Capítulo 15. Los misterios del Sena

Capítulo 16. El fruto de la ociosidad

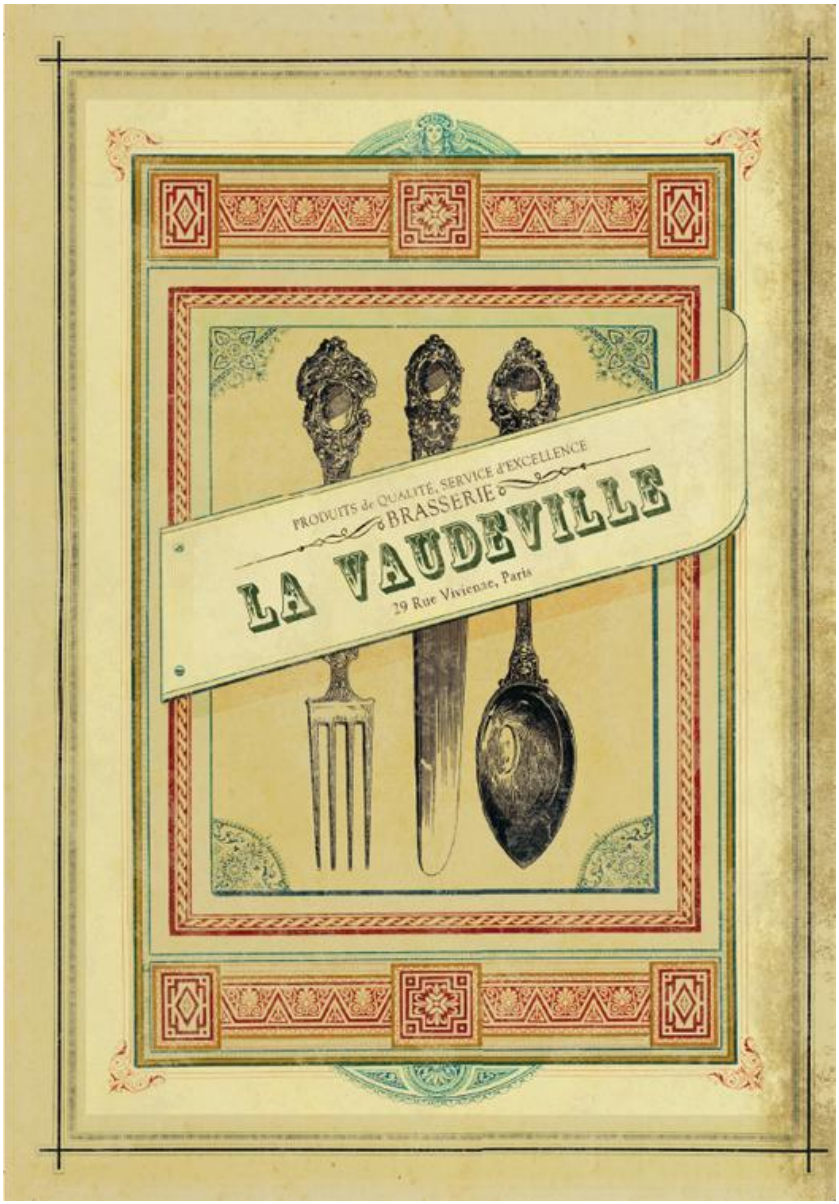
Capítulo 17. Una apuesta en la oscuridad

Capítulo 18. Lolo, el plumas

Capítulo 19. Una (poco agradable) pista

Capítulo 20. La cólera del destino

Capítulo 21. Adioses y promesas


PRODUITS de QUALITÉ, SERVICE d'EXCELLENCE
BRASSERIE
LA VAUDEVILLE
29 Rue Vivienne, Paris

Capítulo 1

INCIENSO EN NOTRE-DAME

Nunca habría esperado que fuera a asistir tanta gente a aquel funeral. Mientras me acercaba en carruaje a la catedral de Notre-Dame, en el centro de París, me había imaginado una iglesia desierta, poblada por ecos y por el ruido de la lluvia en las vidrieras. Me había vestido de negro, a juego con mi humor y mis pensamientos, y había salido de nuestra casa en el campo detrás del señor Nelson.

—¿En qué está pensando, señorita Irene? —me había preguntado mi fiel mayordomo mientras se sentaba a mi lado y el carruaje emitía un chirrido de lamento.

Yo me había quedado mirándolo. ¿Y en qué otra cosa podía pensar? El señor Jean-Jacques François d'Aurevilly, el único amigo de mi verdadera madre, había muerto. Era mucho mayor que ella, es cierto, y estaba muy enfermo, pero la noticia no solo me entristecía, sino que me deprimía y casi me hacía recelar, en vista de la sucesión de noticias poco fiables y los

acontecimientos sorprendentes que me habían bombardeado en los últimos meses.

—Pienso en que se ha muerto, Horace. Solo en eso —le había contestado, un tanto molesta por aquella pregunta tan directa. No era propia de él, me había dicho a mí misma. Y había rogado para mis adentros que el señor Nelson no estuviera cambiando también. Y que no estuviese a punto de hacerme nuevas e increíbles revelaciones.

No era el momento, eso era todo.

Y tampoco era momento de reír, había pensado, cuando al señor Nelson se le había escapado una gran carcajada que me había hecho volverme hacia él y preguntarle:

—¿Se puede saber qué sucede?

Él, el buen mayordomo que en los últimos años había velado por mí sin ser nunca indiscreto y que —a aquellas alturas yo estaba segura— sabía de mis escapadas con mis amigos y de nuestras aventuras detectivescas más de lo que me había confesado nunca, se había limitado a sonreír. Se había pasado las manos por los pantalones de terciopelo, solo un poco más oscuros que su piel, y con una sonrisa irresistible me había contestado:

—Supongo, por tanto, que su madre no le ha hablado…

Bonita manera de expresarse, había pensado yo.

—Mi madre… ¿Cuál de ellas? —le había preguntado. Porque en los últimos meses había podido comprobar que la persona a la que siempre había llamado «mamá», la señora Geneviève Adler, no era más que una madre prestada y que yo para ella era una hija adoptiva. Y que, consiguientemente, también el hombre al que siempre había adorado y llamado «papá», Leopold, no era más que un sustituto de mi verdadero padre.

Mi madre, la verdadera, se llamaba Sophie y era una condesa de Bohemia, como también bohemio había sido mi difunto padre. Después de su muerte, ella me había entregado a los señores Adler para protegerme y que los siniestros conspiradores que la buscaban para matarla no pudieran hacer lo mismo conmigo. Le había costado muchísimo, según me había dicho. Yo la había creído, pero en el fondo de mi mente había quedado clavada una espina dolorosa, una pregunta sin respuesta, un pensamiento inamovible. ¿Cómo puede una madre abandonar a su hija?

Las respuestas que me había dado a mí misma eran innumerables: la guerra, los reyes, los imperios, la rotación del planeta en la inmensa soledad del espacio. Respuestas cada vez más amplias y, por tanto, vacías, desoladoras, desconsoladas.

Llenas de ecos, como los que esperaba encontrar en la iglesia de Notre-Dame.

—No hemos hablado, no —le había murmurado al señor Nelson, mirando por la ventanilla del carruaje. No había rastro de la usual niebla húmeda que en aquella estación orna los árboles campestres aprisionando en su frágil textura las luces, los sonidos y los colores. Es más, lucía un hermoso sol claro que contrastaba con mi zozobra.

—Y tampoco, pues, con su padre, el señor Leopold… —había añadido Horace implacable.

—No lo veo desde hace días —había replicado yo—. Pero ¿se puede saber qué tienen que decirme? ¿O es que tengo que descubrirlo yo sola…? ¿Y cuándo?

El señor Nelson había asentido gravemente, aunque sin borrar de su cara aquella sonrisa enigmática.

—¿Le importaría ayudarme, Horace, dado que se encuentra insólitamente alegre y ello está haciendo que aumente mi curiosidad? —insistí.

—Solo si me promete que fingirá asombro cuando termine el funeral.

—¿Tiene programada una resurrección? —había bromeado, subrayando con cierta satisfacción mi temeraria provocación. Si el señor Nelson no se atenía a su papel de perfecto mayordomo, ¿por qué iba a empeñarme yo en ser una perfecta dama?

—¡Señorita Irene! —me había recriminado él en el acto—. ¡No estamos hablando de nada de eso!

—¡Pero no deja de ser un funeral adonde vamos! ¿O acaso me ha raptado para llevarme a África con mi verdadero padre?

—¿Y por qué a África?

—Lo decía por decir. Si he de moverme en las tinieblas de sus alusiones, mejor hacerlo con imaginación, ¿no cree?

—Tiene razón, señorita Irene. No he sido muy delicado. Pero la noticia me ha alegrado de verdad, y creo que a usted la alegrará también. Vamos a un funeral, sí, y de una persona a la que, de alguna manera, queríamos… pero sobre todo estamos yendo a París,

y en París…

El señor Nelson había dejado la frase inacabada, como si solo hubiera apartado un poco la cortina, igual que hacía en casa para anunciar a tal visitante o a tal otro. Yo lo había mirado con sospecha. Enseguida me había pasado por la cabeza una idea, pero la había desechado con la misma rapidez. No era posible que, con la guerra recién concluida y París en manos de ejércitos de desertores, más todos los numerosos peligros de los que mi madre —la adoptiva— y mi padre hablaban todo el tiempo… no era posible, me había dicho, que los señores Adler hubieran decidido por fin dejar aquella desolada casa de campo en Évreux, en medio de la niebla y las ovejas, para volver a la ciudad, a nuestro maravilloso apartamento en una última planta de la rue du Bac.

Sin embargo, la mirada de Horace me mecía durante todos esos pensamientos y elucubraciones, como alentándome a creérmelo un poco más.

Yo había alzado una ceja, tal como mi amigo Lupin me decía a veces que hiciera (él lo encontraba irresistible), y al final, tras esperar a que el carruaje dejara de dar tumbos, le había preguntado:

—No me diga que todos volvemos a París…

El señor Nelson había ensanchado su sonrisa.

—Es usted quien lo dice, señorita Irene. Y yo creo que esa es precisamente la intención de su padre.

Me disponía a asistir a un funeral y, no obstante, no pude impedir que una leve sonrisa aflorase a mis labios.

«¡París!», pensé, mirando por la ventanilla.

Al bajar del carruaje, me avergoncé un poco por aquella felicidad mía. Había conocido y estimado al señor
D’Aurevilly
y pocos días antes había recibido la noticia de su muerte con sincera pena. Pero aquel día me di cuenta, una vez más, de que el ánimo humano no acepta imposiciones: encontrarme en una iglesia llena de gente vestida de negro no era suficiente para hacerme experimentar de nuevo aquel sentimiento. No tenía intención, con todo, de faltarle al respeto a un hombre que consideraba de gran valor, así que escondí mi verdadero estado de ánimo detrás de un velete de encaje negro. No era más que una chiquilla entre muchas

otras personas, pero, quizá por ir acompañada de un hombre negro imponente como era el señor Nelson, tuve la impresión de que todos clavaban en mí sus ojos. Protegida por aquella rejilla de encaje, por primera vez en mi vida encontré útil uno de los mil complementos que la perfecta dama siempre debe saber llevar con desenvoltura y, del brazo de Horace, me encaminé hacia la solemne entrada de la catedral.

Miré las altas torres cuadradas y las cabezas de los reyes y santos desfiguradas por los revolucionarios, y entré en la iglesia abarrotada, hacia la que afluían ríos de personas. Eran pobres y mendigos en gran parte, esos miles de olvidados a los que el señor D'Aurevilly había consagrado su vida. De linaje noble, y de alma noble también, había sacrificado todas sus rentas en una obra de caridad, un hospital para mendigos donde cualquiera que entrara tras guardar la fila ante la puerta, sin tener que presentar documentos ni declarar su identidad, podía contar con una taza de sopa caliente y una cama para pasar la noche. Durante la guerra contra Prusia, el hospital se había llenado de toda clase de heridos y enfermos. Y en la agitación que había seguido a la guerra y la derrota no había dejado de ser un lugar indispensable para quien no podía sobrevivir de otra manera. Y, ahora que el señor D'Aurevilly había muerto (mi madre me había contado que padecía una penosa dolencia desde hacía tiempo), todos aquellos que habían comido al menos una vez en su comedor y dormido bajo el techo que él había hecho construir para ellos se habían reunido en la iglesia de Notre-Dame para darle el último adiós.

«El reconocimiento es la única moneda que estas personas pueden dar», pensé mientras avanzaba entre la multitud.

Sentía la presencia de todos a mi alrededor: mendigos y asesinos, ladrones y pordioseros, desertores y oficiales. Pero había también hombres y mujeres de alcurnia y con distinto aspecto, separados del ejército de pobres por un espacio vacío poco más allá de la mitad de la nave. Mientras lo recorría, dejando atrás aquella multitud de gente humilde para acercarme a las filas, más compuestas y silenciosas, ocupadas por nobles y burgueses, sentí que se me cerraba el estómago y apreté el brazo del señor Nelson

para pedirle que caminara más despacio. En cualquier caso, aunque fuera a paso lento, nosotros también atravesamos aquel espacio vacío. Porque yo pertenecía a la gente de las filas delanteras. Y aunque entre ella me sintiera como un pez fuera del agua, iba a sentarme allí.

Busqué a mi verdadera madre entre las mujeres de negro de la primera fila y, cuando la reconocí, el corazón me dio un vuelco fugaz. También ella se volvió hacia mí, me miró y me hizo un rápido gesto con la cabeza, sin añadir más.

La misa fúnebre empezó.

No recuerdo mucho de aquel día, solamente el olor penetrante del incienso, que se extendía como una bendición sobre la mezcla de olores de aquellas personas tan parecidas y tan diferentes, cada cual apesadumbrada a su manera por sus propios fracasos, que poblaban las naves majestuosas de Notre-Dame.

Capítulo 2
UN DÍA DE SORPRESAS

Lo cierto es que la relación con mis padres adoptivos iba un poco mejor. Pasado el momento de las emociones fuertes, la desilusión y la rabia, atenuada la sensación de traición por lo que me habían ocultado, había quedado lo que realmente sabíamos los unos de los otros y todo lo verdadero que habíamos vivido juntos a lo largo de los años. Y no era poco.

Leopold, mi padre, seguía siendo el hombre jovial y seguro de sí mismo a cuyos brazos siempre iría a refugiarme y cuya complicidad deseaba más que la de cualquier otra persona. Desde que había salido a la luz parte de la verdad sobre mi auténtica identidad, me parecía más tranquilo y espontáneo, como si también se hubiera librado de un peso.

Mi madre, Geneviève, en cambio, arrastraba una enfermedad cada vez más inexplicable y fastidiosa que estaba minando su cuerpo y su resistencia. Nunca había sido una mujer simpática, no habían sido pocos los momentos en que habíamos discutido violentamente, y en otro tiempo yo sufría por lo diferentes que eran nuestras maneras de pensar. Ahora que ya no me sentía en el deber de parecerme a ella en todo y por todo, había aprendido a apreciar

en parte sus maneras y sus gustos. Sus amistades, las conversaciones que le encantaba sostener, los objetos y trajes que la atraían me parecían todavía más ajenos a mí, suyos y no míos, y por ello me resultaban más curiosos que insoportables. Era como si, al saber por fin que no era hija suya, creyera haber encontrado una justificación biológica a por qué yo, pese a todo su empeño en educarme, no me había convertido en una chiquilla de buenos modales.

Al final de la misa fúnebre, Alexandra Sophie se marchó con un simple ademán de despedida, como si ya nos hubiéramos puesto de acuerdo en vernos más adelante, en otras circunstancias. Yo volví al carruaje con el señor Nelson y descubrí que estaba doblemente contenta.

No era el estado de ánimo más oportuno a la salida de un funeral, pero qué le iba a hacer.

—¿Ha visto cuántas personas, Horace? Desde luego, el señor D'Aurevilly debía de ser muy querido… —comenté mientras rodábamos por la orilla izquierda del Sena hacia nuestro piso en la rue du Bac. El señor Nelson las había visto, naturalmente, pero no me respondió nada interesante. Durante todo el trayecto se limitó a mirar la calle y se ponía nervioso cuando el coche aminoraba la velocidad.

Era la segunda vez que volvía a París desde que había estallado la guerra y la ciudad no se había repuesto aún de los acontecimientos que la habían destrozado. Pero se estaba rehaciendo y se trabajaba febrilmente; miráramos a donde miráramos había obras de pavimentación de calles y reestructuración de edificios. Sabía que había que evitar algunos barrios de la ciudad, en especial el laberinto de callejas que, a espaldas mismo de la catedral, ascendía hasta Le Marais, pero me alegraba volver a ver por la ventanilla edificios y bulevares llenos de personas.

Cuando nos detuvimos frente al número 8 y miré hacia arriba, casi no reconocí nuestro viejo edificio. Lo recordaba blanco, pero se veía oscuro, ennegrecido por el tiempo y el abandono, y los ventanales que en mi memoria infantil eran inmensos me parecieron minúsculos, como rejas de una cárcel. El tejado empinado, negro, resultaba insólitamente amenazador y la calle en que había crecido me parecía más estrecha de como la recordaba.

Horace empujó el portón, mascullando que debía darse prisa para ayudar a la señorita Legnac, la criada de la familia que seguía a mi madre (mejor dicho, que se adelantaba a ella) a cada nueva casa. Y, en efecto, había desaparecido de Évreux un par de días antes junto con las otras dos personas de la servidumbre; se daban todos los indicios para intuir que mis padres habían tenido la idea de volver por algún tiempo a París. ¡Tendría que haberlo comprendido enseguida! Si llegaba a enterarse mi amigo Sherlock, estaría tomándome el pelo el resto de mi vida.

Me mordí un labio al percatarme de improviso de lo prisionera que había estado en mi habitación y en mis pensamientos durante aquel verano transcurrido en Évreux.

Pero ya basta, me dije. ¡Había vuelto a casa!

—¡¿Señorita Legnac?! —grité por el hueco de la escalera—. ¿Mamá? ¿Papá?

Nuestro edificio era muy silencioso. Muchas de las puertas y ventanas estaban cerradas, señal de que los otros vecinos no habían regresado. O, peor, de que no quedaban vecinos.

Mi padre me esperaba delante de la puerta abierta. Se retorcía su gracioso bigote y, en cuanto me vio aparecer en lo alto de la escalera, me llamó con los brazos abiertos.

—¡Irene!

Volé hasta él.

—¡Papá, papá! —repetí no sé cuántas veces—. ¡Qué sorpresa! ¡Qué sorpresa!

Él me revolvió el pelo, hizo un gesto de saludo al señor Nelson y luego me invitó a entrar. Nuestro apartamento relucía por las velas encendidas (no había otra manera de iluminar las estancias) y olía a los saquitos de lavanda que la señorita Legnac había distribuido por todas las habitaciones. Horace pasó por nuestro lado para ocuparse de quién sabía qué obligaciones y papá me llevó al salón.

—Irene… —me saludó mi madre adoptiva. Estaba pálida la pobre, prueba de que el viaje desde Évreux la había debilitado. Pero tenía la barbilla alta, desafiando su mala salud, decidida firmemente a dejar claro que aquella era su verdadera casa, de la cual ella era la indiscutible señora. Mi padre la había hecho sentar en el butacón azul que usualmente nadie podía disputarle a él, colocado delante de la ventana más amplia de nuestro apartamento,

desde la que se veían las hileras de tejados de los edificios más bajos. Geneviève dejó sobre la mesita un vaso lleno de un líquido con burbujas y, apoyándose en el brazo de la butaca, se levantó. Fue un gesto titánico e inesperado y corrí hacia ella. Incapaz de mayores efusiones, le estreché las manos, porque no la veía en pie desde hacía mucho tiempo, el mismo que hacía que no la abrazaba con fuerza. Me había olvidado de cómo era mi madre. O quizá nunca lo había sabido.

—¡Ha sido una maravillosa sorpresa! —le dije, dejando que se sentara otra vez en la butaca de mi padre—. ¡París, por fin! ¿No estáis contentos vosotros también?

Mis padres adoptivos intercambiaron una mirada de preocupación.

—Será solo una semana, Irene —me dijo mi padre—. Solo para probar cómo sería volver a casa…

—¿Solo una semana? —pregunté, afectada, e hice una mueca—. Y luego… ¿volveremos a Évreux?

Mi madre adoptiva se rio de mi cara cómica y cogió el vaso.

—Estoy de acuerdo contigo, Irene… No se puede vivir en el campo toda la vida. ¡Es tan *mortalmente* tranquilo!

—¡Señoras, señoras! —soltó mi padre, divertido por aquel insólito comentario de su mujer—. Unas palabras muy inapropiadas, dado el acontecimiento que nos ha traído aquí.

—¡Pero papá! Mam… —La palabra se me atragantó. Continué, pero demasiado tarde para que no se hubieran dado cuenta de mi titubeo—. Mamá tiene razón. ¡Évreux es un aburrimiento mortal!

—Y Londres, en estos momentos, está demasiado lejos para mí —añadió ella en mi apoyo, como dándome a entender que mi traspié no había sido tan grave.

—Ya veremos qué tal os encontráis, ambas… —aseveró Leopold —. Y dentro de una semana decidiremos qué hacer.

Ella y yo nos miramos. Nunca habíamos sido cómplices en nada. Pero tal vez pudiéramos hallar la manera de serlo. «¡París!», decían nuestros ojos brillantes.

Aunque estar en la ciudad era peligroso.

O puede que precisamente por eso.

Mientras la servidumbre se afanaba silenciosamente en hacer más acogedora nuestra vieja casa (con el clásico de la señorita Legnac,

es decir, grandes ramos de flores por todas partes), les pedí permiso a mis padres para ir a cambiarme.

—No hay nada más triste que un vestido de luto… —murmuré, y ellos estuvieron de acuerdo.

—¿Has visto por casualidad a…? —esbozó la pregunta mi padre, un tanto cohibido, lo que me dio a entender que no sabía bien cómo llamar a mi verdadera madre.

—¿A Sophie? —Lo saqué del apuro—. Sí, la he visto.

—¿Y cómo te ha parecido que estaba?

—Solo hemos intercambiado un rápido gesto de saludo. Pero supongo que en los próximos días tendremos oportunidad de hablar…

—Supones bien —dijo Geneviève con cierta brusquedad. Luego miró a su marido.

—Nos hemos escrito —añadió Leopold—. Le he contado que nos quedaríamos en París un tiempo y nos hemos puesto de acuerdo para que podáis veros en la Obra Benéfica.

Asentí satisfecha. Era bonito saber que mi padre se había preocupado por organizar aquel encuentro y que también Geneviève, aunque aquello la perturbara, estuviera convencida de la necesidad de que yo hablara a solas con Sophie. Por otra parte, había sido ella precisamente quien, antes del verano, me había animado a reunirme con mi verdadera madre en las montañas de Davos para que esta pudiera hablarme personalmente de mi pasado.

—Muy bien —dije, porque lo pensaba de veras—. Me parece una excelente idea.

En aquel momento, el señor Nelson entró por la puerta del fondo del salón sosteniendo una bandeja de plata con unas copas de cristal, que dejó en la mesa de comedor. Conté sin querer las copas y me di cuenta de que eran demasiadas para nosotros.

—¿Esperamos invitados para cenar? —pregunté con curiosidad.

Horace apenas alzó la mirada.

—¿Esperamos a alguien, papá? —repetí, dado que nadie parecía haber oído mi primera pregunta.

—Es una pequeña sorpresa, Irene… —me respondió mi padre con una sonrisa divertida.

Geneviève no tenía una expresión tan satisfecha y, por ello, comprendí que debía de tratarse de una idea de mi padre a la que

ella simplemente había accedido.

—¿Quién viene, papá? —insistí.

El señor Nelson estaba poniendo la mesa para seis personas, así que los invitados misteriosos eran tres. Una pareja con su hija, pensé. ¿En París?

—No son los Deschamps, ¿verdad? —pregunté mientras en mi mente aparecía el retrato de una horrible familia de tratantes de madera que, por algún motivo (trabajo, creo) había trabado amistad con Leopold.

Mi padre me dio un leve azote en el trasero y me invitó a dejar el salón.

—¡He dicho que es una sorpresa! Ve al cuarto a cambiarte. Y tómate todo el tiempo que necesites. ¡La señorita Legnac te ha preparado un baño caliente!

Obedecí, extrañamente alegre, y mientras recorría el pasillo que me separaba de mi dormitorio, a lo largo del cual la señorita Legnac se había ocupado de colgar los cuadros en su sitio, me percaté de otra cosa rara: la habitación de invitados había sido preparada con las dos camas separadas y había unas toallas apiladas sobre la mesilla.

¿Es que dos de los invitados se quedarían también a dormir? Podía parecer completamente normal, puesto que en aquel período no era fácil encontrar un alojamiento seguro, ni siquiera uno económico, en París. Pero estaba bastante sorprendida, porque muchas veces había oído pontificar a Leopold contra la mala costumbre de hospedar en casa a desconocidos.

Abrí la puerta de mi cuarto y pensé: «Por lo tanto, no deben de ser desconocidos. Al menos para él».

Fui hasta mi vieja ventana y la abrí, sorprendida por la melancolía que me provocaba aquella vista sobre los tejados de la ciudad. Era como si hubiera estado fuera desde hacía años, cuando en realidad solo había transcurrido uno. Pero habíamos viajado muchísimo: a Saint-Malo para pasar el verano; luego a Londres a causa de la guerra; después a la casa de campo en Évreux, donde Geneviève había podido respirar sin que la contaminación y el polvo de carbón de la capital inglesa minaran sus pulmones; y por último una breve y movida estancia en Davos en compañía de Sophie.

A todos aquellos lugares, que había atravesado como un ave migratoria en busca de mi lugar en el mundo, solo dos personas me habían seguido siempre: mis inseparables amigos Sherlock Holmes y Arsène Lupin. ¡Se las habían ingeniado para estar conmigo aunque solo fuera una semana! Arsène había acompañado a su padre, artista de circo, Sherlock había ganado un viaje en un torneo de ajedrez o se habían escapado de casa (eso lo habían hecho ambos). Todo pretexto era bueno para vernos y pasar algún tiempo juntos. Y para ayudarme cuando lo había necesitado. Habían estado a mi lado y yo al suyo. Cuando, en una de nuestras investigaciones, tuvimos que escondernos bajo la cama de un tahúr, Lupin me había besado, y en las muchas situaciones de peligro en las que nos habíamos metido Sherlock me había protegido y me había estrechado contra él con fuerza. La Navidad anterior, además, uno de los dos —aún no sabía cuál, y quizá no quisiera descubrirlo tampoco— me había deslizado en el bolsillo un colgante de oro en forma de corazón.

El por qué no deseaba descubrirlo estaba muy claro: quería mucho a mis dos amigos y sabía que ellos también me querían mucho a mí. Pero si aquel cariño derivaba en un sentimiento más hondo, y mayor, se convertiría en algo demasiado complicado para los tres.

Algo que, sabía o temía, nos dividiría para siempre. Y algo que, pese al acoso del tiempo y de la vida a nuestro alrededor, yo hacía de todo para que no ocurriera.

Sin embargo, como siempre me sucedía cuando me perdía en aquellos pensamientos, también aquella vez, delante de la ventana de mi antigua habitación, sentía arder las mejillas con un calor insoportable y el pecho se me hinchó con un gran suspiro que dejé escapar como si soltara una cometa.

¡Qué complicado era lo de quererse!

Afortunadamente, en aquel momento oí las pisadas de la señorita Legnac, que entró en mi habitación sin llamar y se disculpó cuando me vio dentro.

La señorita Legnac llevaba con nosotros desde que yo era muy pequeña y solo se ausentaba por breve tiempo para ocuparse de su otra familia (tenía una hermana en Bélgica, me parece); al haberme criado desde que estaba en pañales, no le cabía en la cabeza que yo

había crecido y seguía comportándose conmigo con amable firmeza, manejándome como si fuese una muñeca de trapo.

«Vamos, señorita Irene… Ahora desabrochemos estos botones y…»

Y siempre, cuando ya no veía surgir de debajo de mi ropa el cuerpecito compacto de una niña, sino el de una adolescente, la notaba dudar, sentir vergüenza casi, sorprendida por cómo el tiempo alteraba nuestro aspecto.

Así que yo la abrazaba, me dejaba llevar a la bañera, que me lavase ella y me espolvoreara con talco, como siempre había hecho cuando todos éramos más jóvenes. En aquella nube blanca y fragante escondíamos nuestros pensamientos más secretos y nos ahogábamos de la risa.

Aquel día fue igual y, cuando terminamos el baño, la señorita Legnac se limpió las manos en el delantal, tan satisfecha como si hubiera acabado de despellejar los conejos para la cena.

Me miró mientras me acercaba a la cama para ponerme el vestido de la velada y dejó escapar un pequeño suspiro.

—Qué hermosa es, señorita Irene… —me dijo—. El hombre que se dé cuenta será afortunado.

—¿Y quién ha dicho que debe ser un hombre a la fuerza, señorita Legnac? —le pregunté con malicia.

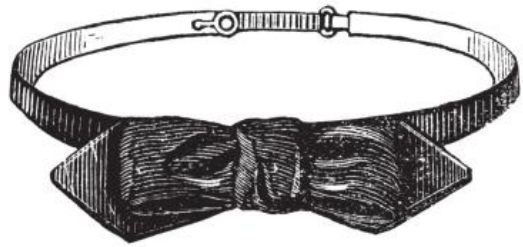
Ella se sonrojó como una brasa atizada con el fuelle.

—¡Señorita! —exclamó.

—También podrían ser dos hombres, o más, ¿no cree? —concluí entre carcajadas, haciendo que abandonara el cuarto escandalizada.

Capítulo 3

DOS AMIGOS INGENIOSOS



No pude ver llegar a los invitados de aquella cena —fueran quienes fuesen—, pese a que, tras el baño caliente, me había quedado asomada al balconcito de mi habitación observando la calle. Pero, poco antes de que el sol se pusiera, una llovizna mojó las calles de París y el aire se volvió frío de repente. Me resigné a cerrar los cristales y fui a reunirme con Geneviève en el salón llevándome un libro que me había prestado el señor Nelson.

—¡Oh, cielos, qué horror! —comentó la señora Adler cuando vio cuál era.

Se trataba de la primera recopilación de relatos de *Los misterios de París*, de Eugène Sue, un folletín popular de tono truculento que describía las aventuras de un grupo de nobles que se aventuraban en los barrios más sórdidos de la ciudad a la caza de malhechores.

Ni siquiera intenté defender las virtudes del libro, sabía muy bien lo contraria que era Geneviève a aquellas novelas que hablaban de delitos atroces, gente asesinada y delincuentes sin escrúpulos. Los consideraba una barbarie de nuestra época, ignorando por lo demás el hecho de que en las páginas de los periódicos se leían historias parecidas, pero mucho peor escritas.

Y también me esperaba su pregunta:

—¿Cómo lo has conseguido? ¿Por qué te gusta que te cuenten todo ese horror, Irene?

—¡Tú también deberías leer las andanzas de Rodolphe y el Chourineur, son divertidas! —le respondí, pasando por alto su primera pregunta, porque tenía un pacto secreto con mi mayordomo y, si lo incumplía, su biblioteca de narrativa popular se me cerraría para siempre.

—¿Rodolphe y el «acuchillador»? ¿Divertidas? ¿Y qué puede haber de divertido en un criminal que…?

—Él no es malo en realidad, aunque haya matado a un hombre. El verdadero malo es el notario Ferrand, ¡y también sus secuaces, que desfiguran con ácido a aquellos que les caen mal!

Geneviève se llevó la mano a la boca y reprimió un gritito de auténtico espanto.

—¡Basta, por favor!

—¡Pero si todos son capturados y castigados! —continué yo—. Por eso es divertido leer estas historias…

—Un poco de justicia, sí, un poco de justicia… —murmuró mi madre adoptiva.

—Aunque, por ejemplo, el Maître d'École es tan malvado que, en vez de arrestarlo, ¡Rodolphe lo deja ciego para que pase el resto de su vida arrepintiéndose!

Vi que el rostro ya pálido de Geneviève se ponía aún más blanco y pensé que me había sobrepasado. Le pregunté entonces qué era lo que estaba leyendo ella y oculté mi libro de los horrores a la espalda. Aquello, en cierto modo, funcionó y ninguna de las dos notó pasar el tiempo hasta el momento en que Leopold se unió a nosotras y nos anunció, radiante, que nuestros invitados habían llegado.

Me levanté de la silla y, con dos rápidos golpecitos de la mano, me alisé el vestido de color violeta. Luego ayudé a Geneviève a ponerse en pie y a saludar al primero de los invitados, un joven impresionante y extremadamente elegante, si bien algo incómodo con sus movimientos. Tenía una mirada aguda y distraída al mismo tiempo, y un modo de mover los brazos y las piernas que revelaba una extraña forma de pereza, como si no sintiera una necesidad real de controlarlos del todo. Lo reconocí al instante mientras le

estrechaba la mano a Geneviève dudando si besársela o no, porque ya en otra ocasión había tenido que ver con él. Pero, para que la sorpresa de tenerlo ante mí fuera completa, debí esperar a que apareciera también su hermano, siete años menor.

—¡Sherlock! —exclamé en cuanto mi prodigioso amigo hizo acto de presencia en la puerta. Él me miró como se mira un tesoro y sentí más calor en aquella mirada que en todas las que me había dirigido hasta entonces. No sabría decir por qué, si porque Sherlock se había olvidado de controlarse o porque estuviera particularmente contento de verme, pero hubo un momento que todavía hoy recuerdo como una descarga de energía.

A diferencia de su hermano, a él el traje negro le sentaba a la perfección y se movió por el salón de nuestra casa como un bailarín. Saludó a mi madre con una impecable inclinación y se puso a mi lado, recuperando aquella mirada suya impenetrable que a mí, sin embargo, siempre me había resultado terriblemente fascinante.

Mientras le besaba en la mejilla, que olía a loción de bergamota, le susurré:

—Luego me explicas cómo es que estáis aquí…

Él respondió con un ademán de la cabeza y en ese momento entró el último de nuestros invitados. Cabello reluciente, negro, peinado hacia atrás. Llevaba una pechera de seda negra, zapatos brillantísimos, camisa blanca y una pajarita que parecía una mariposa a punto de alzar el vuelo. Si Sherlock se había movido como un bailarín, el último en llegar atravesaba la sala como un animal feroz. Una pantera, un equilibrista, un pirata caballeroso: lo que ya era en el fondo y en lo que se convertiría.

—Arsène Lupin, señora —se presentó, inclinándose ante Geneviève como si fuera la emperatriz de Japón.

Y ella, la emperatriz de Japón, decidió en el acto que aquel rebelde con cara de *clown* era adorable.

—¡Pues sí que…! —exclamé.

Pero no pude añadir nada más. Porque había vuelto a mi vieja casa, mis padres adoptivos me querían y yo los quería a ellos, y habían venido a cenar mis dos grandes…, mis dos únicos amigos verdaderos.

Era excesivo.

Toda aquella felicidad me dio miedo.

Pero por una vez disfruté de ella, asustada y contenta.

A fuerza de hacer preguntas, al final me enteré de cómo habían ido las cosas. Aquella cena se debía en parte a la casualidad y en parte a la intuición de mi padre, Leopold.

La casualidad había querido que Leopold y Mycroft Holmes, el hermano mayor de Sherlock, se conocieran por cuestiones de trabajo: Leopold por sus acererías y Mycroft encomendado por el gobierno inglés. Dado el motivo por el que nos habíamos desplazado temporalmente a la ciudad, el funeral del señor D'Aurevilly, mi padre se había preocupado de que en París yo encontrara un ambiente lo más agradable posible. Y puesto que Leopold, aparte de ser un hábil empresario —o quizá por eso mismo—, era también buen observador, había comprendido claramente que Sherlock Holmes y Arsène Lupin serían las dos únicas personas a las que tendría ganas de ver. En vez de dejar que nosotros tramáramos en la sombra un plan para reconstituir nuestro aventurero trío (¡aunque dudo que mi padre tuviera idea de lo aventurero que era en realidad!), se había encargado él, aprovechando el contacto con Mycroft, de organizar aquella cena.

Arsène Lupin había sido más fácil de encontrar, porque su madre provenía de los ambientes nobiliarios a los que mi madre aspiraba a pertenecer.

Sherlock y Arsène saludaron amistosamente al señor Nelson cuando este les sirvió el asado y las patatas cocinados por la señorita Legnac, y Mycroft alabó la perfección de la receta.

—¿Se quedará mucho en París, señor Holmes? —le pregunté cuando nos trajeron el postre, una tarta de hojaldre con nata montada.

—Una semana, tengo entendido —respondió él con los ojos brillándole a la vista de la nata.

—Tu padre fue muy amable al ofrecernos dormir en vuestra casa esta noche —intervino Sherlock—. Pero, entretanto, Mycroft ha encontrado habitación en el hotel Cheval Blanc.

No logré esconder una pizca de desilusión.

—Si quieren invitarme a mí, entonces… —apuntó jocosamente Arsène Lupin—. Aceptaría con mucho gusto, porque el apartamento que comparto con mi padre está en la parte opuesta de la ciudad. ¡Y

a veces ocurre que algún prusiano nostálgico nos cañonea todavía!

Leopold rio, mientras afirmaba con la cabeza, y otro tanto hicimos todos menos Sherlock, que le dirigió a nuestro amigo una sonrisita guasona.

Y Arsène, a su vez, le hizo una señal con la mano de que ahora le tocaba a él.

¿Qué estarían confabulando ya aquellos dos?

Lo supe al final de la cena, cuando Mycroft anunció que había llegado la hora de marcharse. Al levantarse de la mesa, Sherlock se restregó los ojos con la palma de la mano y luego acusó un extraño malestar; se puso pálido, los ojos se le hincharon y pareció a punto de desmayarse.

Bajo la mirada azorada de su hermano, lo tumbamos en el sofá. Lupin le desató los zapatos y le desabrochó el cuello de la camisa mientras le murmuraba al oído:

—¿Qué te has echado en los ojos para que se te hinchen así?

A los demás, en cambio, nos dijo en voz alta:

—¡Me temo que Sherlock se resiente del viaje!

Sherlock, como el formidable actor que era, se estremeció ligeramente en su postración y Arsène le pidió a mi madre, ya muy ablandada:

—Tal vez convendría que, por esta noche, nuestro amigo se quedara a dormir aquí. Con gusto le cederé mi cama… y yo me acomodaré en el sillón, o en el suelo a su lado, para asegurarme de que está bien.

Yo me quedé de piedra ante el descaro de aquel ruego y pensé que ninguno de los presentes iba a tragarse aquel simulacro, pero me equivocaba. Mycroft pareció ansioso por irse lo antes posible, Leopold estaba preocupado y Geneviève se mostraba auténticamente impresionada por las bufonadas de Arsène. «¡Pero cómo que te vas a quedar en vela!», estaba por exclamar yo. ¿Es que no se daban cuenta de que era todo una tomadura de pelo?

Cuando oí a mi madre contestar que, por supuesto, era mejor que ambos pasaran la noche en la habitación de invitados, capté la mirada entre mis amigos y de golpe dejé de preocuparme.

«Pues claro, ¿cómo no lo he pensado antes?», me dije. ¡Aquellos dos bribones simplemente habían ideado un plan para poder quedarse a dormir en mi casa!

Capítulo 4

MONSIEUR LABYRINTHE

Cuando el señor Nelson y la señorita Legnac dejaron de hacer tintinear los cubiertos en la cocina y la casa se sumió en el silencio, esperé a ver qué sucedería. Di vueltas en mi habitación, un poco emocionada y un poco frenética, y fui en primer lugar a la puerta del pasillo, que, prudentemente, había dejado entornada. Pero afuera no se oía ningún ruido salvo los pasos lejanos del señor Nelson en el suelo de madera y los suaves ronquidos de Leopold en la habitación contigua. La puerta de la habitación de invitados, blanca y con el picaporte de latón oscuro, estaba bien cerrada. Así que fui al balcón y abrí los postigos. Me asomé para mirar afuera y pude ver que no había luz en la ventana del cuarto de mis amigos, más allá de la de mis padres adoptivos. ¡Pero no podía ni imaginar que Arsène Lupin y Sherlock Holmes estuvieran durmiendo plácidamente después de todo lo que habían hecho para llegar hasta allí (y presentarse, esta vez, de la mejor manera)!

Calculé que, entre mi ventana y la suya, había un salto de unos cinco metros. Demasiados, incluso para Arsène. ¿Estarían

fabricando una cuerda? ¿Y qué señal me harían cuando fueran a lanzármela?

Todavía estaba muy asombrada, y confundida, por haberlos visto aparecer. La lluvia nocturna cantaba sobre los tejados de chapa mientras bendecía para mis adentros la sensibilidad de mi padre Leopold y su idea de no dejarme sentir demasiado sola. Experimenté una punzada de aflicción, aguda y profunda, ante la idea de que él no fuera mi verdadero padre, porque nunca como entonces lo había sentido tan cercano y comprensivo.

Me sobresaltó un débil tamborileo a mi espalda. Me volví de sopetón. Pero mi habitación estaba a oscuras, desierta y silenciosa. ¿Entonces?

El ruido se repitió, esta vez un poco más fuerte. Observé la *boiserie* que forraba las paredes del cuarto hasta la altura de mi ombligo.

Toc-to-toc. To-toc.

Aquel sonido provenía del trozo de pared a la izquierda de la chimenea.

Me agaché frente a él y escuché.

—¿Chicos? —murmuré, incrédula.

Me pareció oír un par de voces hablando, una imprecación y, por último, antes de que pudiera decidir qué hacer, me vi arrojada hacia atrás en la habitación y casi me di con el gran barreño de cobre que me servía de bañera.

En la *boiserie* se había abierto una puertecita y en el hueco junto a la chimenea asomaba ahora un abrillantado zapato negro.

—¡Ya era hora! —exclamó su dueño, encogiéndose para entrar en mi dormitorio.

Era Arsène, e inmediatamente después de él surgió Sherlock. Miraron a su alrededor como dos piratas en la cueva del tesoro y yo aproveché aquel instante para agredirlos con insultos, proferidos en voz baja para no llamar la atención del señor Nelson.

—¿Se puede saber qué hacéis aquí? —les solté, tratando de que no pareciera que me divertía, como en realidad hacía—. ¿Cómo habéis hecho para salir de ahí detrás? ¿Qué hay dentro?

Por toda respuesta, ambos se sacudieron el polvo del pijama. De lana y con un terrible dibujo *pied-depoule* el de Sherlock, ligero y sedoso el de Arsène.

—Es una característica de los edificios de Eugène Dungeonnes —explicó Sherlock primero.

—¿Perdón?

—El arquitecto que construyó la casa en la que vives —puntualizó él—. Eugène Dungeonnes, llamado «monsieur Labyrinthe». Siempre construía pasadizos secretos y pequeños túneles con puertas diminutas en sus edificios. Una manía arquitectónica muy apreciada por cónyuges infieles, según parece.

—Y también por enanos y niños, supongo —comentó Arsène.

Miré la puertecita de la pared.

—¿Me estás diciendo que en *mi* casa hay un pasadizo secreto? —pregunté.

—Exacto —me respondió Sherlock—. Hay uno en cada habitación. Y, en la mejor tradición de Dungeonnes, siempre al lado de la chimenea. Confluyen en un estrecho túnel en lo alto del tejado, justo debajo de las buhardillas, en el que apenas hay espacio para pasar…

—Y por donde, en todo caso, nadie pasaba desde hacía años —añadió Arsène, sacudiéndose el polvo de encima.

Le señalé el gran barreño de cobre en el centro de la habitación.

—Si quieres…

Él denegó cortésmente y cerró con cuidado la puertecita de la pared. Sherlock fue a ver si el pasillo estaba tranquilo y después cerró la puerta por dentro y se apoyó contra ella.

—Ni un alma —confirmó.

Yo los miré emocionada.

—¡Bien, aquí estáis!

—Eso parece.

—¡París bien vale algún riesgo!

Si se piensa en los que habíamos corrido la última vez que habíamos estado en la ciudad, no había afirmación más acertada.

Nos acercamos los unos a los otros y nos estrechamos por los hombros, como siempre hacíamos cuando nos volvíamos a ver. Había que superar el momento inicial, en el que parecíamos olfatearnos como para estar seguros de que éramos nosotros de verdad, pero, una vez comprobado, nos poníamos a hablar sin freno de lo que nos había sucedido desde nuestro último encuentro y, con la misma rapidez, a organizar y a planear nuestro futuro.

A Sherlock lo habían matriculado en un internado que era bastante importante y cuyo nombre nos dijo, pero no se me quedó en la cabeza. Otra aventura, unos meses más tarde, me haría arrepentirme de aquella distracción, pero no era cuestión de pensarlo en aquel momento, mientras escuchaba lo que contaba de la vida londinense, abrazada a él y a Arsène con nuestras prendas ligeras de dormir. En casa de Holmes, gracias a Mycroft y a sus prodigiosas dotes de cálculo y memorísticas, por fin había entrado algo de dinero.

—Entraría mucho más solo con que él se decidiera a salir de vez en cuando de casa y trabajar en serio… —se desahogó Sherlock.

—No deberías quejarte, en vista de que te ha traído aquí… —le hice notar, y él resopló.

—Ha sido precisamente al contrario, amiga mía… —refunfuñó con su acostumbrada hosquedad—. Soy *yo* quien lo ha traído a él aquí, encontrándole casi por mi cuenta un encargo gubernamental que pudiera serle útil.

—Pero ¿a qué se dedica exactamente tu hermano? —le preguntó Arsène.

—Convierte divisas —respondió Sherlock.

—¿Qué?

—Libras esterlinas en napoleones, en luises de oro, en marcos o en dólares americanos. Le dices una cifra cualquiera y él la convierte al instante, sin equivocarse ni en un decimal. Trabaja para la vieja dama de Threadneedle Street.

Lupin y yo lo miramos con ojos de ignorancia.

—¡El Banco de Inglaterra! —nos explicó entonces Sherlock, pasando al nombre más convencional de aquella honorable institución.

—¡Como mi primo Hibou! —dijo entonces Arsène—. También él trabaja en banca. Pero no es ningún fenómeno, ¡en absoluto!

—¿De verdad se llama Hibou? —le pregunté.

—No, pero mi padre lo llama siempre así, porque dice que parece un búho, y a fuerza de oír ese nombre para mí ya es Hibou también.

—Pues nos ha hecho un gran favor… —susurró Sherlock entonces.

—Y tanto —dijo Arsène.

Como tenía claro que aludían a algo de lo que yo no estaba al corriente, los interrumpí y quise que me lo contaran.

—Es el motivo por el que estamos aquí ahora… —me dijo Arsène con los ojos brillándole en la oscuridad.

—Creía que estabais aquí por nuestro juramento de estar siempre juntos, ocurra lo que ocurra —les recordé un tanto maliciosamente. Habíamos hecho el juramento en Saint-Malo una mañana nublada, cuando decidimos que nuestro trío sería inseparable.

—¡Oh, por supuesto! Naturalmente, por el juramento… —continuó Arsène—. ¡Pero también por las entradas para el boxeo!

Me quedé estupefacta. En la mano de mi amigo aparecieron cuatro entradas escritas a mano y toscamente selladas.

—¿Dé qué hablas?

—Mi primo Fabien, apodado Hibou, trabaja en banca, como te he dicho; mi madre le encontró ese trabajo gracias a sus amistades… Pero él no tiene nada de santo. Pensándolo bien, ¡se habría sentido mucho más a gusto en una familia de vida desordenada como la de mi padre! —En ese punto, Arsène hizo una pausa para soltar una sonora carcajada—. El caso es que ahora mi madre está convencida de que a su alrededor solo hay canallas —concluyó.

—¿Y qué hace que sea tan grave? —le pregunté—. ¿Roba?

—¡No! —exclamó Arsène—. No puedes robar en un banco si trabajas en banca. Es como robar a los ladrones, el código lo prohíbe.

—¿Qué código?

—El libro no escrito de las normas de los ladrones —me explicó Sherlock, que hizo un gesto a Arsène para que prosiguiera.

—Mi primo se limita a tener debilidad por las malas compañías —explicó entonces mi amigo—. Gente de los bajos fondos, chantajistas, contrabandistas, apostadores… personas de esa clase.

—La verdadera vida —dijo Sherlock, sonriendo enigmáticamente.

—Lo importante es que, cuando se ha enterado de que quería ofrecerles a mis amigos algo bueno, me ha conseguido cuatro entradas para el combate clandestino de boxeo de mañana por la noche. Lo organizan los apostadores judíos en un patio entre la rue

Barbette y la rue du Temple… La única manera de poder entrar es tener de estas. —Nos enseñó las entradas como si fueran un mapa del tesoro y luego añadió—: Y ser hombre.

Enderecé la espalda.

—Nada de mujeres en los combates. Los apostadores dicen que dan mala suerte.

—¡Pues vaya! ¿Y qué creéis que puedo hacer para ir, entonces?

—Bueno… —observó Arsène, mirándome insolentemente—. Con una camisa larga y unos pantalones tú no…

—Yo no ¿quéee?

Arsène hizo un gesto extraño en el aire con las manos y comprendí en el momento a lo que se refería.

—¿Acaso me está diciendo que no tengo exactamente las formas de una verdadera mujer, *monsieur* Lupin?

—Te está diciendo que tienes la suerte de poder disfrazarte de lo que quieras… —intervino Sherlock, conciliador—. Y que, por tanto, podemos encontrar el modo de afrontar juntos esta aventura.

—¿En la rue du Temple? ¿Para ver un combate ilegal de boxeo? Pero ¿no será peligroso?

—¡Exacto! —respondió Arsène.

—También vendrá mi hermano —añadió Sherlock. Luego comentó—: Es imposible sacarlo de casa para trabajar normalmente, pero, si hay una buena comida o algo decididamente ilegal de por medio, entonces no se echa atrás.

Teniendo en cuenta las aventuras que habíamos vivido juntos, que viniera Mycroft me parecía aún más peligroso, pero no dije nada.

—Y bien, ¿qué dices? —me preguntó Arsène.

Cogí una de las entradas y Sherlock cogió otra.

—Pero mañana, antes del combate —dije—, iremos a la Obra Benéfica del señor

D’Aurevilly

para ver cómo está mi madre, Sophie, y preguntarle si necesita ayuda.

—Trato hecho —accedió Lupin—. ¡Y bienvenida a París!

—¡Bienvenidos vosotros! —repliqué.

Chocamos las manos y, justo en aquel momento, crujió una tabla del suelo de madera del pasillo. Instantes después alguien giró el

pomo de la puerta, que se entreabrió. Oí la voz del señor Nelson.

—¿Todo bien, señorita Irene? —me preguntó con el tono de quien está absolutamente seguro de lo contrario—. ¿Puedo entrar? —añadió y, ante mi respuesta afirmativa, entró en la habitación.

Me encontró arropada con las mantas, en apariencia adormilada. No podía imaginar que en realidad tenía frío y estaba completamente despierta.

—Todo bien, señor Nelson… ¿Por qué me lo pregunta?

—Me ha parecido oír unos ruidos… —respondió mi fiel mayordomo—. Pero debo de haberme equivocado.

Se acercó a la cama y me percaté de que, al mismo tiempo, comprobaba de un rápido vistazo si había alguien bajo las mantas a mi lado o debajo de la cama. Me sonrió, para luego descorrer las cortinas del balcón y no encontrar nada. También se asomó por él, pero vio que todo estaba en orden y no había ningún chico colgando. Tampoco había nadie en el armario, que abrió para comprobarlo, y nadie detrás del biombo que estaba junto al lavabo, donde me cambiaba. Pasó junto a la bañera, sobre la que había dejado mi camisón, y llegó a la chimenea. Contuve la respiración, pero el señor Nelson no vio la puertecita secreta en la *boiserie*, que debía de serle tan desconocida como a mí.

En resumen, pese a que el señor Nelson estuviera convencido de habernos pillado en un encuentro clandestino, no logró hallar intrusos en mi cuarto. Así que volvió al pasillo, se despidió de mí y cerró la puerta a su espalda.

Esperé a oír alejarse sus pisadas y solo cuando estuve segura de que se había ido de verdad les di vía libre a Sherlock y a Lupin. Ellos levantaron el camisón y salieron lentamente de la bañera en la que se habían escondido, abrazados y quietos. Tal como había supuesto, el señor Nelson no se había atrevido a rozar siquiera mi ropa y había pasado de largo.

Alargué un brazo y recuperé mi camisón, que Sherlock me tendía, y traté de ponérmelo debajo de las mantas mientras murmuraba, roja como un tomate maduro:

—Y ahora marchaos…

—¡Hasta mañana! —se despidió Arsène divertido.

Sherlock abrió la puertecita junto a la chimenea y desapareció sin decir ni palabra mientras que Lupin, antes de abandonar mi

habitación, aspiró hondo, como para llevarse consigo un poco del aroma de aquella noche prohibida.

Capítulo 5

UNA TARDE COMO FILÁNTROPOS (O CASI)

El edificio de la Obra Benéfica había sido en otro tiempo un gran palacio nobiliario, de esos con largos salones de baile y centelleantes arañas de cristal. El señor D'Aurevilly, que lo heredó sin más mérito que el de haber nacido en aquella familia, lo había desvirtuado completamente en el curso de los años. Donde antes había un amplio jardín interior ahora aparecían *pavillons* de campaña, dentro de los cuales se colocaron largas mesas de madera con sus correspondientes bancos. Las cuadras del fondo se habían convertido en una bulliciosa cocina donde cada noche se preparaban grandes cantidades de sopa caliente. Los salones habían sido amueblados con filas y filas de literas, la biblioteca era ahora una enfermería y los dormitorios, habitaciones aisladas para los pacientes más graves. Donde antes vivía la servidumbre, es decir, las buhardillas, dormían los médicos y las enfermeras que cuidaban de los pobres. Y en la sala que había en lo alto de la escalera de la entrada, donde antes se recibía a los invitados, se encontraban las oficinas desde las que se administraba toda la actividad de la Obra Benéfica. Por mayor modestia aún de su fundador, el señor D'Aurevilly, había tratado de esconder su apellido y el de su familia llamando a aquel refugio para desahuciados simplemente Obra Benéfica, pero entre los necesitados aquel lugar pronto había sido conocido de otra manera: la Villa de Oro, un juego de palabras con el nombre de su fundador. Un nombre con resonancias mágicas que tenía el poder añadido de reconfortar. Preguntando por aquel nombre, Sherlock, Lupin y yo encontramos el camino para llegar a nuestro destino.

—Debe de ser ahí… —murmuró Sherlock cuando vio una fila de mendigos a la puerta de un palacio.

Estábamos en el corazón verde del boulevard des Malesherbes, una de las nuevas avenidas que el arquitecto Haussman, por orden de Napoleón III, había construido alrededor de la ciudad antigua, abatiendo las casas del viejo París para hacer hueco a las calles nuevas. Su proyecto era el de hacer visible la magnificencia del nuevo Imperio francés en la topografía de la capital. Pero la guerra con los prusianos, perdida de mala manera, había vuelto aquellas avenidas demasiado grandes y demasiado vacías, y los descampados, que llegaban casi hasta el centro de la ciudad, todavía más desoladores.

Pero, como se sabe, los árboles no participan de los asuntos humanos y sus troncos altos y delgados seguían creciendo. Pronto se harían enormes, plantas seculares a cuya sombra grandes ramas se contarían otras historias, nuevos acontecimientos.

Aquella mañana, cuando llegamos, nos sentimos como frente a un templo en el que antes o después todos esperaban poder entrar.

Mi madre biológica, cuyo nombre completo era Alexandra Sophie von Klemmitz, era conocida como «la señora», y preguntamos por ella llamándola así.

—Díganle que ha llegado Irene —me anuncié simplemente.

Un cuarto de hora después, Sophie se reunió con nosotros a los pies de la escalera. Saludó con gentileza a mis amigos y me abrazó fuerte, estrechándome contra ella como todavía no había hecho desde que nos habíamos vuelto a ver en París. La muerte de su amigo y benefactor debía de haberle hecho pensar todavía más en nuestro futuro y en las cosas que nos quedaban por contarnos. Pero aquel no era buen momento para hacerlo, el hospital debía salir adelante y Sophie se ocupaba de él a tiempo completo.

Y puesto que nos habíamos presentado allí ofreciendo nuestra ayuda, no dudó en mandarnos a donde podíamos ser útiles: a la cocina, a pelar patatas.

Me ahorró, al menos aquel día, la visión de los enfermos y su condición miserable, del hambre y las úlceras que los conducían a la muerte antes de tiempo.

Tuve ocasión de hablar muy poco con Sophie entonces.

—¿Cómo estás? —le pregunté, porque aquello era lo que de

verdad me importaba.

—Un poco más sola —me contestó—. Pero, por desgracia, tendré que acostumbrarme. El señor
D'Aurevilly
era un buen amigo… y una buena persona. Y sin duda ahora mi deber es dedicarme totalmente a la Obra, por el agradecimiento que siento hacia él. Me consuela el hecho de que este lugar no tenga nada que ver con el mío, con nuestro pasado…

—Un día me lo contarás, ¿verdad? ¿Me hablarás de mi padre y de lo que sucedió cuando yo estaba a punto de nacer? —no pude evitar preguntarle, cogiéndole la mano.

—Cuando pueda hablarte sin que ello te ponga en peligro, lo haré, Irene. Confía en mí.

—¿De qué tienes miedo, Sophie? ¿Qué pueden hacerme aún esas personas?

Ella me sonrió y miró alrededor, porque había realmente muchas cosas que hacer en el hospital, y una enfermera la llamaba ya desde la escalera, en la planta superior.

—No es solo lo que puedan hacerte a ti, Irene, sino también lo que tú podrías hacerles a ellas. O querrías hacerles.

—¿Tienes miedo de que quiera vengarme? —Me reí a pesar mío, porque encontraba totalmente absurdas aquellas dudas suyas.

—Tengo miedo de que no lo consigas —me respondió ella, acariciándome una mejilla—. Y ahora dejemos a un lado los malos sentimientos, ¿quieres? Y echémosles una mano a quienes nos necesitan.

—¡Pelar patatas! —rezongó Arsène unas horas más tarde—. Pues vaya cosa tenemos que hacer para sacar billete al paraíso.

Se había arremangado la camisa hasta los codos y estaba sentado en una banqueta que parecía navegar en un mar de mondas de patata.

Sherlock, a su lado, parecía concentrado en una serie de detalles: había dividido las patatas en montones por tamaño y estaba intentando perfeccionar un método casi científico para pelarlas en el menor tiempo posible. Pasados los quince primeros minutos de trabajo, mis dos amigos se habían puesto a jugar entre ellos y, jugando, habían empezado a competir. A un lado, el sistemático Sherlock, analítico y preciso casi hasta la náusea. Al otro, el

volcánico Arsène, que a las pocas horas, sin embargo, parecía del todo exasperado.

A media mañana había pasado el señor Nelson para comprobar que todo iba bien y nos había convencido de que descansáramos un rato. Sabiendo que íbamos a ayudar a Sophie también por la tarde (haciendo algo que esperábamos no fuera pelar patatas), nos llevó un plato de salchichas al horno que parecía cocinado por el mismísimo arcángel Gabriel. Pero venía de un local cercano a la Bolsa llamado Vaudeville.

—He sabido por su padre que esta noche la señorita volverá tarde… —dijo el señor Nelson cuando se despedía, receloso—. Pero que la acompañará, aparte de sus amigos —y lanzó una mirada significativa a Arsène y a Lupin—, el señor Mycroft.

—Así es, Horace.

—Se lo ruego —susurró el mayordomo—, no haga locuras en ese… ¿cómo lo ha llamado su padre? ¡Ah, sí, certamen de poesía! Debe de ser un concurso apasionante, ¿no es cierto? Dos poetas sosteniendo un duelo a golpe de metáfora y de… qué sé yo, ¿pareados?

Me sonrojé de vergüenza a pesar mío y no dije nada.

—Certamen de poesía… —rio Sherlock cuando nos quedamos solos—. ¿Cómo se te ha ocurrido?

—¿Capacidad de improvisación? —dije.

Por la tarde ayudamos a unas enfermeras a quitar las sábanas de las camas y a poner otras limpias, así como a llevar las sucias a lavar al sótano, donde se había acondicionado una eficiente lavandería.

Cuando dieron las cinco, Arsène nos hizo seña de que había llegado la hora de irnos. Me retiré a la parte trasera de la lavandería para ponerme la ropa que Sherlock había sacado de su equipaje y me sorprendí de que su camisa y sus pantalones me quedaran estrechos y largos al mismo tiempo. Mi amigo era más alto que yo, ¡pero más delgado!

Aquello me hizo mucha gracia. Me calcé (me había llevado unos botines nada femeninos), me recogí el pelo rizado con horquillas y lo oculté bajo una gorra de lana a rombos y con orejeras.

—¡Pareces el hermano secreto de Sherlock Holmes! —exclamó Arsène cuando me vio salir con pantalones de pana y chaleco inglés —. ¡Si no supiera que eres tú, no te habría reconocido!

Miré a Sherlock, que parecía cortado al verme con su ropa.

—¿Cómo estoy?

—Nunca he visto a alguien llevar mejor esa ropa… —murmuró mi amigo.

—No es que haga falta mucho, ¡larguirucho descoyuntado, que eso es lo que eres! —se burló Arsène, agarrándolo del brazo—. ¡Y ahora vámonos si no queremos llegar cuando el combate haya acabado!

Fuimos andando, dejando atrás una tras otra las calles que nos separaban del gueto. Al llegar a él, a la rue du Temple y sus tiendas, que parecían vender y comprar cosas de todo género, doblamos hacia el Sena hasta alcanzar la rue Barbette, transversal.

—Por aquí… —dijo Arsène, que, sobre su ropa elegante de la noche anterior, se había echado un abrigo tan sobado que hacía a mi amigo indistinguible de los demás hombres de negro apostados en las esquinas de las calles. Nunca en mi vida había visto tantos bigotes y barbas.

Guiados por nuestro amigo parisino, orgullosamente torvo, llegamos a la boca de una calleja cuyas casas, vencidas hacia adelante, casi se tocaban a la altura de las buhardillas y parecía que fueran a venirse abajo de un momento a otro. Desde allí se oía el murmullo de un gentío, invisible desde la bocacalle. Enseñamos nuestros billetitos a uno de los gorilas que custodiaban la entrada y nos metimos en aquel espacio angosto. Unos hombres vestidos de negro nos susurraron sus apuestas, todas ilegales.

—El primer combate del Moro lo pago dos a uno —dijo uno de ellos.

—¡Cuatro a uno a Vampire! —dijo otro.

—Cinco a uno a que cae en el tercer asalto —añadió un tercero.

Mis amigos, no obstante, no se detuvieron. Llegamos al patio que había al final del callejón y nos encontramos inmersos en una multitud vociferante de la que se alzaban silbidos, berridos y saludos entre hombres que sostenían jarras de cerveza y gritaban insultos, y otros que se abrazaban como si se vieran por primera vez después de la guerra. En efecto, no había ni sombra de mujeres. En medio del patio estaba el cuadrado del *ring*, delimitado por cuerdas fijadas a los cuatro ángulos. Un hombre de largos bigotes y camisa blanca comprobaba que todo estuviera a punto.

—¡Mycroft! —llamó Sherlock en determinado momento al reconocer a su hermano. Nos abrimos paso hasta él, que se echó a reír cuando me vio.

—¿Y tú quién eres? —me preguntó cordialmente.

—Markus —me presenté con voz forzadamente grave.

Después, de repente, empezó el primer combate; en el *ring* aparecieron dos hombres con el torso desnudo y las manos envueltas en vendas blancas. Un gigantesco hombre de color y un blanco de nariz tumefacta y boca torcida, en la que solo quedaban dos caninos afilados. Era, precisamente, al que llamaban burlonamente Vampire.

—Sin guantes… —observó Sherlock—. Dudo que en este combate vayan a seguir las reglas del marqués de Queensberry.

—¡¿Qué dices?! —le grité, pues alrededor de nosotros la gente estaba cada vez más excitada.

Alguien hizo sonar un gong y la multitud enloqueció. El Moro y Vampire se lanzaron el uno contra el otro, se dieron unos puñetazos y luego empezaron a girar, cautos. Cada vez que uno de ellos acertaba con un golpe, la gente aullaba. La piel de los luchadores despedía nubes de sudor e incluso me parecía oír el ruido de cada puñetazo asestado. No me gustaba, era un espectáculo salvaje y también, a su manera, exaltante. Y tal vez fuera precisamente su parte exaltante la que menos me convencía. Vi que Arsène deslizaba una moneda en las manos de un tipo de aspecto siniestro y recibía a cambio una papeleta, y cuando el árbitro tocó el gong de fin del primer asalto, me dijo que había apostado por Vampire.

Yo en su lugar no habría estado tan segura.

El gong marcó el principio del siguiente asalto. Me quedé observando a aquellas dos bestias que se pegaban salvajemente y a los no menos salvajes espectadores que en torno a ellos clamaban a cada golpe, y me pregunté qué espectáculo de los dos era más interesante; me turbaba bastante el hecho de que toda aquella gente encontrara emocionante ver a dos hombres pegándose.

Le toqué en el codo a Sherlock para indicarle que me marchaba y salí por el callejón por el que habíamos llegado. La casualidad quiso que, una vez fuera, una racha de viento me arrebatara la gorra y que, antes de que pudiera recuperarla, un grupito de chicos me viera.

—¡Eh! ¡¿Qué veo, no es una chica?! —gritó uno de ellos.

—¡Una chiquilla, sí! ¡Con pecas y pelirroja!

—¡Mira, mira la pequeña! ¿Qué haces en un sitio así, niñita?

Eran cuatro, sucios de grasa y aceite. Pensé en los obreros de mi padre, los del ferrocarril, y maldije mi mala suerte. ¿Qué podía contestar, «¡Quietos, chicos! No sabéis con quién estáis hablando»?

—Ya me iba —dije simplemente—. Dejadme en paz.

Pero no tenían la menor intención de hacerlo. Se movieron para impedirme toda posibilidad de huida y, mientras en el patio la multitud chillaba cada vez más fuerte, empujaron hacia adelante al más pequeño del grupo. El primero que me había visto.

—Pues claro que te vamos a dejar en paz, guapa… —dijeron todos a una—. Pero puede que nuestro amigo quiera decirte algo antes… ¿No es verdad, Étienne?

Étienne tenía la cara picada por la escarlatina y una sonrisa un poco estúpida. Era algo más bajo que yo y estaba demasiado convencido, sin duda, de que la fuerza del grupito de amigos era también la suya.

Intentó tocarme la cara con una mano y yo se la bajé violentamente.

Los otros hicieron «¡UUUH!» y él lo intentó de nuevo; sin pensármelo dos veces, lo tumbé de una patada entre las piernas.

Étienne se desplomó en el suelo, sorprendido por mi reacción, y yo miré a los demás igual de sorprendida. Sobre todo por el hecho de que, al golpear a aquel pobrecillo, me había sentido… bien.

—He dicho que ya me iba —mascullé a los otros tres.

Mientras el pobre Étienne gemía en el suelo, ellos habían retrocedido un paso, pero eran de una pasta muy distinta. Mucho más altos y corpulentos, y decididamente más expertos en maltratar a una señorita.

—¡Vaya con la chiquilla!

—Me da que ahora Étienne tendrá que meterse a cura…

—No se le hace eso a un amigo nuestro.

—Y no se viene a un combate de boxeo sin ser invitada…

Como avanzaban hacia mí, levanté las manos y cerré los puños delante de la cara, igual que había visto hacer al Moro y a Vampire en el *ring*.

Mi movimiento, en vez de asustarlos, como esperaba, pareció

entusiasmarlos.

—¡Una mujer guerrera! —se pusieron a ladrar.

—¿Quién es el primero que se atreve?

No sé qué pensé en aquel momento, pero, cuando los vi avanzar más, fue como si una cortina negra me cayera sobre los ojos. Y con ella el terrorífico pensamiento de que, en cualquier caso, vendería caro mi pellejo.

Después, de pronto, vi que uno de ellos se paraba y salía propulsado hacia atrás. Lo oí quejarse.

—¡Aghhh!

Y luego también se detuvieron los otros dos.

Una sombra, fulminante, se interpuso entre ellos y yo. Una sombra alta y delgada, de pelo negro.

Sherlock Holmes.

Tenía ambos puños levantados y los movía para amenazar a sus adversarios.

—¿Qué pretendéis hacer? ¿La habéis tomado con mi chica?

«¿Mi chica?», pensé, tragando saliva.

—¡Eh, amigo, no te pongas así! ¡Mira lo que le ha hecho a Étienne, que todavía está ahí revolcándose!

Sherlock no se dignó mirarlo siquiera, sino que clavó los ojos en el más grande del grupo, el que, evidentemente, debía de ser el jefe.

—¿Qué prefieres, coger a tu amigo y largarte ahora mismo o… vértelas conmigo?

Lo dijo con un tono tan seguro y arrogante que por un instante pensé que daría resultado.

Luego, sin embargo, el otro sopesó con la mirada los hombros de Sherlock y su delgado tórax y dijo:

—Me las veo contigo de mil amores, saltamontes.

Capítulo 6

UNA LARGA NOCHE

Aquella noche, Sherlock Holmes recobraba el conocimiento a ratos. Acostado en la cama que la señorita Legnac le había preparado, tenía la cara tumefacta y el pecho amoratado. Tras arrastrarlo hasta mi casa sosteniéndolo por los hombros, el señor Nelson, después de preguntarnos perspicazmente si los «certámenes de poesía» eran siempre tan cruentos, le había preparado enseguida unas cuantas compresas calientes que nosotros le aplicamos después sobre las heridas. Sherlock había aguantado todo lo que había podido, se había quejado con todo el aire que le quedaba en los pulmones y, al final, había perdido el sentido.

Fuera de la habitación, su hermano Mycroft y Lupin hablaban con mi padre de lo ocurrido.

Yo los miraba, dos hombres adultos y un chico dedicados a mentir y a creerse las mentiras de los otros sin pudor, todo en bien de Geneviève. La verdad era muy diferente y no tenía nada que ver con «una improvisada emboscada mientras volvíamos a casa».

La verdad era que, cuando Sherlock había retado a mis agresores y ellos habían aceptado el reto, en un abrir y cerrar de ojos más hombres se habían congregado a nuestro alrededor en la calle y habían empezado a apostar.

Mientras Sherlock se quitaba patéticamente la camisa y lucía su físico delgado (por no decir esquelético), su rival hinchaba el pecho, lleno de músculos que yo ni siquiera sabía que existían.

Sherlock se había preparado con cuidado y en total silencio para el combate contra aquel bestia sin hacer caso de las personas que se agolpaban alrededor de nosotros. Se había concentrado, aislándose de todo y de todos. Mientras, la organización del combate continuaba, se recogían rápidamente las apuestas y, cuando en el patio el Moro había noqueado a Vampire, otros espectadores se habían unido a los ya presentes. La situación se había vuelto más absurda aún con la llegada de Arsène y del hermano mayor de Sherlock.

—¡Mycroft, por favor! —había gritado yo al verlo entre el público—. ¡Haga algo!

Le había tirado de la chaqueta, pero él me había respondido con calma:

—Ya lo he hecho. He apostado todo por el otro.

—¿Ha apostado contra su hermano? ¿Es que se ha vuelto loco? ¡Tiene que detenerlo o lo matarán!

—No, no lo creo —había dicho Mycroft con una sonrisa—. Pero creo que una buena lección, y algo de dinero, le vendrán bien.

Yo ya no comprendía nada. Me había acercado a Sherlock para detenerlo, pero él ni siquiera me había escuchado. Arsène estaba delante de él y los dos se miraban fijamente a los ojos, como si fueran maestro y alumno, y en aquel momento recordé que, de hecho, así había sido en el pasado, cuando Arsène, que había practicado con su padre, había enseñado a boxear a Sherlock. Pero… él se limitaba a respirar, lentamente, y su pecho se hinchaba como el de un polluelo.

Arsène le había cogido la cabeza entre las manos y luego lo había dejado ir.

—Estoy listo —me había dicho Sherlock cuando llegó el momento.

—¡Es una locura, Sherlock!

—Vale la pena —había replicado él antes de atacar.

La verdad era que el otro lo había machacado. Pero había sido un combate de locos. Sherlock se movía alrededor de su rival como un cuervo. Golpeaba y retrocedía. Y cada vez que lo hacía con demasiada lentitud, recibía un golpe demoledor que parecía romperle todos los huesos.

Pero no. No ocurría nada: Sherlock lo encajaba y no parecía notarlo siquiera. Seguía moviéndose y golpeando. Y encajaba puñetazos sin parpadear.

A los dos minutos de aquella táctica infernal, el otro estaba hecho un lío. Miraba en torno de él en busca de una solución y, cuando lo hacía, Sherlock lo acribillaba a golpes que le caían encima como picotazos.

Uno-dos. Uno-dos. Uno-dos.

Y luego desde abajo, a la barbilla.

Sherlock lo había hecho una vez, dos, tres.

El otro se tambaleaba cada vez más mientras la figura escuchimizada de Sherlock Holmes le bailaba alrededor como la escoba de una bruja. Y al final, tras otra espantosa serie de puñetazos, se había derrumbado y Sherlock se había parado al instante.

Había buscado a Arsène con la mirada.

Y justo después se había derrumbado.

Volví a su lado en la habitación y dejé que los demás siguieran con sus versiones contrapuestas de los hechos.

La primera vez que Sherlock se había despertado, deliraba en voz baja. Pronunciaba un nombre que me costó entender. No era el mío, sino el de Violet, su hermana. En sueños, mi amigo movía las manos despellejadas y se agitaba bajo las sábanas. Intenté calmarlo varias veces dándole la vuelta a la compresa de su frente y susurrándole palabras sencillas, como se hace con los perros.

Él reaccionaba inmediatamente, su frente fruncida se relajaba, el ojo amoratado temblaba y luego volvía a hundirse en el sueño.

Eran altas horas de la noche y lo encontré tumbado de lado. Rechinaba los dientes y mascaba las palabras. Lo puse boca arriba, le di la vuelta a la almohada y le cambié la compresa de la frente, y por unos momentos conseguí que estuviera tranquilo.

Luego empezó a hablar de nuevo, o más bien a musitar entre

dientes. No sé por qué, tuve miedo de que se mordiera la lengua y me acerqué todo lo posible a su rostro.

—Sherlock… Sherlock… todo va bien, todo va bien… Ahora estás a salvo… —empecé a repetirle, acariciándole la frente.

Encontré especialmente bonito cuidar de él y, mirando las señales de los puñetazos que había recibido, no pude evitar pensar que los había recibido por mí. Todavía me ponía furiosa el que hubiera llevado demasiado lejos su sentido del honor y no se hubiese limitado a agarrarme y a huir, pero conocía a Sherlock Holmes, tal vez mejor que nadie, y sabía de cuánta testarudez era capaz.

Para él era difícil cambiar de decisión una vez que la había tomado. Y totalmente imposible rendirse, afrontara lo que afrontase, ya fuera un combate clandestino o una partida de ajedrez. Simplemente, me dije, su cerebro no consideraba aquella opción.

Pensaba en eso mientras le acariciaba la frente y el pelo, y negaba cariñosamente con la cabeza al considerar que se había dejado medio matar por mí y que, con nuestro inefable tercer amigo, incluso nos había hecho ganar dinero (habíamos apostado todo lo que teníamos en los bolsillos a la victoria de Sherlock en el primer asalto y habíamos ganado algo así como diez a uno).

Después, sin embargo, el rechinar de dientes se hizo más frenético y Sherlock se agitó en sueños y apretó los puños. Se movió a impulsos, yo me asusté y cometí el error de intentar mantenerlo quieto apretándolo contra la cama con ambas manos.

Él reaccionó con vigor redoblado y me di cuenta de que aquel delgado cuerpo suyo poseía una energía sin igual. No solo se sentó en la cama, como si yo no estuviera haciendo nada, sino que, sin saber cómo, me encontré estrechada entre sus brazos.

—¡Sherlock! —exclamé ahogada.

—¡Irene! —dijo él, todavía en el mundo borroso de los sueños.

Y, tras pronunciarlo, me abrazó con más fuerza aún.

Y me besó.

Tenía los ojos cerrados, pero su beso no era el de un sonámbulo. Y como no tenía nada de beso mecánico y yo me sentía desorientada, no encontré aquel abrazo ni aquel beso espantosos en absoluto. Me abandoné sin pensarlo y cerré los ojos.

Los cerré en el mismo momento en que él los abrió y, al verme así, se puso rígido de golpe. Sus brazos dejaron de estrecharme con la firme dulzura de instantes antes y nuestras caras se separaron.

Enmarcados por el antifaz de moratones, los ojos de Sherlock me parecieron por un momento los de un niño asustado. Pero acto seguido él mismo debió de darse cuenta e hizo el gesto de apartarme.

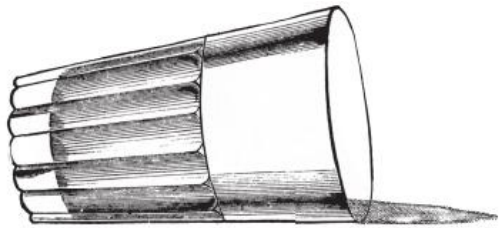
Luego se dejó caer sobre la almohada, no sé si para fingir que todavía era presa de las pesadillas o porque le habría gustado que la cama se lo tragara.

Pero yo no me quedé ni un instante más para preguntárselo.

Cogí mis pocas cosas de la silla y salí corriendo de la habitación de invitados con los latidos del corazón martilleándome en la cabeza como la cuenta del *K. O*.

Capítulo 7

EL PESO DE LA ESPERA



Sólo se había quedado mi padre, Leopold, que observaba a contraluz el contenido de un vaso. Geneviève se había ido a dormir antes que los demás y Mycroft Holmes había vuelto a su hotel tras dejar dicho que pasaría por la mañana para ver cómo se encontraba su hermano. A mí lo que más me chocaba era que también Arsène se hubiese marchado, y sin despedirse de mí además.

—Ha dicho que debía volver a casa de su padre, pero es raro que no os hayáis visto… —observó Leopold cuando le pregunté por él —, porque ha entrado en la habitación para decírtelo. Y para ver cómo estaba vuestro amigo…

¿Que Arsène había entrado en la habitación? ¿Cuándo? No me había dado cuenta, ni siquiera lo había oído, lo cual me parecía extraño, a no ser que…

—¡Ah, demonios! —murmuré. ¿Acaso había asomado la cabeza justo en el momento en que Sherlock…?

—¿A qué viene ese «demonios», Irene? —me preguntó mi padre.

—A nada. Teníamos que ponernos de acuerdo para mañana, pero… dudo que yo pueda volver a la Obra.

—¿Tienes intención de cuidar de tu amigo todo el día? No creo que vaya a necesitarlo. Y no creo que sea muy divertido…

Si había algo que mi padre no lograba hacer, pese a todas las atenciones y los cuidados que me prodigaba, era estar demasiado tiempo sin moverse de un lugar. Incluso cuando iba a vernos en las vacaciones, el primer día ya lo veíamos impacientarse. Necesitaba estar ocupado continuamente en negocios o asuntos que supervisar, tal vez porque, si no, habría debido resignarse a conversar con Geneviève. Por ello, no me sorprendía que encontrara totalmente absurdo el que yo pudiera permanecer un día entero a la cabecera del lecho de un amigo convaleciente teniendo la posibilidad de que otra persona se encargara.

—¿Cómo os conocisteis mamá y tú? —le pregunté de buenas a primeras. Y para que comprendiera que me importaba la respuesta, me senté en el sillón frente a él.

—¡Ah! —dijo Leopold, riéndose—. ¿Quieres saber cómo nos conocimos? Tu madre cuenta que fue por pura casualidad, en el baile del carbón. No se llamaba así exactamente, pero para alguien que provenía de una familia de industriales, como yo, su nombre era aquel. Era una ocasión muy importante, en la que nos reuníamos todas las familias que teníamos que ver con el proceso del hierro, es decir, que dirigíamos empresas: propietarios de minas, fundiciones, constructores de máquinas de vapor, de locomotoras, armadores de buques…

—¿Y también comerciantes de armas?

—También armas, naturalmente. Desde la familia que forjaba las mejores hojas de cuchillo de Toledo desde hacía cinco siglos hasta los nietos de Colt con sus revólveres… todos asistíamos. Recuerdo que mi madre se tiró una semana retocándome el traje antes de dar su visto bueno a que lo llevara puesto. Y, cosa que nunca había hecho, me había instruido sobre cómo comportarme. Era una fiesta en la que había que estar perfecto. También me había explicado a quién convenía que conociera. Y a quién, en cambio, debía evitar.

—¿Y a quién debías evitar?

—A una familia de armadores de Nápoles; tenían tres hijas casaderas que a mi madre le parecían feísimas. Lo cual solo significaba que no le parecían… económicamente interesantes, si entiendes a lo que me refiero.

—Creo que sí —afirmé con un guiño—. Mamá… quiero decir, Geneviève, ya me ha hecho la misma recomendación alguna vez:

que va siendo hora de que yo siente la cabeza para que pueda conocer a un buen marido y tener una buena boda.

—Así es como siempre se ha hecho, por lo que parece —suspiró mi padre. Luego me dijo sonriente—: Pero no es necesariamente lo que debes hacer tú.

Le devolví la sonrisa, agradecida por aquel apoyo.

—Pero todavía no me has hablado de mamá.

—Bueno, en realidad es muy sencillo: yo estaba tan pendiente de cómo debía comportarme y de qué debía decir que ¡le derramé encima un vaso entero de ponche!

—¡¿De verdad?!

—Ella había salido de detrás de una esquina y no la había visto. Si no estuviera seguro de lo contrario, pensaría que lo hizo aposta.

—No subestimes las tácticas femeninas…

—Oh, no creo que hubiera ninguna táctica… ¡Lo único que hubo fue una enorme vergüenza por mi parte y una colosal carcajada por la suya! ¿Sabes lo que me dijo?

—No.

—«¡Ahora tengo la excusa perfecta para irme de esta fiesta aburridísima!» —Leopold sonrió—. Y yo me marché con ella. Elegimos un banco apartado de la gente y nos quedamos hablando hasta que estallaron por encima de nosotros los fuegos artificiales… Y para entonces, bueno, ya había sucedido todo.

—¿Os besasteis?

Leopold me miró un tanto irritado por mi insolencia.

—En nuestra época eso no se hacía, conocerse y besarse ya. Hacían falta algunas citas, mucho tacto y… Pero ¿qué te estoy contando? Eres mi hija después de todo. ¡Sí, nos besamos la primera noche! Y nos juramos que nunca se lo contaríamos a nadie.

—¿Y de verdad no se lo habéis contado nunca a nadie?

—Hasta esta noche no —reconoció Leopold. Luego se inclinó hacia mí en su sillón y me susurró—: Por eso, te ruego que seas tan amable de no ir a decírselo enseguida a Geneviève, ¿me lo prometes?

—Te lo prometo —dije sonriendo—. ¿Y te acuerdas aún de aquel beso?

—¿Por qué toda esta curiosidad repentina, señorita? —sospechó Leopold.

—Por nada, pura y simple curiosidad.

—Aquel beso a tu madre fue mi primer beso. No tenía ni idea de nada… —Rio—. No es que ahora sepa mucho más, pero… Sí, por supuesto, aún lo recuerdo perfectamente, como si acabara de dárselo.

—¿Y el segundo beso? —le pregunté entonces, esperando no ser demasiado atrevida.

Mi padre miró un lugar vacío a mi espalda y después de un momento volvió a reírse, lo que me confirmó, sin que tuviera que hablar, que también se acordaba perfectamente de aquel beso.

A la mañana siguiente, Sherlock estaba un poco mejor y no dio muestras de recordar lo ocurrido entre nosotros. El señor Nelson le sirvió un desayuno ligero y él sostuvo una conversación muy normal, al menos todo lo normal que podía ser una conversación con Sherlock. Estaba completamente concentrado en calcular cuántos corredores de apuestas había en la rue Barbette y cuál era, por tanto, la cantidad de dinero que se movía en cada combate de boxeo. No conseguía mantener abierto un ojo, que se le había puesto morado, y me ofrecí a leerle algunas páginas de mi libro.

Mycroft vino a verlo a media mañana y se quedó a comer. Sherlock se puso una bata y, apoyándose primero en los hombros de su hermano y luego en los míos, anduvo cojeando por la casa mientras aducía que debía esforzarse en mover las piernas entumecidas, aunque le dolían a causa del ácido láctico. Me pareció que quería caminar abrazado a mí más de lo necesario, aunque de vez en cuando le clavaba inadvertidamente un dedo entre las costillas doloridas. Pero tal vez solo fuera una impresión mía. Por la tarde él cojeaba ya por sí solo y rechazaba cualquier ayuda; es más, se mostraba tan huraño que casi me parecía posible que su beso de la noche anterior solo hubiera sido una figuración mía.

Lupin, extrañamente, no se dejó ver aquel día. Y tampoco el de después.

Tal como había predicho mi padre, al día siguiente ya me rebelaba ante la idea de quedarme todo el día en casa, por lo que, tras asegurarme de que Sherlock tenía algo para leer y entretenerse (le había pedido al señor Nelson que le comprara un periódico inglés, olvidando que mi amigo leía perfectamente también en francés y alemán), había ido a la Obra Benéfica, donde, sin

embargo, no había encontrado a Sophie ni había el menor rastro de mi segundo amigo.

Cada vez más preocupada por que le hubiera ocurrido algo (no era propio de Lupin el desaparecer tres días sin un motivo más que justificado), me pasé todo el día ayudando a las enfermeras y repartiendo ropa limpia a los mendigos; casi al anochecer, me encaminé a casa.

Seguía pensativa cuando abrí el portal, sin darme cuenta de que no estaba cerrado, sino solamente entornado. Y mientras ascendía por la escalera para llegar al último piso, tampoco me di cuenta de que había alguien esperándome.

Solté un grito de sorpresa cuando me lo encontré delante. Me había asustado, tanto porque no esperaba encontrar a nadie como, y sobre todo, porque lo conocía bien: era Théophraste, el padre de Lupin.

—¡Qué susto me ha dado, señor Théophraste! —exclamé—. ¿Qué hace aquí, escondido en la escalera?

El señor Théophraste era un artista de circo; acróbata y atleta, según nos había dicho siempre Arsène. Nuestro amigo, como era comprensible, prefería no hablar de otras ocupaciones suyas menos respetables, aunque una vez, en Londres, habíamos acabado indagando precisamente para sacar de apuros al señor Lupin y su hijo nos había confesado que su padre era un ladrón. Pese a aquello, no era difícil imaginar el motivo por el que la madre de Arsène, una noble parisina, se había enamorado de él: era un hombre magnífico, de mirada magnética, más aún que la de su hijo. Esa clase de hombre que no resulta indiferente, que fascina o acobarda.

Pero aquella noche, con la escalera casi a oscuras y el edificio completamente vacío, su efecto sobre mí fue el de asustarme.

Movió ante mis ojos un extraño saco de tela negra y, en tono alarmado, me preguntó:

—¿Qué le ha ocurrido a mi hijo?

Y el eco de su pregunta retumbó abajo, en el zaguán del portal.

Capítulo 8

UN AMIGO DESAPARECIDO

En el salón de casa tuvo lugar, así pues, una segunda reunión entre familias, igual de inusual que la precedente. De una parte, mis padres adoptivos, cada vez más preocupados, en vista de todo lo que estaba sucediendo, por haber regresado a París y, para entonces, también por mis amistades. En tres días, un desconocido casi había matado a puñetazos a uno de mis mejores amigos (a sus ojos desconocedores, el hecho de que hubiera vencido en la lucha no constituía ninguna excusa) y mi segundo amigo había desaparecido de su casa sin dejar, creíamos, ni un solo indicio. De otra parte, el señor Théophraste Lupin, en evidente estado de nerviosismo, con un saco a sus pies y una taza de té ya frío en las manos, de la que no había bebido ni una sola vez. Sherlock y yo nos encontrábamos en medio, en lados opuestos de la habitación, él con la espalda apoyada en la ventana y yo protegida, a mi vez, por la figura dominante del señor Nelson, que sin que nadie le hubiera dado instrucciones se había parado espontáneamente a escuchar la historia de Théophraste.

En sí, la historia era fácil de reconstruir: cuatro días atrás, es decir, el día de mi llegada, Lupin había salido de casa diciendo que iba a cenar en la rue du Bac, en el número 8. Por suerte, su padre había memorizado aquellas señas.

—Tengo una memoria formidable para las direcciones… —confesó el señor Lupin, que parecía no poder decir nada más. Pero

luego explicó—: Estoy acostumbrado a que Arsène duerma fuera o pase temporadas más o menos largas con sus amigos, o amigas. A veces son ellos los que vienen. A veces es Arsène quien sale.

Con solo oír la palabra «amigas», me vino a la memoria el nombre de una chica de la que Lupin me había hablado en cierta ocasión. Hilde. Una muchacha sin prejuicios, independiente, de la que incluso yo había estado celosa. Y de la que en realidad, al menos a juzgar por la rabia con que recordaba su nombre, todavía estaba celosa.

—Piensen de mí lo que quieran, señores Adler, pero así es como he criado a Arsène. Y puesto que he tenido que hacerlo solo, les ruego que lo comprendan. Entre nosotros tenemos un acuerdo que hasta esta noche jamás habíamos infringido: libertad y claridad. Es decir, que para que le dé libertad de ir y venir, siempre debe tenerme informado de sus planes…

—¿Y esta vez no lo ha hecho?

El señor Lupin negó con la cabeza.

—Lo último que me indicó, hace tres días, fueron estas señas, pero Arsène añadió que era casi seguro que al día siguiente estaría de vuelta.

—Y, de hecho, señor Lupin, su hijo dejó nuestra casa hace tres noches… —confirmó mi padre—. Más o menos hacia las diez.

—Pero no volvió a casa —concluyó Théophraste.

—¡Creo que, llegado este punto, convendría avisar a la policía cuanto antes! —observó Geneviève, que buscó el apoyo de Leopold.

—¡No! —exclamó inmediatamente Théophraste—. ¡Eso es lo último! Mejor dicho… lo penúltimo. Perdóneme, señora Adler, no me llevo bien con los policías. Y sé con seguridad que, en los tiempos que corren, la denuncia por la desaparición de un chico sería lo último a lo que esos brib… los agentes, quiero decir, dedicarían un poco de su tiempo.

—Comprendo su escepticismo, señor Lupin —observó mi padre —, pero ¿puedo preguntarle qué considera incluso peor que informar del asunto a la policía? ¿Acaso hacer correr la voz por los bajos fondos?

—¡Al contrario! —exclamó Théophraste—. Lo peor sería advertir a su madre. —El señor Lupin adelantó las dos manos, abiertas—. Les ruego que me crean si les confieso que desde hace ya años esa

mujer intenta quitarme a Arsène alegando en cada ocasión pruebas, o supuestas pruebas, de mi incapacidad para educar a un hijo. Si esa mujer llega a enterarse de que Arsène ha desaparecido, no dudará ni un segundo en presentarse ante el juez y pedir su custodia… impidiéndome verlo para siempre.

Tal vez sin que el propio señor Lupin lo quisiera, el tono de sus últimas frases resultó convincente y desgarrador. Sherlock y yo sabíamos que Théophraste ocultaba algo más de su vida, pero no solo estábamos persuadidos de la sinceridad de sus sentimientos, también sabíamos, por Arsène, que su hijo le correspondía y que nuestro amigo prefería con mucho la vida aventurera con su padre a la vida de salón en salón de su madre. En todo caso, no era asunto nuestro. Lo que más me urgía era averiguar qué le había sucedido.

—Señor Théophraste, ¿de verdad está seguro de que, hace tres días, Arsène no volvió a casa?

Él lo pensó un rato antes de responderme.

—A decir verdad, no lo estoy. Hace tres noches yo no fui a dormir. Pero, cuando abrí la puerta por la mañana y no encontré más que unos zapatos abrillantados…

—¡Los zapatos brillantes! —exclamé.

Sherlock le preguntó:

—¿Se refiere a un par de zapatos elegantes de piel negra, con tacón reforzado y con la suela recién puesta en el derecho?

Théophraste asintió con la cabeza, despacio.

—¿Qué significa esto?

—Significa que su hijo volvió a casa, dejó allí los zapatos que había calzado hasta ese momento, mientras estuvo con nosotros, y volvió a salir… Evidentemente, no los necesitaba en el lugar al que iba, o quizá habrían sido un estorbo.

—Según vosotros, ¿adónde quería ir? —nos preguntó el señor Lupin.

—Eso habría que preguntárselo a él. Puede que al campo, o en barco… —respondió Sherlock, correctísimo pese a su ojo tumefacto —. O a cualquier otro lugar en el que un par de zapatos elegantes solo pueden ser un engorro…

Lentamente, el señor Théophraste extrajo del saco que llevaba consigo los zapatos en cuestión. Los reconocí enseguida: eran los que Arsène llevaba puestos el día que había estado con nosotros.

—Nunca le había visto a mi hijo estos zapatos —explicó el señor Lupin, un tanto abochornado—. Había pensado llevárselos a un amigo zapatero con la esperanza de que notara algo particular…

Era penoso ver a un padre en busca de su hijo, dispuesto a agarrarse a cualquier pista para encontrarlo.

Venciendo su bochorno, el señor Lupin nos entregó los zapatos, uno a mí y otro a Sherlock. Los zapatos tenían el borde superior de la suela sucio de barro y en la suela misma pequeñas raspaduras.

—Caminó por hierba recién segada, justo después de que lloviera… —dedujo Sherlock, que señaló la parte baja del borde de la suela, perfectamente limpia—. Y luego por grava —añadió, indicando los levísimos arañazos de la suela—. ¿Hay algún patio de grava cerca de su casa? —preguntó finalmente al señor Théophraste.

—Mi hijo me había dicho que eras un diablo… —murmuró el hombre, admirado—. Pero no creía que fueras tan bueno. Sí, nuestra casa está rodeada por un gran patio de grava.

Sherlock asintió absorto.

Mientras, yo, hurgando dentro del zapato de Arsène que tenía en las manos, encontré una pequeña irregularidad en la parte interna de la lengüeta. Tirando un poco, acabé arrancando una etiquetita de cuero.

—¡Ten cuidado, Irene! —me regañó enseguida Geneviève.

—Perdón, mamá —le respondí precipitadamente, y le devolví el zapato al señor Lupin.

Solo Sherlock había visto que, entretanto, la etiquetita había desaparecido en mis bolsillos. Fue una acción dictada por la intuición; intuición que me decía que, si era preciso que alguien le siguiera la pista a Arsène, ese alguien debíamos ser Sherlock y yo.
Así que más tarde, cuando lo acompañé a su habitación, mi amigo me preguntó qué había encontrado.

A la luz tenue de una vela, mientras los demás conversaban en el salón, leímos lo siguiente:

Fabien d'Andressy
17, Allée des Veuves

Nos miramos perplejos.

—Entonces ¿no son suyos los zapatos? —pregunté.

—Tal vez no —respondió Sherlock—. Pero Fabien es el nombre del primo de Arsène, ese al que él llama Hibou. Y D'Andressy es el apellido de su madre.

Asentí.

—Eso puede significar dos cosas… —siguió diciendo Sherlock—. La primera es que el primo de Arsène le regalara un par de zapatos suyos. Y la segunda, que Arsène se los cogiera, ¿cómo decirlo?, por su cuenta.

—¿Que se los robara, quieres decir? Y entonces ¿por qué luego se habría tomado la molestia de pasar por su casa para dejarlos?

—Si se los hubiera… sustraído, digamos, habría explicación. Quizá Arsène tuviera la intención de ver a su primo, a lo mejor para darle las gracias por las entradas que nos había conseguido… —supuso Sherlock, tocándose la herida—. Y, desde luego, no iba a llevar puestos sus zapatos…

Como siempre sucedía con las deducciones de mi amigo, aquello tenía sentido, sí.

Y nosotros teníamos una pista.

Capítulo 9

UNA CONVERSACIÓN ENTRE AMIGOS

El número 17 de Allée des Veuves era una casa baja, de una sola planta, rodeada por un jardín y una tapia alta. Sherlock y yo nos acercamos con cautela, procurando no llamar la atención. A sugerencia suya, nos habíamos vestido con prendas viejas que yo había encontrado por casa, en el armario de la ropa desechada, y así disfrazados, fingiéndonos mendigos y con ayuda de un largo bastón, habíamos podido disimular mejor la cojera de mi amigo y las heridas de su cara.

Dimos la vuelta entera a la manzana y encontramos una puertecita secundaria con las bisagras por fuera y junto a la cual colgaba el cordel de una campanilla. Llamamos, pero nadie respondió. Llamamos otra vez, fijándonos en si había alguien mirándonos desde las ventanas de la casa; pero esta era demasiado baja, y como apenas podíamos verla por encima de la tapia del jardín, tampoco desde dentro habrían podido vernos a nosotros. Sherlock examinó la puertecita detenidamente, luego sacó del bolsillo un cortaplumas, lo metió entre el marco y la cerradura y se agachó para observar el mecanismo con el único ojo sano que tenía.

—Una buena llave… —murmuró nada satisfecho.

Luego estudió el borde entero de la puerta, hecha de madera ligera y basta, y se dio cuenta de que tanto la parte superior como la inferior sobresalían del muro.

—Tiene todo el aspecto de ser un arreglo temporal —comentó.

Teniendo en cuenta lo sucedido en la ciudad en los meses

precedentes, era bastante plausible.

Sherlock aprovechó la circunstancia para meter la hoja bajo la puerta, y empezó a hacer fuerza hacia arriba. Con unos cuantos tirones bien dados, la ligera puertecita se levantó y salió de las bisagras.

—Nunca montes una puerta por fuera… —me susurró mientras nos colábamos en el jardín.

El interior estaba cubierto por un enrejado de los que se usan para las plantas trepadoras.

Sherlock, dos pasos por delante de mí, empezó a susurrarme todo lo que veía:

—Un pino cerca del rincón izquierdo del jardín. Casa de un solo piso, con seis ventanas y sótano, cuatro respiradores sin rejilla. Las ventanas tienen dos postigos, cerrados abajo con un pasador y arriba con un gancho. Si queremos entrar, tenemos que forzarlas por abajo y sacar el gancho…

—Pero, Sherlock, nosotros no queremos entrar… —le recordé.

—A la derecha, un pozo. Y delante, la entrada. Puerta entornada. Solo hay que empujarla…

—No es nuestra casa, Sherlock, y si el primo de Lupin…

—Veo un recibidor con alfombras —murmuró él—. A la derecha y a la izquierda, dos puertas con picaportes y cerraduras con pestillo de muelle. Al fondo, una puerta grande, cerrada con llave y… —Sherlock calló de pronto. Me miró—. Un vaso medio vacío, sobre una mesita.

—¿Lleva mucho ahí?

—Negativo —contestó mi amigo—. Burbujas que suben aún a la superficie; servido hace poco.

Abrí mucho los ojos. Un vaso medio vacío en una casa como aquella solo podía significar que… Me apresuré a retroceder hasta la puertecita del jardín, pero una voz que venía de la casa me paralizó de golpe.

—¡Quietos donde estáis! —oí exclamar.

No sé por qué, pero levanté los brazos como si estuvieran apuntándome.

Sherlock me miró, miró la casa y me dijo:

—Es ridículo.

—¡Haz lo que dice! —le grité.

—Ya lo he hecho —replicó él—. Estoy quieto. Baja esos brazos, ¿es que no sabes quién es?

—¡Silencio, pordioseros, que eso es lo que sois! —exclamó también la voz.

Y esta vez me pareció reconocerla.

—¿Arsène? —pregunté sin saber bien adónde mirar.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí? —preguntó entonces nuestro amigo, abriendo la puerta de la casa. Llevaba puesta una bata larga y tenía en la mano una pistola con cachas de marfil—. ¡Sed bienvenidos, de todos modos! Supongo que habéis forzado esa ridícula puerta… ¡Le dije a mi primo que era como no poner nada!

—¡Menudo susto nos has dado! —exclamé, sin hacer caso de su parloteo—. ¿Se puede saber qué haces aquí? ¡Tu padre lleva tres días buscándote! Todos estábamos preocupados.

—Creo que sería mejor decir que sentíamos curiosidad —puntualizó Sherlock, que me siguió cuando entré en la casa.

Era exactamente como mi amigo me había descrito: alfombras por todas partes, bonitos cuadros con marcos dorados, una cornamenta de ciervo encima de la chimenea, muebles de taracea contra largas paredes blancas, dos espadas cruzadas sobre el dintel, un aparador lleno de botellas y una gran librería con volúmenes, en su mayoría, de física y de química, así como una nutrida serie de tomos de filosofía política… La casa clásica, en suma, de alguien acomodado y ecléctico, de aficiones momentáneas y apasionadas.

—Veo que te has recuperado, Sherlock —se burló Arsène, fingiendo una tranquilidad excesiva—. Pero no sé si me ves con ese ojo hinchado.

—Veo a alguien que ha dormido poco —respondió mi amigo.

—Y es cierto —confirmó Arsène—. Hace tres días que no me permiten moverme de aquí.

—¿Que no te permiten? ¿Quiénes?

—No lo sé exactamente.

El asunto me sonaba más bien raro.

—Te fuiste sin decirle nada a nadie —intervine.

—Diría que para vosotros no era ningún problema —se carcajeó Arsène, pasándose una mano por el pelo—. Habéis encontrado los zapatos, ¿verdad?

—Tu padre ha venido a mi casa a buscarte…

Arsène se mordió un labio.

—Lo siento. No pensaba que el viejo fuera a preocuparse por tres días de ausencia.

—¡Pero es que desapareciste literalmente, Arsène! —protesté.

—Yo no —me contestó él.

—¿Qué quieres decir con que tú no?

—Ha desaparecido su primo —dijo Sherlock, que miraba a su alrededor con esos ojos analíticos y meticulosos que tan bien le conocía yo.

—Exacto —confirmó Arsène—. No es nada insólito; a veces Hibou está fuera un tiempo, cuando quiere darse una vuelta bien dada por los bajos fondos, y entonces yo le cuido la casa, por decirlo así. Como de lo que haya en la despensa y le cojo prestada alguna ropa…

—Como los zapatos…

—Bueno, esos me temo que no se los cogí prestados —me dijo Arsène con una sonrisa—. Y me temo también que Hibou los haya buscado un buen rato antes de resignarse a comprarse otros.

—¡Le has robado a tu primo, Arsène!

—¡Eh, pero si es rico! Y yo no tenía zapatos elegantes. ¡Eso no es robar!

—Continúa… —le dijo Sherlock al tiempo que lanzaba una mirada al vaso lleno del líquido burbujeante.

—Es mío —reconoció Arsène—. ¿Queréis?

—No antes de que me expliques por qué no puedes moverte de aquí desde hace tres días…

—Órdenes misteriosas —murmuró Arsène, poniéndose serio de improviso.

—¿Órdenes que tienen que ver con el cristal roto de la ventana de la sala de estar? —le preguntó Sherlock.

—No se te escapa nada, amigo mío.

—A ti sí se te han escapado algunas esquirlas de cristal de la alfombra cuando has limpiado…

—¡VALE YA! —exclamé exasperada—. ¿Me queréis decir qué está pasando aquí o es que tengo que retaros antes a duelo?

Los dos me miraron como si fuese un flamenco rosa en equilibrio sobre una pata en medio del salón. Sherlock con su ojo amoratado y

los hombros caídos, Arsène con el pelo desgreñado y la mirada ojerosa de quien no duerme desde hace demasiadas horas.

—Como quieras… —murmuró Arsène.

Y por fin nos explicó qué hacía allí.

Capítulo 10

UN MENSAJE SINIESTRO

Como habíamos imaginado, tras dejar mi casa en el número 8 de la rue du Bac, Arsène había pasado por la suya y se había cambiado de zapatos, pero antes se había detenido en una tasca del río llamada Le Lapin Blanc. Era un antro de mala muerte, nos contó, pero también el antro al que, de vez en cuando, iban personas honestas que querían echar un trago en paz. Y a lo mejor perder unas monedas jugando al tarot de Marsella con algún chico de allí. En resumen, que había ido a jugar a las cartas. Y mientras se encontraba en Le Lapin, hablando del combate de la noche, había nombrado a su primo y uno de los parroquianos le había dicho que acababa de encontrárselo.

—«¡Ah, sí, el hombre de las patillas largas, el aristócrata socialista! Tarde o temprano hará que lo maten…», exclamó aquel fulano —nos contó Lupin—. «Como siga sermoneando y metiendo la nariz donde no debe…». Y, conforme hablaba, yo me iba poniendo nervioso. Porque se refería sin duda a Fabien y como la noche anterior, cuando me había dado las entradas, lo había notado más bien intranquilo… tuve la impresión de que realmente había ocurrido algo.

—¿Y por qué estabas tan seguro de que era de él de quien hablaba? —lo interrumpí yo—. La ciudad es grande, y no creo que tu primo sea el único que tiene las patillas largas.

—Pero no son muchos los que van por las tascas soltando discursos socialistas —me explicó entonces Arsène—. Sabéis lo que significa, ¿verdad?

—He leído a Robert Owen y a Stuart-Mill —respondió Sherlock con altivez.

—¿Y qué piensas?

—Que prefiero a Stuart-Mill.

Yo, por mi parte, me quedé callada, porque solo había oído aquella palabra algunas veces, en mi casa, dicha por mi padre con cierta desconfianza. Leopold me había explicado que se trataba de algo justo, es decir, de un movimiento para ayudar a las personas a trabajar en mejores condiciones en las fábricas y con mejor sueldo, aunque corría el riesgo de convertirse en algo equivocado. Pero no me había dicho por qué, solo que estaba muy preocupado por sus acererías.

—¿Te acuerdas de Rodolphe, el protagonista del libro que estás leyendo? —me preguntó entonces Arsène, que había intuido mi desconcierto.

—*¿Los misterios de París*?

—Ese. Mi primo me ha hablado de él; para él Rodolphe es un mito, una figura que tomar como ejemplo. Es un noble idealista que se ha impuesto por misión salvar a los más desafortunados. Mi primo tiene un buen trabajo, es noble, de familia rica… pero se siente atraído de forma enfermiza por los pobres y por quienes viven en los bajos fondos. ¡Pero no como el señor
D’Aurevilly
! Mi primo va en busca de los peores criminales con la intención de… rehabilitarlos. ¡De cambiar su vida explicándoles que solo son delincuentes por ignorancia! Muchas veces, como me dijo aquel hombre en Le Lapin, Hibou pasa las noches a orillas del Sena o en el laberinto de callejuelas que hay detrás del Palacio de Justicia tratando de salvar alguna alma perdida…

—¿Y lo logra? —pregunté, más bien escéptica.

—Más que nada encuentra a alguien que le vacía la cartera y lo manda a casa después de quitarle también los zapatos y los pantalones… —respondió Arsène cínicamente—. Pero esta vez no, por lo que parece.

—Pero eso no explica por qué llevas tres días instalado en su casa, sin salir y… con su bata —observó Sherlock.

—La bata es porque no tengo ropa para cambiarme, amigo. Y en cuanto a lo demás… Poco después de entrar aquí y no encontrar a nadie, me hicieron llegar esto a través del cristal de la ventana.

Arsène se levantó, abrió un cajón y nos mostró un gancho de hierro de carnicero que traspasaba un jirón de tela roja en el que

había escrito: «Si sales o pides ayuda, él morirá».

—Y yo he obedecido —dijo para terminar—. En espera de que llegara alguien.

A la vista de aquel objeto, se me puso la piel de gallina y los pelos de la nuca se me erizaron. Sherlock, por su parte, se limitó a comentar:

—Apesta a pescado.

—¿Qué? —le preguntó Arsène.

Sherlock olió el gancho y luego la tela, y repitió su observación. Después añadió:

—Y quien quiera que haya escrito la nota debe de ser semianalfabeto… Mirad las letras, cómo le temblaba la mano mientras las escribía…

—Peor aún, en lo que a mí respecta… —insistió Arsène, recuperando el gancho.

—Y, naturalmente, no tienes ni idea de qué significa.

—Ni idea. La única, que quien tiró este gancho que apesta a pescado sabe, por lo que parece, dónde vive mi primo… y dónde se encuentra ahora.

—Y muy probablemente se dispone a pedirte un rescate —apunté yo.

—Pero, entonces, ¿por qué no pedírselo inmediatamente? —me hizo notar Sherlock.

Arsène asintió.

—Es lo que pensé yo. Hay una caja fuerte en una de las habitaciones de atrás.

—Otra cosa rara… —continuó Sherlock—. Porque, así, podía venir él mismo a coger el dinero. Que tú sepas, ¿tenía tu primo problemas económicos? ¿Deudas?

Arsène negó enérgicamente con la cabeza.

—Lo descarto absolutamente.

—Por tanto, tampoco estamos ante un caso de secuestro simulado… —concluyó Sherlock, meditabundo.

Mientras, yo me había sentado y miraba a mi alrededor con circunspección. Tenía los nervios a flor de piel y la vista de aquel instrumento de carnicero no contribuía, desde luego, a calmarme.

En ese momento alguien empezó a tocar con fuerza a la puerta de la casa.

Me puse en pie como un resorte y a duras penas pude reprimir un grito.

¿Quién podía ser? ¿El desconocido que había dejado el mensaje? ¿La policía?

Instintivamente, me alejé de las ventanas, sabía que por ellas se veía bien el interior de la casa, al tiempo que intentaba atisbar la figura que se encontraba muy derecha en la entrada.

Y cuando vi a Sherlock abrir la puerta con seguridad, comprendí que ninguna de las posibilidades que había imaginado era cierta.

—¿Horace? —pregunté, pasmada, al ver aparecer a mi mayordomo en el umbral—. ¿Qué hace usted aquí?

El señor Nelson se sentó con nosotros en el salón de la casa de D'Andressy y, sin demasiados rodeos, nos contó que nos había seguido. Tampoco había escapado a su atención la etiqueta que yo había arrancado del zapato de Arsène la noche anterior, ni que Sherlock y yo nos habíamos cambiado de ropa en el patio del edificio y habíamos salido luego a la calle disfrazados de mendigos. La conclusión de sus palabras fue neta, y clarísima:

—Sé perfectamente que se están metiendo en un lío. Pero, en vez de tratar de impedírselo, como he intentado hacer desde que los veo juntos, he decidido adoptar la táctica opuesta. Por tanto, señorita Irene, señor Holmes junior y señorito Lupin, solo me queda por comunicarles que tengo intención de ayudarlos.

—¿AYUDARNOS? —le preguntamos los tres al unísono, como si el señor Nelson se hubiera vuelto completamente loco.

—Exactamente, ayudarlos —nos dijo con una sonrisa, astuto como un gato—. Veamos, ¿qué están investigando? ¿Un robo? ¿Una estafa? ¿Un… homicidio? ¿Y cuáles son los riesgos? ¿Una paliza *à la* Sherlock Holmes, una carrera en equilibrio sobre los tejados estilo Lupin o un tiroteo como los que le gustan a la señorita Irene? Y para terminar: ¿cómo pretenden proceder, excluyendo informar a la policía, que es lo penúltimo que harían antes de advertir a sus padres? —Solo entonces Horace Nelson tomó aire. Después sonrió a Arsène Lupin y añadió—: Un homenaje personal a la filosofía vital de Théophraste Lupin.

Arsène se puso tenso, sin comprender que las palabras de

Horace, a su manera, eran un cumplido, y Sherlock y yo tuvimos que explicarle lo que nos había contado su padre la noche anterior.

No nos quedó más remedio que desembucharlo todo con Horace, contarle qué hacíamos en casa del primo de Lupin y qué pensábamos que podía haberle ocurrido.

—¿Y ya han elaborado un plan? —preguntó entonces el señor Nelson.

—Naturalmente —respondió Sherlock primero.

—El cual, supongo, prevé una larga investigación en los peores bajos fondos del Sena… —añadió mi mayordomo, y yo todavía no comprendía si solo estaba ironizando a costa de nuestras veleidades como detectives aficionados o si quería participar de verdad.

—¡Eso ni lo soñéis! —exclamé en ese instante—. ¡Con los bajos fondos de Londres tuve más que de sobra! Y no pienso meterme en los de París justo ahora que acabo de llegar a la ciudad.

—Figúrate qué escándalo si llegara a saberse… —se burló de mí Arsène inmediatamente.

—No es nada de eso —cortó en seco Sherlock Holmes—. Lo que tenemos que hacer es decidir simplemente quién de nosotros cuatro se queda aquí por si llegara otro mensaje mientras los demás…

Sherlock se puso a explicar lo que harían los demás y vi que Horace Nelson alzaba una ceja. En cuanto mi amigo terminó su breve exposición, preguntó sin bajarla:

—¿Y cómo piensa elegir al que se queda aquí?

—Lo echaremos a suertes —fue la expeditiva respuesta de Sherlock Holmes.

—¿Cómo? —insistí yo.

—Yo descartaría lanzar una moneda, porque la señorita Irene tiene una suerte más allá de toda estadística razonable… —respondió Horace divertido—. Solo veo una manera de interrogar al azar: el dado del sentido común.

Y, mientras decía esto, sacó del bolsillo un dado y nos fue señalando uno por uno.

—Si sale el 1, se quedará aquí la señorita Adler. Si sale el 2, me quedo yo. Holmes junior será el 3 y el señorito Lupin el 4.

—¿Y si salen el 5 o el 6? —preguntó Arsène.

—El dado del sentido común no falla nunca… —murmuró el señor Nelson—. Si sale el 5, significa que ninguno de nosotros debe

abandonar la casa. Y con el 6, nos marcharemos todos.

—Cada uno tiene dos posibilidades de seis de quedarse… —observó Sherlock.

—Pero muchas más de irse… —dijo riéndose Horace—. Cuatro de seis.

Sherlock asintió despacio. Arsène resopló.

—¡Tire ya ese dado! —dijo.

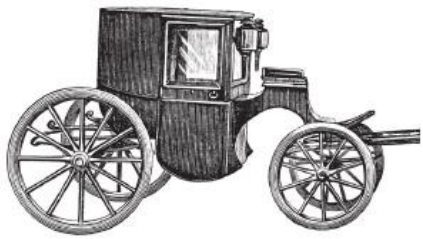
Yo no pronuncié ni palabra.

El señor Nelson cerró el puño con el dado, se sopló en los dedos y lo tiró.

—¡Y encima esto! —exclamé cuando vi el resultado.

Capítulo 11

UN RÍO DE PALABRAS



La primera parada en nuestro plan para encontrar al primo de Arsène fue la Obra Benéfica del señor D'Aurevilly. Si el asunto estaba relacionado con los desheredados de la ciudad que tanto le importaban a Hibou, nos habíamos dicho, mejor ir a un lugar donde había muchos de ellos. Y eso fue lo que hicimos.

Fuimos los tres en un carruaje.

Fue un viaje insólito, casi del todo silencioso, con muchas miradas, algunas de ellas claramente incómodas. Era la primera vez que nos ocurría algo así.

Yo veía cómo Arsène, sentado enfrente de mí, se impacientaba: movía imperceptiblemente el pie y cambiaba todo el tiempo de postura. Bufaba. Muy bajito, pero bufaba.

En cambio, a su lado, el señor Nelson parecía totalmente imperturbable. Había apoyado sus manazas en las rodillas y no las había quitado de allí. Miraba un punto impreciso por la ventanilla saltarina, ostentando una indiferencia que me resultaba casi fastidiosa. No podía fingir que no estaba allí con nosotros.

Y tampoco podía hacernos olvidar que Sherlock Holmes, el tercer miembro de nuestro incomparable trío investigador, se había

quedado en su puesto en el número 17 de Allée des Veuves.

Aquella solución era también juiciosa, en efecto, puesto que Sherlock todavía no se había recuperado de los trompazos que había recibido en su combate de boxeo. Pero, sin él y sus deducciones, me parecía completamente imposible poder llevar a cabo una investigación.

—¡Escúcheme bien, Horace! —soltó en determinado momento Arsène, que parecía atormentado por los mismos pensamientos que yo.

—¡Dígame, señorito Lupin!

—Acabemos con esto, ¿vale?

El mayordomo de los Adler se desplazó ligeramente en el asiento para dar la cara a su nervioso interlocutor.

—¿Acabar con qué exactamente?

—¡Con esta farsa! —replicó Arsène.

—¿Quiere decir…?

—Quiero decir que, en primer lugar, debería dejar de hablarnos como si fuésemos no sé quiénes. Con todos esos tratamientos, que si «junior», que si «señorito», que si «señorita»… En fin, ¡basta!

El señor Nelson no repuso nada.

—Eso me haría sentir un poco más a gusto. Entre nosotros no nos llamamos así. Somos mucho más francos, ¿no es verdad, Irene? Es que, así, parece que solo estamos fingiendo hablar…

Yo asentí mientras intentaba comprender adónde quería llegar mi amigo.

—En segundo lugar, debo recordarle que no ha sido invitado a formar parte de nuestro grupo. Se ha impuesto usted. Y eso no está bien. Pero… —Arsène se anticipó a la réplica del señor Nelson— sé que en realidad siempre nos ha ido detrás.

El señor Nelson cerró la boca, sorprendido.

—Lo oí. Y lo vi: en Saint-Malo, cuando los tres nos conocimos, y en Londres, en Francia… Siempre he sabido que vigilaba a Irene. Que nos seguía. Y yo dejaba que lo hiciera.

Yo desencajé los ojos.

—¿Horace?

El mayordomo pensó con cuidado su respuesta, luego se volvió hacia mí y dijo:

—Su amigo dice en parte la verdad, señorita Irene. Solo en

parte, porque no es cierto que siempre los haya seguido. A veces han conseguido burlarme. Muchas más de las que me atrevo a admitir. Pero, en el fondo, no puedo negar que los he observado con mucha atención, Arsène Lupin.

Meneé la cabeza, asombrada. De repente, muchos de los recuerdos de los últimos meses adquirían un cariz completamente distinto: el señor Nelson apareciendo repentinamente en un callejón, llegando en el momento oportuno con un carruaje, en un hotel de Londres pasándome con indiferencia un periódico que traía cierta noticia…

¿Era posible que no me hubiera dado cuenta de nada? ¿Y que ni mis amigos ni yo hubiésemos hablado nunca tan claro con él?

—¿Quién le encargó vigilarnos, el señor Adler?

—No, señorito Arsène. El señor Adler no tiene nada que ver…

—¿Es usted policía?

El señor Nelson negó con la cabeza.

—¿Espía? —insistió mi amigo.

—Señorito Arsène…

—Por favor…

—Arsène —se corrigió el señor Nelson—. Me temo que va descaminado. No soy ningún espía, ni un agente secreto. Solo soy un mayordomo muy preocupado por los casos en que se implican y por lo que, naturalmente, conlleva esa implicación. Soy un mayordomo que procura intervenir de una manera discreta, mis jóvenes e inquietos amigos, y solamente cuando considera que las cosas se están poniendo demasiado peligrosas. A veces he pedido consejo al señor Adler, pero no he recibido el encargo específico de vigilarlos. Ni yo lo aceptaría. El único motivo por el que he hecho lo que he hecho, y por el cual estoy aquí, es que le tengo mucho cariño a la señorita Irene. Y no soy el único, me da la sensación.

«Bravo, señor Nelson», le felicité para mis adentros. ¡Así se hablaba! Por la expresión de Arsène, vi que él también había quedado impresionado por aquella explicación tan franca y sin titubeos.

—Así pues, solo usted va a bordo… —insinuó mi amigo.

—¿En qué sentido?

—No trabaja para la policía, no tiene que contarles a nuestros padres lo que vea, no es un soplón ni está redactando un informe

sobre nosotros.

—Nada de todo eso, señori… —el señor Nelson se mordió la lengua—. Lo siento, pero quince años de servidumbre hacen que me sea bastante difícil cambiar mi modo de dirigirme a las personas sin añadir «señor».

—¡Pues hágalo, señor Nelson! —intervine yo con ímpetu. Me sentía aliviada al saber que Horace no había servido todo el tiempo de enlace secreto entre mi padre adoptivo y nosotros—. Lo importante es que entre nosotros podamos hablar libremente.

—Cierto —convino Lupin. Le tendió la mano—. Empecemos por el principio. Yo me llamo Arsène.

—Y yo Horace.

—Irene. Encantada de tenerlos a bordo.

No dejábamos de ser un trío, me dije.

Distinto del habitual, pero un trío de todos modos.

Al llegar a la Villa de Oro, el señor Nelson consideró más oportuno quedarse en el carruaje para llamar menos la atención y mandarnos a Lupin y a mí al gran portal sombrío con el espíritu lleno de interrogantes. Y con una extraña sensación de alerta, pues ambos éramos conscientes de que faltaba la mente más lúcida de nuestro terceto. Estábamos tan acostumbrados a que fuera Sherlock quien se percatara de los detalles más importantes que ni Lupin ni yo nos sentíamos a la altura de poder reemplazarlo.

Aquel día descubrí que no es cierto que frecuentando a personas excepcionales se aprendan sus secretos y una se vuelva poco a poco como ellas. Si acaso, es verdad justo lo contrario: una vez reconocida su superioridad, una se fía completamente de ellas y ni siquiera presta ya atención. Las personas excepcionales solo pueden demostrar lo hermoso que es serlo y empujarte a ti a hacer otro tanto, a ser tú misma excepcional, pero a tu manera. Eso, creo, es lo que significa «ser una excepción».

Sherlock Holmes tenía dotes deductivas absolutamente excepcionales, mientras que Arsène Lupin, que caminaba a mi lado, tenía una capacidad de improvisación y un modo de sortear obstáculos (en otras palabras, era un mentiroso patológico) fuera de lo común.

¿Y yo, por mi parte? ¿En qué podía considerarme excepcional? No era tan rápida razonando ni mentía con igual prontitud. No era

tan fuerte como ellos, y tampoco buena cocinera. Mi rasgo más notable era la indecisión. Y contar con el señor Nelson, que velaba por nosotros, como acababa de descubrir.

Subimos la escalera que nos separaba del despacho de Sophie y la encontramos hablando con uno de los médicos del hospital, el señor Goncourt.

Cuando nos vio, Sophie se disculpó un momento con el médico, aunque le hizo seña de que no se fuera, y me dio un fuerte abrazo.

—¡Lo habéis encontrado, pues! —exclamó, y saludó también a Lupin—. Irene estaba muy preocupada…

—¿De verdad? —le preguntó él, malicioso.

—¡Estaba destrozada, a decir poco! «Pero ¿dónde se habrá metido Lupin? ¿Qué le habré hecho yo…?» —bromeó Sophie, que, evidentemente, estaba recuperando un poco de buen humor.

En todo caso, consiguió hacerme sonrojar, pero Arsène tuvo el tacto de no insistir en el tema.

—¿En qué puedo ayudaros, chicos? ¿Hoy también venís a hacer un poco de voluntariado con los pobres? —nos preguntó ella.

—No exactamente, Sophie —le contesté—. Pero es a ellos precisamente a quienes necesitamos.

Le expliqué resumidamente lo que pensábamos que le había sucedido al primo de Lupin y, al término de nuestras breves palabras, Sophie le pidió al doctor Goncourt que se acercara.

Nos estrechamos rápidamente la mano.

—Estos chicos, doctor, están haciendo unas indagaciones personales y necesitarían hablar con alguna persona discreta… —insinuó Sophie—. De esas que conocen todos los rumores y habladurías de la *Cité*. Que conocen a todo el mundo y todo el mundo las conoce… No sé si me entiende.

El rostro del doctor se puso serio un instante, pero luego se iluminó.

—¡Sé quién es la persona ideal! Pascal Poignard, o Bocagrande, como lo llaman en la calle.

—Creo que sería perfecto —intervino Arsène.

El médico echó una ojeada al jardín interior del edificio, a los entoldados con las mesas.

—Y me parece que lo he visto hoy en el comedor. ¡Venid, quizá hayamos tenido suerte!

Le dimos las gracias a Sophie y seguimos al médico por la escalera.

Tuvimos suerte, sí.

Y puede que el señor Nelson tuviera razón: tal vez la suerte fuera mi don excepcional.

Pascal Poignard era un hombrecillo con la cara colorada y un pelo ensortijado que, dispuesto alrededor de una calva, despedía reflejos metálicos. Tenía los ojos azules, igual de luminosos que los de un niño, y hablaba muy deprisa, como si temiera que no le fuera a dar tiempo de terminar la frase.

El doctor Goncourt tuvo la gentileza de presentárnoslo personalmente y llevarnos a un cuartito apartado de la planta baja antes de dejarnos solos, y eso le dio a Bocagrande la idea de que nuestro encuentro era realmente importante. Se había llevado del comedor un trozo de pan que no se había terminado y, tras pedirnos permiso, siguió mordisqueándolo durante toda nuestra conversación.

—¿Ha oído hablar alguna vez de un hombre llamado Fabien d'Andressy? —le preguntamos para empezar.

Bocagrande lo pensó un poco antes de contestar mientras se comía el pan a mordisquitos, como un conejo.

—Soy su primo —añadió Lupin—. Y Fabien no ha vuelto a casa desde hace tres días.

Al oír aquellas palabras, Bocagrande lo miró, lo situó socialmente dentro de su visión de los habitantes de París y al final nos respondió que sí, que lo conocía.

—El mediador —dijo—. El de Le Lapin.

—¿El mediador? —pregunté yo.

—Habla, habla y habla —respondió Bocagrande—. Y quiere hablar con todos. No hay nadie que le lleve la contraria. Y si unos se pelean, él se interpone. Habla y habla. Con todos. Y al final hace que se pongan de acuerdo. El mediador. Siempre en medio. Habla y habla.

Información interesante, decidí. Porque la actitud de interponerse no siempre es la mejor cuando te las ves con desesperados.

—¿Y hay algún otro sitio al que vaya, aparte de Le Lapin Blanc?

Bocagrande negó con la cabeza.

—¡Le Lapin es prácticamente su oficina! —dijo, y soltó una buena carcajada. Luego miró a Arsène—. Lapin. Lupin. Lapen. Ja, ja. Lupin.

—Muy gracioso —atajó Lupin—. Pero el hecho es que de verdad necesitamos tu ayuda. Mira, no es solo que mi primo no haya vuelto a casa, sino que en su casa alguien ha dejado… esto.

Arsène me hizo una indicación y yo saqué de mi bolso el gancho de carnicero con el jirón de tela roja.

Los pocos pelos de la nuca de Bocagrande se le pusieron tan tiesos como si hubiera sufrido una descarga eléctrica y al hombrecillo se le cayó el trozo de pan.

Arsène lo cogió al vuelo y se lo devolvió, y aquel gesto tuvo el poder de hechizar a Pascal.

—¿Sabes qué es este gancho, Pascal? ¿Sabes lo que significa?

—Malo, malo, malo —repitió él como una máquina—. Pobre mediador como se haya metido en esas historias. Malo, malo de verdad. Tullidos y Barqueros. ¡Los Calzones Rojos! Mejor dejar las cosas como estén y no meter la nariz ahí.

—¿Por qué es mejor no meter la nariz, Pascal? —lo presionó Lupin.

—¡Porque esos te la cortan! Los hombres del carnicero. Cabeza de Toro. Malo, malo, malo. Y luego está el otro. Malo. Siempre lleva cuchillo Ascanio, siempre. Y siempre va con él el Verdugo, siempre. Pero ahora no, no. Ahora…

—¿Nos puedes explicar de qué estás hablando, Bocagrande? —le preguntó Arsène, al que se le escapó el mote.

Él hizo ademán de levantarse e irse. Tuve la sensación clara de que, si hubiera querido detenerlo, o tocarlo, habría gritado y huido.

—Por favor, Pascal… —murmuré mirándolo derecho a los ojos.

Él me devolvió la mirada. Hasta el fondo. Luego contempló mi pelo.

«Confianza —pensé—. Tú sabes transmitir confianza, Irene. Las personas se fían de ti. Siempre se han fiado de ti».

Puse la palma de la mano hacia arriba, como si pidiera limosna. Nos bastaba con que dijera unas pocas palabras. Poquísimas.

—Tenéis que preguntar en Los Calzones Rojos. La taberna. En la

orilla del Sena, a la altura del Pont Marie. Preguntad por Simon. Y no por Cabeza de Toro, nunca por Cabeza de Toro. Y no, no, no digáis que ha sido Bocagrande el que os lo ha soplado. No le digáis a Simon que os manda Bocagrande. No se lo digáis. Juradlo.

—Te lo juro… —le dije.

Arsène levantó una mano y se puso la otra sobre el corazón.

Luego Bocagrande salió de la habitación a pasos rápidos y dejó la puerta abierta tras de sí.

Hacía bien.

Allí dentro ya faltaba el aire.

Capítulo 12

REVUELO EN LOS CALZONES ROJOS

No, de ninguna manera, había dicho e insistido, iba a bajar yo aquel día a los bajos fondos parisinos, y, poco antes de las cinco, allí estaba yo caminando con las manos en los bolsillos a la sombra del Pont Marie. El Sena describía una gran curva cenagosa y doblaba hasta el imponente Pont d'Austerlitz, por el que transitaban los últimos carruajes que se dirigían a las afueras. Pero nosotros, desde luego, no nos dirigíamos al campo. Nuestra meta, en cambio, era un laberinto de callejas de casas ruinosas en las que el viento se colaba con violencia, casi con maldad. Y en el corazón mismo de aquel laberinto se encontraba una taberna cuyo cartel, un par de pantalones rojos, chirriaba malévolamente al viento. Los Calzones Rojos, se llamaba, tal como nos había dicho Bocagrande, y no era una taberna cualquiera. Era un *tapis-franc*, que en la jerga de ladrones y asesinos denomina el lugar en que acuerdan los delitos por cometer.

«Qué reconfortante…», me dije cuando llegamos a ella. Las palabras del libro de Eugène Sue me volvían continuamente a la mente, y hoy mismo, al cabo de muchos años, no puedo más que servirme de ellas para tratar de describir lo que sentía.

Arsène caminaba por delante de mí, tan bravucón como siempre; Horace iba detrás. Saltamos un reguero de agua oscura que corría por el centro de la callejuela y nos acercamos al letrero, que el viento seguía haciendo chirriar horriblemente en su asta oxidada. Arsène me señaló la escalera, negra e infecta, que bajaba a la taberna.

—¿Quieres decir que… la taberna está ahí abajo? —pregunté a mi amigo. Pero no le hice más preguntas, y dejé de jugar al papel

facilón de chiquilla asustada. Sabía que Lupin también lo estaba, pero fingía mejor y disfrazaba sus temores con chulería.

—En otra época, estas tabernas subterráneas estaban todas en los Champs-Élysées… —me dijo Arsène, ayudándome a bajar los peldaños podridos. El suelo estaba húmedo y grasiento—. Por la parte de Cours la Reine. Pero cuando sanearon el barrio tuvieron que trasladarse…

—Y nosotros con ellas… —murmuré.

—¿Quieren volver? —nos preguntó el señor Nelson, que bajaba el último.

Ninguno de los dos contestó. Volveríamos al 17 de Allée des Veuves solo cuando encontráramos una nueva pista que presentar a Sherlock.

Por primera vez en aquel largo día tuve envidia de él. Y le envidié el cómodo salón alfombrado en que esperaba nuestras noticias. El tugurio en el que estábamos entrando, en cambio, era bajo, sucio, malsano, con el tejado cubierto de musgo, adosado a otras construcciones igual de ruinosas.

Más allá de la puerta torcida, al final de la escalera, nos llegaron los ruidos y el olor de una guarida de animales, quizá seres humanos.

En cuanto Arsène puso el pie dentro, se hizo un silencio palpitante, roto solamente por el viento que se colaba por debajo de las tejas. Habría en total diez personas, incluida la chica que servía las mesas, cuyo rostro era de una palidez espectral. Era totalmente imposible no atraer la atención.

Elegimos una mesa en un rincón, con las patas clavadas al suelo, y nos sentamos. El señor Nelson les daba su poderosa espalda a los demás clientes.

El silencio que nos había acompañado se rompió poco a poco y, momentos después, aquellos tipos marginales fingieron que todo era normal. Esperaban, más que nada, descubrir qué motivo nos había llevado allí.

Cuando la camarera vino a preguntarnos qué íbamos a tomar, Arsène le deslizó un billete bajo el cordón del sucio andrajo que usaba como delantal y le dijo que quería hablar con Simon. La chica, por increíble que pareciera, se puso aún más blanca y permaneció como paralizada junto a la mesa.

El señor Nelson se volvió hacia ella y, con voz tranquila, le dijo:

—Tráiganos una tetera para mis amigos y para mí un vaso de vino de la casa y, si hay, un *arlequin*.

La chica dijo tartamudeando qué sí había y el señor Nelson, en voz más alta, exclamó:

—Estupendo. ¡Entonces una buena ración, por favor! —Luego, cuando ella se alejó, nos susurró—: Lupin, Irene, en un sitio como este no tengan prisa en buscar a su contacto… Será él el que venga hasta ustedes.

Arsène, picado en lo más vivo, asintió y clavó los ojos en la mesa.

—A mí lo que me gustaría saber es qué es un *arlequin*, Horace —le dije en voz bajísima.

—Depende —me respondió él—. Normalmente, es un budín de huesos de chuletas, muslos de pollo, corteza de pastel de carne, colas de pescado, el queso que haya, cabezas de becada, masa, frituras, verduras y un poco de ensalada…

Se me quedó la boca seca.

—Apetitoso, ¿no cree? —rio él, sentado en aquella silla coja como un extraño ejemplar de oso amaestrado.

A nuestro alrededor, la taberna era bastante amplia, con el techo ahumado y las vigas negras, mal iluminada por una lámpara verdosa. Las paredes estaban encaladas y llenas de dibujos y frases obscenas. El suelo estaba cubierto de un oloroso estrato de serrín húmedo y al pie del mostrador había un montón de paja. Posara donde posase los ojos, me devolvían miradas sesgadas o lascivas a las que, no sé por qué, yo respondía con una débil sonrisa. El único que me miró de un modo casi normal fue un chiquillo lisiado que estaba sentado solo, apoyado en su muleta.

Arsène tamborileaba con los dedos en la mesa, tan impaciente como siempre, pero el señor Nelson había acertado: junto con nuestra tetera (óptima idea, me dije, para consumir algo que no fuera mortal) y el plato de *arlequin*, amenazadoramente humeante, llegó a nuestra mesa un hombre robusto, con las mangas de la camisa subidas para enseñar los tatuajes de los brazos y un trapo a cuadros sobre el hombro, como dando a entender que había sido él quien había cocinado aquella preciosidad.

—He oído que alguien me busca… —dijo, mirando al señor

Nelson y apoyando en la mesa una mano en la que cargó todo el peso de su cuerpo.

El señor Nelson puso la expresión más estúpida que le había visto en mi vida.

—¡Ah, tal vez mi amigo! —respondió mientras se llevaba a la boca el primer bocado del plato.

Simon se volvió hacia Arsène Lupin, calculó su edad con la mirada y luego, adelantando el mentón, le preguntó:

—¿Se refiere a ti?

Arsène inclinó el cuerpo hacia él, bravucón.

—Estoy buscando a una persona —murmuró—. Y me han dicho que te preguntara a ti.

—¿Y también te han dicho lo que iba a contestarte?

—La persona que estoy buscando se llama Fabien d'Andressy —prosiguió Arsène—. Puede que lo conozcas.

—Te equivocas. Nunca he oído ese nombre —respondió Simon.

—Lo llaman «el mediador» —insistió mi amigo—. Un hombre amable, bastante alto, con dos vistosas patillas.

—Ni idea —dijo tajantemente Simon, que, por cómo se le movían las aletas de la nariz, se veía que se olía problemas.

—¡Este *arlequin* está realmente exquisito! —exclamó entonces el señor Nelson—. ¡El mejor que he comido en mi vida!

Simon le puso una mano en el hombro, como diciéndole que eso era entender de *arlequins*, y cuando lo hizo la mano del señor Nelson saltó como un cepo y sujetó al hombre por la muñeca. Simon desencajó los ojos, impresionado por la fuerza de aquel agarre, y el señor Nelson, mirándolo a los ojos, masculló:

—Venga, dinos lo que sabes. ¿O prefieres que se lo preguntemos a Cabeza de Toro?

Me puse rígida en mi silla. «No nombréis nunca a Cabeza de Toro», nos había aconsejado Bocagrande, significara lo que significase aquello.

Y luego sucedió algo más en la taberna.

Un hombrecillo que parecía tener pico en vez de nariz, con un par de bigotes de salmonete, se levantó de su mesa y se dirigió a la salida. Sin duda porque nos había oído hablar. Y también porque sabía algo.

Sin pensármelo dos veces, me alcé de la silla y le grité:

—¡Eh, tú, espera!

Fue como si lo hubiese apuntado con un haz de luz. El hombre me miró con una expresión entre aterrada y sorprendida, me hizo un gesto obsceno totalmente gratuito y siguió andando hacia la salida, ahora con más decisión.

En ese momento comprendí por primera vez el significado de palabras como «instinto» y «provocación». Y una parte animal de mí, que ni siquiera sabía que poseía, actuó con la velocidad del rayo: cogí de la mesa la tetera de agua hirviendo, se la tiré y lo alcancé de lleno. El hombrecillo chilló, se tambaleó y tropezó. Mientras se retorcía, la manga derecha de su mugrienta chaqueta se le subió y dejó el brazo al descubierto hasta el codo. Pude ver dos grandes letras, dos eles que parecían marcadas a fuego sobre la piel de aquel hombre. Él, chillando como un águila, no se detuvo. Un instante después había abierto ya la puerta y estaba fuera.

Todo había ocurrido tan deprisa que el señor Nelson seguía apretándole la muñeca a Simon con una mano y sostenía en la otra un huesecito de pollo, y Arsène tenía aún en los labios el nombre de su primo.

—¡Vaya con la señorita! —exclamó Arsène, que saltó por encima de la mesa y se lanzó en persecución del hombre-salmonete. Yo lo seguí inmediatamente, sin preocuparme de las consecuencias.

Al señor Nelson no le quedó más remedio que soltar al cocinero, arrojar un puñado de monedas sobre la mesa e intentar alcanzarnos antes de que desapareciéramos de su vista.

Capítulo 13

UNA VISITA A LOS BAJOS FONDOS

Tras subir la escalera que llevaba a la calle, el hedor a guiso, mezclado con el de pescado y el de la escoria del río, fue como una bofetada. El viento soplaba con una fuerza maligna y hacía batir los postigos destartalados y las planchas de las chabolas.

Arsène corría por delante de mí, rápido y elegante como un atleta. Lo seguí.

El colgante de oro en forma de corazón que mis amigos me habían regalado me golpeaba en el pecho.

—¡Señorita Irene! —oí a mi espalda y, al volverme, distinguí la figura corpulenta del señor Nelson pisándome los talones.

Me concentré en la carrera.

La moda femenina no ha sido pensada para permitirnos movernos con la misma agilidad que nuestros compañeros masculinos, es como si para nosotras mantener solamente el equilibrio sobre las dos piernas fuera ya signo de arrogancia. Pero, por suerte, había aprendido a hacer virtud de la necesidad y, cuando me había disfrazado de pedigüeña con Sherlock, aquella mañana, me había puesto un par de zapatos cómodos que había comprado en Londres, en una zapatería de hombre. Por supuesto, había tenido que decir que eran para un regalo.

El hombre al que perseguíamos (sin verdadero motivo, en realidad) tenía sobre nosotros una doble ventaja: conocía el lugar y también sabía por qué huía.

Ya al doblar la tercera esquina de aquel laberinto de callejas Arsène había comprendido que nunca lo pillaría y había aminorado la carrera. Cuando lo vi, desde la esquina siguiente, trotaba simplemente por la calle.

—¡Maldición! —exclamé cuando estuvo al alcance de mi voz—.

¡Se nos ha escapado!

—¡Y tanto que se nos ha escapado! —dijo él, jadeante (y aquello me dio cierta satisfacción, porque yo estaba cansada, sí, pero respiraba perfectamente)—. Me ha parecido ver que trepaba por ese canalón y desaparecía en los tejados, pero ¿quién puede decirlo? ¡Parecía como si Belcebú fuera tras él! ¿Qué tendrá que ocultar para huir así?

—¡No lo sé! —reconocí—. Solo he visto que se levantaba de golpe cuando has preguntado por tu primo… ¡Mejor dicho, no! Ha sido cuando el señor Nelson ha pronunciado el nombre de Cabeza de Toro y…

Arsène se apoyó ostentosamente en la pared de una chabola, me hizo una seña para que me acercara y me pasó un brazo por los hombros.

—En resumen, ¿hemos perseguido a una persona sin un auténtico…?

Se interrumpió.

En la calleja, a nuestra espalda, se oía ruido de pasos.

—¿Señor Nelson? —pregunté.

Pero no era él. Para gran decepción mía (aunque, honestamente, debería escribir «terror»), vi avanzar a unos hombres por la calleja embarrada, ocupando toda su anchura.

«Asaltadores —pensé—. Hemos tropezado con una banda de asaltadores».

Nos pusimos hombro con hombro mirando a aquel escuadrón de personas que marchaba hacia nosotros.

El viento les levantaba los faldones de las blusas y hacía restallar sus pantalones amplios, rojos, que se estrechaban por debajo de la rodilla.

—Me temo que tu amigo ha pedido refuerzos… —murmuró Lupin, que se pegó más a mí.

Pero, por mucho que escrutara aquella hilera de rostros, todos igual de terroríficos, no pude reconocer en ninguno la nariz de pico y los bigotitos del hombre-salmonete.

—Puede que no sean amigos suyos… —dije.

—Interesante observación —comentó Arsène en el más puro estilo Sherlock, haciéndome notar luego que un segundo grupo de caras de malas pulgas nos cerraba la calle por el lado opuesto—.

Diría que hemos caído en una verdadera trampa.

Y en aquel momento, como para subrayar sus palabras, oí en la calleja el sonido de puertas cerrándose.

—Magnífico… —respondí—. ¿Y ahora?

—Ahora, si no trepamos como ha hecho tu amigo, una de dos: o regateo para venderte a ellos a cambio de mi libertad o…

—¿O QUÉ? —grité, incapaz de creer que tuviera ganas de bromear en una situación como aquella.

—¡O rezamos para que el señor Nelson sepa lo que hace! —terminó de decir Arsène Lupin, que me tiró al suelo de un empujón.

Hubo una explosión. Bueno, dos.

Me encontré con la cara aplastada contra el reguero negruzco que corría por en medio de la calle y rodeada de una nube de humo denso y picante.

Pólvora.

—¡No respires! —le grité a Arsène.

Pero, al gritárselo, aspiré una vaharada ácida que me revolvió el estómago. Me apreté la manga del abrigo contra la boca y traté de averiguar qué había sucedido a nuestro alrededor.

Me quemaban los ojos y me costaba ver algo. Reconocí la silueta de Lupin, que se peleaba con uno de nuestros atacantes; luego, en la niebla, apareció la cara amarillenta de un segundo hombre.

Le propiné una de mis para entonces famosas patadas al bajo vientre y, cuando el tipo cayó, caminé literalmente por su espalda.

Unos zapatos magníficos, he de decir.

Poco más allá reinaba una suprema confusión de cuerpos que tosían y se retorcían. Y, en medio de ellos, una gigantesca figura negra que los agarraba y los arrojaba a un lado y a otro de la calleja.

¡El señor Nelson!

Con los ojos de la memoria, me di cuenta de que poco antes lo había visto llegar a la carga a espaldas de nuestros atacantes y que, mientras Arsène me empujaba al suelo, lo había visto lanzar algo. Evidentemente, dos bombas de pólvora y papel, que habían saturado la calleja de aquel humo urticante.

Una pantera saltó a mi lado e hizo que me parara de golpe. Era Arsène Lupin en traje de combate. Tenía un aspecto magníficamente

temible: una manga del abrigo arrancada y un largo arañazo en el cuello que parecía un tatuaje. Su pelo oscuro, pegado a la frente, semejaba un arabesco.

Arsène no me agarró del brazo ni me sonrió, como cualquier caballero habría hecho con una dama en circunstancias parecidas. Me reconoció como a una igual: otra bestia salvaje, nacida en la misteriosa Europa continental y crecida en el Nuevo Mundo. Una bestia pelirroja que sabía pegar mejor que un hombre y que por fin había vuelto, triunfante, a la Ciudad de la Luz. Y yo reconocí en él a un igual.

Nos abrimos paso a codazos en la niebla artificial que el señor Nelson había creado en torno a nosotros y cuando él nos vio llegar se volvió y empezó a correr sin esperar más, porque el fuerte viento de última hora de la tarde estaba deshaciendo la nube en retazos cada vez menores.

—¡Rápido! —gritó.

Echamos a correr de nuevo, esta vez con el señor Nelson por delante y Arsène detrás. Era conmovedora, en todo caso, la manera en que mis dos compañeros trataban de protegerme.

Oímos cómo los gritos de nuestros atacantes pasaban poco a poco de la pura confusión al dolor y el desconcierto, e intuimos que los menos aturdidos entre ellos habían reanudado nuestra persecución.

Nosotros, sin saber adónde nos dirigíamos, nos encontramos en una calle en cuesta y cada paso se hizo más fatigoso que el anterior.

Pero oír las voces de los otros, que se reorganizaban a toda prisa y gritaban «¡Por aquí!», «¡Por allá!», «¡Corred!», redobló mis energías y mi determinación de vender caro mi pellejo.

En cierto sentido, había algo tremendamente excitante en correr por aquellas calles fangosas a las que daban chabolas habitadas por personas que alguien había denominado «los miserables». Y comprendía los sentimientos de Fabien y su deseo de no hacer como si no existieran, sino de intentar algo. Intentarlo. Una y otra vez.

Cuando el señor Nelson se decidió a parar para tomar aire, nosotros lo alcanzamos. Y en cuanto nuestra ruidosa respiración se calmó, oí una vocecita que venía de abajo.

—¡Señorita! ¡Eh, usted, señorita!

Pensé que no había oído bien, que había sufrido una alucinación

auditiva, pero la vocecita volvió a sonar y, aún más, en ese momento vi también una mano asomando de una reja que había en la pared junto a mí. La reja era muy baja y aquella mano parecía salir de la tierra.

—¡Venga, deprisa! —me gritó el señor Nelson.

—Ya vienen… —jadeó Arsène.

Pero yo me agaché, en cambio, y al otro lado de la reja vi una cara que me miraba. Era de un niño, un mocoso de la calle con los ojos tapados a medias por una gorra de lana sucia de barro.

—¡Por aquí! —me dijo insistente—. ¡Empuje, es una puerta!

Empujé; mejor dicho, me arrojé con todo mi peso contra la reja, que giró sobre unos goznes invisibles y se abrió a un pasadizo angosto y sin luz que corría en zigzag entre las casas.

El chiquillo que me había hablado esperaba dos metros más adelante, apoyado en una muleta. Y me hacía señas para que lo siguiera.

—¡Yo te he visto antes! —exclamé—. ¡Estabas en la taberna!

¿Cómo había llegado hasta allí? ¿O es que nosotros habíamos corrido en círculo?

—¡Venga, venga! —rugió el señor Nelson a mi espalda.

—¡Los tenemos encima! ¡Sigámoslo! —me susurró Arsène Lupin, que me empujó hacia el pasaje por una parte del cuerpo por la que nunca es elegante empujar a una dama.

Capítulo 14
UN PEQUEÑO REY

Guiados por el niño cojo, nos arrastramos por debajo de unos postes que mantenían elevadas del suelo, como palafitos, algunas casas. Apenas había espacio para pasar, sobre todo para el señor Nelson, quien, no obstante, no protestó en ningún momento. En aquel infierno de agujeros y fosos, rejas y ventanucos, nuestro guía se movía con una rapidez insospechable. En uno de los escasos puntos en que el pasaje se ensanchaba, me pareció divisar el lento y cenagoso curso del Sena a una veintena de pasos a mi izquierda. Pero luego volví a perderme en aquel territorio de nadie, compuesto por los espacios abandonados del barrio de chabolas.

Los gritos de nuestros atacantes fueron sustituidos por una serie de ruidos: crujidos, gemidos, chisporroteos, chirridos, goteos, golpes sordos, pasos. Un universo de sonidos menores a los que en otra oportunidad nunca habría prestado atención.

Y de improviso llegamos a un lugar despejado donde la mirada podía por fin abarcar unos metros. La ribera del río. Era de piedras recubiertas de limo, inseguras. Sobre nuestras cabezas, un sistema de horribles tuberías vertía aguas residuales lentas y aceitosas. Más allá se abría el hueco maloliente de una cloaca.

El chiquillo eligió una piedra musgosa, probó su firmeza con la punta de la muleta y finalmente se plantó sobre ella.

—Aquí no vendrán a buscarnos —dijo con tranquilidad.

—¿Estás seguro? —le pregunté.

—Es mi reino —dijo él.

Me sentía hasta cohibida ante un rey con tanta dignidad.

—Bueno… entonces, gracias —le dije sonriendo—. Creo que no lo habríamos conseguido sin tu ayuda.

—Irene tiene razón —me apoyó Arsène—. Nos has salvado la vida.

El señor Nelson asintió con gravedad.

—Pero ¿qué querían esos? —preguntó luego—. ¿Por qué la habían tomado así con nosotros?

El chiquillo se atusó el pelo.

—Por los Barqueros —respondió—. Han entrado en la zona equivocada.

—¿Barqueros? —preguntó entonces el señor Nelson—. Nunca he visto a barqueros como esos…

—Ellos pensaban que ustedes eran Barqueros —explicó el niño —. Pero no barqueros corrientes, ¡no! Esos no. Los otros. Ya saben… No, claro que no lo saben, ¿cómo podrían saberlo? Los Barqueros son una banda. Son nuevos en la ciudad. Se mueven por el río y viven en barcazas. Oh, yo los conozco bien. Soy amigo suyo. Ellos son ladrones. Estranguladores. Chantajistas. Mendigos. Exactamente igual que los otros, los Calzones Rojos. Es gente peligrosa… Ascanio, su jefe, lleva en el cinturón un machete que le llega a la rodilla… Por no hablar de su segundo, el Verdugo lo llaman, ¡el Verdugo! Él sí que es un loco. Y un loco malvado, se lo digo yo.

Yo no había comprendido gran cosa, lo reconozco, pero miré alarmada el cauce del Sena, a pocos pasos de nosotros, y se lo señalé al chico.

—Pues si esos Barqueros usan barcas, no es seguro estar aquí.

El cojito rio.

—Oh, no… Ellos pasan lejos de esta orilla. Al menos siempre han pasado lejos. Y no solo porque tengan miedo de las cosas que pueden salir por estas tuberías… No. Aquí podemos estar tranquilos, se lo he dicho. Son amigos míos. Nadie tiene miedo de un chiquillo cojo. Calzones Rojos y Barqueros hablan de buena gana conmigo. No deben tener miedo. Además, está subiendo la niebla, ¿no ven?

El chiquillo tenía razón, alrededor de nosotros se estaba cerrando una niebla vaporosa que se deslizaba sobre la superficie del agua. En pocos minutos nos envolvió y muy pronto fue como

estar hablando en un patio cerrado por paredes fantasmales.

—Han ido a hacer preguntas al peor sitio en el peor momento… —siguió diciendo el chiquillo, que luego miró a Arsène—. ¿Se puede saber quién les ha dicho que preguntaran a Simon?

—No —respondió Arsène. Después añadió—: Hemos jurado que no diríamos su nombre.

El chico escupió en el suelo.

—Está bien. Es justo. Pero… está claro que no son del barrio. Y que no saben nada de él. Y no solo porque estén buscando a su amigo… —Aquí chasqueó la lengua contra el paladar varias veces —. Al que yo no conozco, que quede claro… Así que no puedo ayudarlos. Pero preguntar por Cabeza de Toro… —Otro chasqueo, más fuerte que los anteriores—. ¡Deben de haberse vuelto locos!

—¿Por qué? —le pregunté—. ¿Quién es Cabeza de Toro?

El chiquillo paseó la mirada de uno a otro de nosotros tres sin contestar. Y tanto Arsène como Horace comprendieron al vuelo qué nos estaba pidiendo con aquel silencio: dinero. Por la vida, como por la información, había que pagar.

—Esto es por habernos sacado de ahí… —dijo el señor Nelson, que le puso un par de billetes en la mano.

El chico los valoró rápidamente y se los metió en el bolsillo. Luego sonrió con tristeza.

—Por este poco dinero, solo tendría que haber salvado a la señorita…

También Arsène se vació los bolsillos, le dio lo poco que encontró y añadió imperturbable:

—Y esto por saber algo de Cabeza de Toro.

—¿O por salir de aquí? —nos preguntó el chico, mirando la niebla que nos rodeaba.

Yo no tenía ni una moneda, pero se me ocurrió algo. Aquel chico de la muleta me había salvado la vida, así que no teníamos motivo para regatear con él. Rebusqué en mis bolsillos en busca de una pluma y un trozo de papel y escribí rápidamente.

—¿Sabes leer? —le pregunté antes de entregarle el papel.

—Son señas —me contestó él.

—Ve ahí, mañana —le dije—. Y te recompensaremos mejor que ahora…

—Vale —dijo el chiquillo, que se guardó el papel.

En aquel momento intercepté una mirada de reprobación de Horace y me arrepentí de haber escrito la dirección de mi casa.

Fue un error, desde luego, pero estaba hecho, y lo hecho no se puede deshacer.

Ni siquiera después de todos los años que han pasado.

El cojito se llamaba Grigot. Y lo habían dejado cojo aposta, para que fuera mejor mendigo. No había cumplido aún los doce años. Su muleta repiqueteaba por la orilla del Sena mientras nos guiaba en la niebla. Había caído la noche, leve y silenciosa.

—Cabeza de Toro es el dueño de la taberna en la que han entrado hoy… —nos contó—. Es dueño de la casa, de la chica, de Simon. De todo. Es el jefe de todos los que trabajan para él. También fue mi jefe durante un tiempo. Pero a mí no me iba aquello. Por eso lo dejé. Yo estoy en medio, ¿comprenden? Trabajo en los puentes. Y los puentes son de todos. Pero debajo de los puentes… ¡ah! Debajo de los puentes… ahí es donde se combate. Cabeza de Toro es el amo por aquí. Y tiene un ejército de ladrones dispuestos a morir por él. Se hacen llamar los Calzones Rojos, como la taberna, por los pantalones que llevan.

—Supongo que de color rojo… —comenté yo.

—No necesariamente, al menos no antes del trabajo. Pero, al hacerlo, siempre se les ponen rojos… —respondió Grigot.

Tragué saliva, aunque con esfuerzo.

—Desde hace algún tiempo, sin embargo, los Calzones Rojos no son lo que eran. En la orilla derecha se habla de muchas cosas, como siempre. Pero, por primera vez, se habla también de errores. La gente tiene miedo. Incluso los que trabajan para ellos desde hace más tiempo. Y la razón se explica fácilmente…

—Los Barqueros… —murmuró Arsène.

—Muy agudo tú, Cara de Sol. Muy agudo.

Grigot se pasó la lengua por el paladar y emitió el sonido de un imposible bípedo salvaje. Luego prosiguió:

—Ellos precisamente. La nueva banda, que ha llegado no hace mucho a la ciudad. Son corsos, dicen. Los primos bastardos del emperador, que han venido con él. No sé si es verdad. Pero sé que los corsos no son nada, ni franceses ni italianos. Han traído su terror. Ellos… —Grigot levantó la muleta y señaló el Sena, inmerso

en la niebla— están al otro lado. En la orilla izquierda, la gauche. Lo decidió Cabeza de Toro cuando llegaron y ellos aceptaron. Pero no ha funcionado, o ya no funciona. Solo era cuestión de tiempo. Tendrían que haberlo comprendido. Solo cuestión de tiempo… y después, tarde o temprano… sucedería.

—¿El qué? —le pregunté.

Grigot chasqueó de nuevo la lengua y aquel sonido me puso, literalmente, la piel de gallina.

—Murió alguno… —dijo el señor Nelson en voz baja a nuestra espalda.

—Un punto para la sombra negra —dijo Grigot, carcajeándose y reanudando la marcha—. Un punto para la sombra negra.

Grigot se detuvo en la esquina de una chabola, levantada casi en la orilla del río. Desde allí, asomándose, nos señaló con la muleta una plazoleta iluminada débilmente.

—¿Ve aquel letrero, el rojo? —nos dijo.

Lo veía, era el letrero de una carnicería de barrio aún abierta, fuera de la cual colgaban un cuarto de buey y tres pollos desplumados.

—Es la carnicería de Cabeza de Toro. Desde ella dirigía sus negocios y daba órdenes a sus hombres.

El matiz no se le escapó a la mente ágil de Arsène.

—¿«Dirigía»? ¿Quieres decir que…?

Un chasqueo y después Grigot se encaminó en dirección opuesta dejando que lo siguiéramos.

—Yo no quiero decir nada, amigo. Nadie sabe lo que le ha pasado a Cabeza de Toro. Solo sabemos que se ha ido, que se esconde. O quizá tiene un plan. ¿Quién puede saberlo? Aquí, en el barrio, esperan un ataque a lo grande de los Barqueros. Por eso los Calzones Rojos patrullan las calles. Por eso la han tomado con ustedes. Pensaban que eran de la otra banda.

—¿Y por qué esperan un ataque? —preguntó Arsène.

—Porque ellos ya han atacado —respondió Grigot con una carcajada—. Hace tres noches.

—¿Hace tres noches? —repitió Arsène.

—No te entiendo, Grigot… —dije yo mientras el señor Nelson, a mi lado, fruncía el ceño.

—Pues lo va a comprender, dentro de nada. Cuando hayamos hecho un poco más de camino y nos hayamos sujetado bien, señorita del pelo de fuego.

Capítulo 15

LOS MISTERIOS DEL SENA

Las cuerdas crujían levemente, sacudidas por el viento que empujaba la niebla sobre el Sena. Pasaban por anillas de hierro bruñido enganchadas a las bóvedas del Pont d'Austerlitz y formaban una rudimentaria y oscilante pasarela de cuerdas que parecía una telaraña gigantesca. Era estrecha y pavorosa. Yo me miraba los pies y trataba de ponerlos uno delante del otro sobre la maroma resbaladiza que se extendía ante mí, sujetándome a las dos cuerdas que hacían de barandillas. Y cada vez que se levantaba viento me detenía, paralizada por el crujido de las anillas y de los ganchos oxidados, de las poleas y de las argollas que mantenían suspendido el puente de los ladrones.

El señor Nelson había preferido quedarse en la orilla y miraba cómo avanzábamos detrás de Grigot, que caminaba por la pasarela de cuerda tan tranquilo como un cangrejo. Me había dejado ir a regañadientes, y solo porque Arsène no había dudado ni un instante en seguir al joven mendigo. Y Horace sabía que, si me hubiera obligado a quedarme con él en la orilla, jamás se lo habría perdonado.

Ni a él ni a Lupin.

Así que había dejado que la niebla me tragara mientras caminaba insegura por la cuerda suspendida sobre el agua. El Sena corría por debajo de mí, turbio y fangoso, y los parisinos cruzaban por el puente sobre nuestras cabezas completamente ignorantes de la pasarela inferior. Grigot la había hecho aparecer de la nada, buscando bajo la arcada un gancho invisible y una polea, que había accionado con un golpe de la muleta. Las cuerdas se habían desplegado como un abanico chirriante y él había saltado encima

con la muleta de través a la espalda.

La pasarela de tres cuerdas se volvía de dos a la altura del primer pilón del Pont
d'Austerlitz
(tenía cuatro en total) y giraba en torno a él en sentido contrario a la corriente; una cuerda servía para apoyar los pies y la otra para sujetarse con las manos. Más allá, había que localizar un segundo gancho y otra polea, y hacer bajar más cuerdas.

Cuando llegó al pilón, Grigot se volvió para mirarnos y rio. Arsène había ido detrás de él sin dificultad aparente gracias a su preparación de acróbata, mientras que yo me había retrasado. Pero no iba a permitirle que se burlara, así que apreté los dientes, y las cuerdas en mis manos, y avancé lo más deprisa que pude.

Arsène me tendió la mano para dar el último paso, pero yo la rechacé, desdeñosa. Y él lo comprendió.

Antes de doblar por el pilón, me volví para mirar una última vez al señor Nelson, que no se había movido de la orilla. Él me hizo un gesto de despedida y me señaló la parte alta del puente. Le hice una señal de asentimiento con la mano, porque había comprendido lo que quería decirme: él nos seguiría por arriba, por el camino que hacían las demás personas.

Aquello me tranquilizó, entre otras cosas porque ni Lupin ni yo entendíamos aún adónde íbamos, y ni siquiera por qué. Sabía que los ladrones de París tenían sus métodos para desplazarse por la ciudad sin ser vistos, y me admiraba lo ingenioso de aquella pasarela, pero todavía no alcanzaba a comprender la finalidad de recorrerla aquella noche.

Luego, después de un tiempo que me pareció eterno, llegamos a la tercera arcada y entonces lo comprendí.

Cuando lo hice, tuve que vencer el impulso de huir. Las piernas, de repente, me flaquearon y las rodillas y los codos se me bloquearon. No podía dar un paso ni hacia adelante ni hacia atrás. También Grigot se había detenido, y con él Arsène, y ambos miraban lo mismo que miraba yo.

Pensé que nunca había estado tan cerca de algo tan maligno.

Bajo la tercera arcada del puente, del lado izquierdo del río, alguien había hecho un horrible dibujo. Representaba a un hombre

enorme con un niño en los hombros. El dibujo estaba inscrito en un sucio marco dorado que la humedad del río había devorado poco a poco, igual que se había comido la figura del niño, al que solo se le veían una de las piernas y las dos manitas, apoyadas en los hombros del gigante. El hombre, al que el agua del río le llegaba a los tobillos, sujetaba con una mano uno de los pies del niño y con la otra agarraba una larga pértiga con la punta hundida en el agua.

El conjunto parecía una copia pagana de las imágenes votivas de Nuestro Señor, o de algún santo, que de vez en cuando se ven en hornacinas por la calle o en las iglesias. Pero había detalles espantosos en aquel fresco: el gigante tenía una mirada terrible y penetrante que yo trataba de rehuir inclinando un poco la cara y tapándomela con el pelo. En torno al marco habían construido decenas de pequeños altares, llenos de flores marchitas, hojas borradas e inscripciones corroídas por la humedad. Muñecas de madera atadas con alambre, ruedas de carruaje, herramientas de taller, amorcillos de yeso, patas de mesa, relojes rotos… Había decenas de ofrendas entre las que se intercalaban restos de velas derretidas, colocadas en cajas de hojalata con cascadas de cera. Todo estaba recubierto por una capa negra de humo y ceniza mojada que hacía resaltar aún más la diversidad de aquellos objetos caóticos.

—Bienvenidos ante san Cristóbal… —susurró entonces Grigot, haciendo chasquear la lengua contra el paladar de una manera repugnante—. El protector de los niños y de quienes vadean los ríos.

—San Cristóbal —murmuré, intentando sostener aquella mirada formidable. Y me parecía sentir que el Sena bisbiseaba bajo mis pies, como si también el agua rezara en aquel templo pagano.

La forma de la barcaza emergió poco a poco de la niebla. Al principio me pareció un tronco de árbol arrastrado por una crecida. Pero no lo era.

Estaba anclada, o encallada, bajo el retrato de san Cristóbal. Reposaba inclinada de lado a un par de metros bajo nuestros pies, y parecía abandonada.

—Aquí fue donde atacamos… —dijo Grigot, agarrándose bien a las dos cuerdas y sacudiéndolas, creo, por el puro placer de hacerme

perder el equilibrio. Pero no lo consiguió.

A su espalda, yo, para entonces hipnotizada, miraba el rostro de san Cristóbal.

—Esta era la casa de Ascanio, el jefe de los Barqueros… —explicó entonces Grigot con la primera ráfaga de viento. Sentí que la niebla me picaba en la nariz—. Le prendieron fuego hace tres noches. ¿No ven? La barcaza aún está ardiendo…

Nos señaló la barcaza y por un instante me pareció que del agua no subía niebla, sino un hilo de humo. Pero, naturalmente, no era así, se trataba de simple sugestión.

Toda aquella situación era simple sugestión, pensé. Y aquel diablo de Grigot solo quería asustarme. Me pregunté por qué. En el fondo, nos había salvado la vida. Tal vez no conociera otro modo de relacionarse con las personas. En el mundo en que había crecido solo existían los que se asustaban y los que sabían asustar. Y ahora él estaba tratando de convertirse en uno de los segundos.

«Pero no lo va a conseguir conmigo», pensé.

—¿Lo mató uno de los vuestros? —le pregunté en voz muy alta para que me oyera por encima del ulular del viento.

—Dicen que Cabeza de Toro —me respondió Grigot—. Y que por eso se ha ido.

—¿Cómo es eso?

—¡Porque está asustado por lo que ha hecho! —contestó él.

Arsène Lupin rio.

—¿Y tú crees de verdad que a ese Cabeza de Toro, después de prender fuego a una barcaza y de matar a un hombre, con el jefe de la banda amenazándolo, le haya entrado miedo y haya ido a esconderse?

La cara de Grigot se puso colorada de ira, como si lo hubiera insultado mortalmente.

—¡Ustedes no lo comprenden! —chilló, agitando las cuerdas—. ¡No lo han entendido! ¡Cabeza de Toro no teme a los Barqueros, ni tampoco la lucha! ¡Le tiene miedo a él!

Y con los ojos desencajados nos señaló el retrato de san Cristóbal.

—La barcaza de Ascanio se paró aquí, debajo del puente, no se quemó del todo ni se hundió. El santo la retuvo consigo. Y la retuvo porque la cosa no ha acabado… ¡No! La guerra del Sena no ha

hecho más que empezar… ¿No lo ven?

—¿Ver el qué? —le pregunté.

—Las calles que hierven de gente… Saldrán todos, en las dos orillas del río, armados con palos y horcas…

—¡Déjate ya de tonterías! —exclamó entonces Arsène, que, sin previo aviso, se dejó caer.

Yo grité, pero mi amigo sabía lo que hacía. Se columpió cabeza abajo por encima del agua, sujetándose a la cuerda con las rodillas, y luego, después de comprobar algo, dio una voltereta en el aire y aterrizó sobre la barcaza ennegrecida.

—¡No! —gritó Grigot.

—¡Cierra la boca! —lo acalló Arsène.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté yo.

—Echar un vistazo en persona —resopló él—. Con muerto o sin muerto, quemado o no quemado… ¡quiero ver lo que hay aquí!

—¿Y si se hunde mientras estás en ella?

—¡Nadaré! —me respondió Arsène, tranquilo.

La barcaza medía unos cinco metros de largo y dos de ancho. Noté que solo estaba quemada por una parte, la proa, y que la puerta que conducía bajo cubierta, donde estaban los camarotes, todavía se abría. Rogué para que Arsène no hiciera lo que, por supuesto, hizo.

Abrió la puerta, miró dentro, se metió una mano en la gabardina y encendió un fósforo para ver mejor.

Luego, mientras yo cerraba los ojos, entró en las entrañas de la barcaza quemada.

Grigot no perdió tiempo. Noté que se movía sobre la cuerda y, cuando abrí los ojos, lo tenía a mi lado, al alcance de la mano.

—Tu amigo Cara de Sol está chalado, ¿verdad?

—Es valiente —repliqué, haciendo ademán de retroceder un paso. ¿Por qué se me había acercado tanto? ¿Qué quería de mí? Y ¿por qué me sentía sola de repente en aquel puente colgante? El señor Nelson estaba a pocos metros por encima de mí, me bastaba con gritar para…

¿Para qué?

Para que se tirara al Sena.

¿Y Arsène? ¿Dónde se había metido? La barcaza se balanceaba de un modo terrible y parecía a punto de desmantelarse a cada paso

suyo. ¿Por qué había entrado allí?

—¡Está en la barcaza de Ascanio! ¡En la barcaza del muerto! —me chilló Grigot casi al oído.

—Habla más bajo, por favor… —le pedí.

—¡Nadie lo ha hecho! ¡Nadie debería hacerlo!

—¡CÁLLATE!

Grigot calló. Chasqueó la lengua.

—Está bien, está bien —dijo en voz más baja cuatro o cinco veces. Luego me preguntó—: Es tu novio, ¿verdad?

Me sonrojé, pero de rabia.

—¡Menuda tontería! —exclamé.

—Estás enamorada de él, ¿eh?

Habría querido apartarlo de un empujón, pero no podía. Era demasiado peligroso para ambos.

—Son preguntas a las que no tengo intención de contestar —dije con la esperanza de que lo dejara ya.

La barcaza crujió.

—¿Y a cuáles sí tienes intención de contestar?

—¡A ninguna! ¡Cállate, Grigot, por favor!

—¿Te he salvado la vida y no vas a contestarme? Te he salvado la vida y…

Sentí su mano encima y ya no vi nada, lancé un grito.

—¡Señorita Irene! —Oí inmediatamente la voz solícita del señor Nelson. Pero parecía llegar desde kilómetros de distancia, como un eco en las montañas—. ¿Qué ocurre?

Yo miré a Grigot, que había retrocedido apresuradamente ante mi grito y ahora me miraba con ojos de niño asustado.

—Lo siento… —murmuré—. No quería…

Y era verdad. Simplemente tenía los nervios a flor de piel.

Miré hacia arriba, pero la arcada del puente me impedía ver nada.

—¡Todo va bien, señor Nelson! —grité—. ¡Todo va bien!

Las cuerdas oscilaron bruscamente y tuve que sujetarme bien para no caerme al agua.

Grigot soltó un pequeño chillido.

—¡Señorita Irene!

Volví a mirar arriba, hacia Horace, luego me volví hacia la barcaza y la imagen de san Cristóbal sobre ella.

Arsène había salido de la nada y había saltado a las cuerdas como una pantera. Había agarrado a Grigot por el cuello y parecía dispuesto a arrojarlo al agua.

—¡Todo va bien, Arsène! —le grité—. No ha ocurrido nada.

Pero él tenía los ojos llameantes. Apretó un instante más la garganta de aquel desventurado y masculló algo en voz baja, pero no tanto como para que yo no pudiera oírlo:

—Atrévete siquiera a rozarla otra vez y eres hombre muerto.

Capítulo 16

EL FRUTO DE LA OCIOSIDAD

El señor Nelson había tenido la prudencia de enviar un carruaje al número 8 de la rue du Bac para advertir a mis padres de que íbamos a cenar fuera con Mycroft y que no se preocuparan por nosotros. Así que, tras abandonar aquel infernal sistema de cuerdas bajo el puente de Austerlitz, todavía nos dio tiempo de recoger a nuestro amigo en el 17 de Allée des Veuves.

Sherlock Holmes nos recibió con cortés indiferencia. Nos invitó a entrar en la casa del primo de Arsène como si fuera la suya, mirándonos en silencio. Le sonreí. No cabía duda de que se moría de ganas de hacernos preguntas y se estaba conteniendo.

Cuando entramos los tres, nos dejamos caer, destrozados, en los sillones del primo de Arsène. No me había sentado en nada más cómodo en mi vida.

—¿Y bien? —nos preguntó nuestro amigo, cojeando hasta nosotros—. Después de revolcaros por el barro y caeros al Sena, ¿os quedan ganas de contarme algo o… preferís que os diga lo que he descubierto yo?

Arsène Lupin rio.

—¿Lo que has descubierto tú? ¿Sin salir de casa? ¡Esto sí que es bueno! —Luego se inclinó hacia adelante con las manos sobre las rodillas y dijo, recalcando las palabras—: ¡No tienes ni idea de lo que pasa ahí fuera, Sherlock!

—¡Estamos vivos de milagro! —añadí yo.

—¿Os referís a la guerra entre las bandas de ladrones de las dos orillas del Sena, los Barqueros y los Calzones Rojos? —nos preguntó Sherlock con una calma que rayaba en la perfidia. Y continuó—: Sin duda debe de ser un escenario fascinante… Sobre todo después de que, muy probablemente, tu primo fuera raptado por encontrarse en

el sitio equivocado en el momento equivocado. Es decir, mientras trataba de hacerlos razonar.

Juro que los tres lo miramos boquiabiertos.

—Y… y… y… —repitió tres veces Arsène—, ¿se puede saber cómo te has enterado tú?

Sherlock se sentó al borde del sofá y entrelazó delante de la cara sus largos dedos huesudos, como hacía siempre que estaba a punto de exponer una de sus teorías.

—Gracias a dos sencillas coincidencias… —empezó a decir—. La primera es que, puesto que no podía abandonar esta casa hasta vuestro regreso y sabía que estabais moviéndoos por dos barrios distintos de la ciudad, de los cuales uno es notablemente más peligroso que el otro, calculaba que tenía por delante unas diez horas que llenar. Por eso, lo primero en que me he centrado han sido las lecturas de tu primo. He observado con atención su biblioteca; tu primo es, en verdad, una persona muy ordenada y tiene colocados los libros en los estantes conforme a un criterio que comparto: por tema y por área geográfica de los autores. Por ejemplo, las novelas están divididas en novelas francesas, inglesas, americanas… y así sucesivamente.

—Sherlock… —susurré al comprender que nuestro amigo había elegido el camino de la explicación inacabable, detalle a detalle.

—Los libros están bien ordenados… todos menos dos. Los que, vaya por dónde, había consultado antes de desaparecer. Uno de ellos es un libro de química al que volveré más tarde, si os interesa. El otro es un librito de un filósofo francés llamado Pierre-Joseph Proudhon que se titula, y no por casualidad, *Filosofía de la miseria*.

Sherlock Holmes abrió el libro delante de nosotros.

—Tu primo ha subrayado algunos pasajes especialmente esclarecedores, es más, muchos, y ha anotado al lado de todos una inicial, A. Y aquí abajo otras dos,

C. y T

. —Dejó que aquellas letras flotaran en nuestra mente y prosiguió —: Por supuesto, yo no tenía ni idea de a qué aludían dichas letras.

—Ascanio y… —intervine yo, pero Sherlock me cortó.

—Precisamente, Irene. Sé paciente unos minutos más y te demostraré que has tenido mucha intuición. Pero antes quisiera detenerme en un aspecto del carácter de Fabien. No solo se trata de

una persona decididamente idealista, culta y que no tolera la injusticia, sino que es también un vanidoso en secreto. Detrás de las numerosas fotografías que lo retratan, que ha colocado con estudiada indiferencia en cada rincón de la casa, ha anotado escrupulosamente la fecha y el día en que fueron hechas. Este detalle podría parecer una nota de color si no hubiera resultado luego bastante importante. Porque, con igual escrupulosidad, Fabien ha anotado en un registro, que tiene en su escritorio personal, los gastos de la casa, los ingresos y los desembolsos más relevantes, así como la fecha de entrega de los muebles principales. Diría que es la impronta del banquero.

—No veo cómo eso… —trató de interrumpirlo Arsène, inútilmente.

—Y en ese registro he descubierto que la caja fuerte que tiene en su estudio le fue entregada el 29 de abril del año pasado. Es un magnífico modelo, con bisagras internas reforzadas y cerradura con clave de tres ruedas independientes. La que los forzadores de cajas llaman «Venus de Nuremberg», no me preguntéis por qué. Tres discos, decía. Lo primero que he pensado es: ¿qué mejor combinación que los números de la fecha de entrega? Un truco excelente para no olvidarla, me he dicho. Pero luego también he pensado que usar esa combinación sería como entregarles a los ladrones la caja fuerte ya abierta. Me he sentado en el estudio, pues, y he mirado a mi alrededor. La fotografía colgada de la pared retrata a Fabien delante de su banco y está fechada el 29 de febrero de 1871. Una fecha interesante, sobre todo porque no existe, dado que este año no es bisiesto. Luego he comprobado el registro de compras y he descubierto que el pasado 1 de marzo, es decir, el día que habría podido ser 29 de febrero, tu primo sacó de su cuenta 117 francos. Y 29 2 117 son exactamente los números que abren la caja fuerte.

No sabía si aplaudir o estrangularlo, así que no hice nada.

—Dentro de la caja fuerte, además de una considerable suma de dinero, encontré este sobre.

Sherlock nos enseñó un sobre postal en el que estaba escrito:

Para entregar a:
monsieur Fernand LeBoeuf

—Y Fernand Le Boeuf, claro está, es el verdadero nombre de… —y aquí Holmes me señaló.

—¿Cabeza de Toro? —probé a adivinar.

—Exactamente —me confirmó él.

El sobre contenía una libreta roja en cuya tapa se leía la siguiente frase:

Exigencias de los Barqueros para alcanzar
un arreglo pacífico en la disputa.

—Una manera un tanto barroca de decir que en esta libreta, bastante interesante, tu primo ha anotado una serie de puntos que un tal Ascanio le había pedido que tratara con el señor Le Boeuf. Algunas exigencias han sido tachadas, otras subrayadas como si hubieran sido modificadas…

—¿Una negociación? —pregunté.

—Exacto. Tu primo, Arsène, estaba llevando a cabo una trabajosa negociación para que dos bandas de ladrones sellaran una tregua, sin ahorrarse, para motivarlos, citas y argumentos que sacaba de sus libros. Pero, por desgracia, desapareció antes de conseguirlo…

—O quizá precisamente porque lo estaba consiguiendo… —murmuró Arsène.

Y fue su turno de hablar. Contó brevemente lo que habíamos descubierto aquella tarde y habló de la barcaza del jefe de los Barqueros, Ascanio, incendiada. Dijo que había entrado en ella un momento. Y que no había podido ver nada.

—Todo destruido, todo quemado, y el peor olor que podáis imaginar… Pero, al lado mismo de la puerta, en el suelo… estaba esto.

Lupin sacó del bolsillo de su sucio abrigo un cuadernito idéntico al que Sherlock había encontrado en la caja fuerte de Fabien d'Andressy. Solo que estaba casi del todo carbonizado. Ni siquiera se podía abrir y la humedad había pegado las hojas que no estaban quemadas. Pero, poniéndolos uno al lado del otro, no cabía duda de

que se trataba de dos copias del mismo documento. Una la había encontrado Sherlock; la otra, Arsène.

—Las condiciones del acuerdo… —murmuré, sosteniendo en las manos aquellos dos cuadernos—. Eso significa que tanto Cabeza de Toro como Ascanio estaban a punto de firmar la paz.

—Y que, precisamente en ese momento, algo se torció —intervino por primera vez el señor Nelson, que nos había escuchado en absoluto silencio.

—Eso mismo, Horace… Pero ¿el qué? —pregunté—. Y ¿por qué ha desaparecido Fabien?

—Ese es el punto exacto de la reconstrucción en el que se inserta la segunda de las coincidencias a las que me refería —dijo Sherlock, que volvió a atraer las miradas de los demás.

¡Cuánto admiraba yo aquella actitud suya de marionetista! Me exasperaba y me hacía feliz al mismo tiempo.

Sherlock se levantó del sofá y renqueó hasta el estudio de Fabien, del que volvió con un canto de río.

—Lamento tener que anunciarte, Arsène, que habrá que reparar una segunda ventana.

—¿Ha llegado otro mensaje? ¿Cuándo?

—Hace un par de horas —respondió Sherlock.

Más o menos cuando Grigot acababa de conducirnos bajo el puente de Austerlitz, calculé yo.

—¿Y qué dice? —pregunté.

Sherlock desenrolló un papelito escrito con la misma letra tosca e insegura del primero: «Dos horas después de la medianoche, delante del cementerio de Passy. Lleva 1550 francos de oro».

—Lo cual me hace augurar que tu primo sigue vivo, Arsène, porque este número, curiosamente, corresponde a la suma exacta de las monedas que hay en su caja fuerte —concluyó Sherlock, que volvió a sentarse en el sofá.

Capítulo 17

UNA APUESTA EN LA OSCURIDAD

Cuando dieron las doce, Horace tocó a la puerta de mi habitación.

Por supuesto, yo no dormía. Me había cambiado de vestido, pero aún olía en mi piel el hedor a suciedad de aquel día, mezclado con el perfume con que habíamos intentado enmascararlo antes de dejar la casa de Fabien
d'Andressy
.

Habíamos vuelto menos de dos horas antes y yo les había hablado con mucho énfasis a los señores Adler del restaurante en el que habíamos cenado. El señor Nelson me lo había descrito con obsesiva precisión durante el trayecto en carruaje. Para adornar más la historieta, yo había improvisado una fiel reconstrucción de la conversación mantenida con Sherlock y su hermano (esperábamos que Mycroft no se hubiera presentado por su cuenta en casa de mis padres) y sobre todo con el reencontrado Arsène Lupin, verdadero protagonista de la velada. Y me había inventado el cuento de que se trataba de una fiesta sorpresa organizada por

ese loco de Arsène, que nos había ido dejando una serie de pistas por la ciudad con el único propósito de conducirnos hasta el local. Idea que a mi padre le había parecido brillante; tanto, que se había prometido hablar con él para preguntarle cómo se le había ocurrido (y yo me había dicho que tenía que advertir a Arsène). A Geneviève, en cambio, no le había gustado nada. Había objetado que, personalmente, detestaba las fiestas sorpresa y que yo no iba vestida adecuadamente para aquella clase de establecimiento (me había cambiado mientras subía a toda prisa los peldaños tras recuperar la ropa que aquella mañana había dejado bajo el arranque de la escalera). Y también le había parecido cruel para el pobre Théophraste, que de milagro no había acudido a la policía.

—Por lo que parece, conoce bien a su hijo… —había sido la puñalada involuntaria con que Leopold había cerrado la cuestión. Mi madre adoptiva no se había dado cuenta, o había fingido muy bien, y había seguido ignorando obstinadamente la evidencia de que mis amigos y yo no nos comportábamos y nunca nos comportaríamos de manera convencional.

El hecho es que, después de aquella larga escenificación, al término de la cual les había explicado que Sherlock había vuelto al hotel con su hermano (y no era cierto), nos habíamos ido todos a la cama y el señor Nelson había escondido en su habitación el gran bolsón negro lleno de francos que habíamos cogido de la caja fuerte del pobre Hibou.

El plan que habíamos ideado era muy sencillo. Al no tener tiempo material para hacer nada más, Sherlock se había ofrecido a ver personalmente al señor Fernand Le Boeuf para entregarle el cuaderno de Fabien y, aprovechando la ocasión, hablar con él de la petición de rescate. Arsène lo acompañaría.

Habíamos fijado nuestro *rendez-vous* a medianoche en la esquina de la rue du Bac, dos horas antes del encuentro en el cementerio, para saber cómo había ido la conversación con Cabeza de Toro y decidir los movimientos siguientes.

Nuestra gran duda seguía siendo si la persona que nos había pedido el rescate estaría implicada en el intento de sabotear el acuerdo entre las dos bandas. Pero, a excepción de la escueta información de Grigot y las anotaciones que Sherlock había leído en la libreta de Fabien, no teníamos ningún dato útil para saberlo.

Todavía no, al menos.

Arsène también se había preguntado si ese Ascanio no lo habría fingido todo y en realidad no estaba muerto, pero Sherlock había hecho un complicado razonamiento para llegar a la conclusión de que era mucho más probable que estuviera muerto de verdad. Y había sido un razonamiento tan largo que nos había convencido más allá de toda duda razonable.

Lo que seguía siendo incierto, en cambio, era el resultado de aquella larga noche que llegaba después de un día de emociones aún más largo. En todo caso, no iba a dormir, así que valía más continuar nuestra busca.

El señor Nelson y yo nos escabullimos de casa tan sigilosos como ladrones (una comparación muy apropiada) y una vez más no pude sino admirar la entrega con que Horace se había tomado la misión de ayudarnos. Si mi padre o Geneviève se hubieran despertado y se les hubiera ocurrido ir a mi habitación aquella noche, descubriendo que la única persona que quedaba en la casa era la señorita Legnac, que roncaba sonoramente en la otra ala de nuestra vivienda, sin duda Horace se habría arriesgado a perder su puesto de trabajo. Pero a él, mientras bajábamos los escalones silenciosos del edificio, no parecía importarle. Era como si hubiera una química secreta que sellaba la relación entre él, mi padre y yo, una química que por entonces yo ni sospechaba.

En realidad, tenerlo conmigo aquella noche oscura era un gran consuelo.

Antes de que llegara la mañana tendríamos que haber conseguido encajar todas las piezas de nuestro plan que habíamos ido dejando sueltas, en primer lugar Mycroft y Théophraste, y lo que podrían decirles a mis padres adoptivos, descubriéndoles nuestros jueguecitos.

Pero, cuando salimos del portal y el viento nocturno de París me embistió en la cara, en lo último en que pensaba era en la mañana siguiente.

El carruaje nos esperaba allí donde debía. Me eché la capucha sobre el pelo y me dirigí a buen paso por la acera seguida por un tranquilo Nelson.

En cuanto nos acercamos, Arsène abrió la portezuela y nos dijo:

—¡Todo al traste!

Salté al estribo y de él al habitáculo oscuro del carruaje. El señor Nelson dio orden de partir al cochero y, mientras nos confundíamos con la noche, le pregunté a Arsène:

—¿Qué significa que todo al traste?

—¡Significa que no vamos a hacer nada! Nada de encuentros en cementerios ni rescates. ¡Es demasiado peligroso!

—¿Y desde cuándo nos dejamos asustar por los peligros? —objeté.

—Desde que Sherlock y yo hemos intentado ver a Le Boeuf, por ejemplo —respondió Arsène serio.

Traté de ver sus ojos en la oscuridad del carruaje, pero se habían vuelto minúsculos y huidizos. Lo ocurrido, fuera lo que fuese, lo había asustado de veras.

—Son asuntos muy grandes, Irene. Demasiado grandes para tres chiquillos como nosotros. Con todo mi respeto, señor Nelson.

—¿Dónde está Sherlock?

—Me espera en la Place Vendôme —me contestó Arsène—. Vamos a ir a la policía y dejaremos que sean ellos quienes intervengan.

—Si interviene la policía —murmuré—, la guerra entre bandas será inevitable.

—Ya lo es —contestó Arsène—. Es demasiado tarde…

—¡Alto ahí! —exclamé impacientada—. ¿Se puede saber qué es eso tan espantoso que os ha dicho el tal Fernand LeBoeuf?

—No nos ha dicho nada. Eso es lo malo precisamente. Nos ha sido imposible acercarnos a su casa. Y casi imposible alejarnos sin que alguien nos cortara el pescuezo. Ese chiquillo cojo, Grigot, tenía razón, Irene: realmente se respira un ambiente de guerra en las calles. Y es inminente. La carnicería de Le Boeuf está cerrada. Y por los callejones casi puede oírse el ruido de las navajas mientras las afilan… Así que mandemos todo al traste, Irene, y volvamos a nuestras casas.

—¿Y tu primo? —le pregunté.

Arsène no me respondió.

—No querrás dejarlo donde esté precisamente ahora —insistí.

—Todavía no somos lo bastante buenos para este tipo de cosas… —murmuró Arsène.

En ese momento, el carruaje dio un tumbo al pasar por uno de

los puentes sobre el Sena. Le apreté el brazo a Arsène y repliqué:

—Pues yo creo que aún podemos hacer algo.

—¿El qué?

—Sigamos con el plan original. Mejor dicho: seguid vosotros con el plan original.

—¿Llevar el rescate? —me preguntó él.

Le pasé el bolsón lleno de francos de oro que había custodiado hasta ese momento.

—No mandamos nada al traste… —continué—. Tú y Sherlock vais al cementerio, os encontráis con ese misterioso secuestrador…

—¿Y tú? —me preguntó Lupin.

Esta vez fui yo quien se hizo la misteriosa y no le contesté. Ordené al señor Nelson que dejara bajar a Arsène a donde había otros carruajes, de modo que pudiera tomar uno para ir al cementerio.

—¿Y adónde piensas ir tú? —me preguntó de nuevo mi amigo.

Dudé antes de responderle. Oía el pisoteo de las pezuñas de los caballos y las ruedas batiendo el adoquinado.

—Creo tener una cualidad, Arsène. Una sola. —Le sonreí. Él me miró desde la penumbra—. Las personas se fían de mí. Quizá sea la ocasión de comprobar si es verdad.

El carruaje se detuvo en una glorieta que no conocía y nuestro cochero despertó a un colega adormilado en el pescante. El señor Nelson abrió la portezuela y bajó. Arsène estaba paralizado por la indecisión.

Me incliné torpemente para besarle en la mejilla. Y luego, al separar mi cara, le rocé los labios.

—Ve con Sherlock… —le susurré—. Y dile que haga lo que habíamos decidido. Nos veremos a las dos delante del cementerio. Quedaos allí y, si llega alguien, hablad con él todo el tiempo que podáis. Sea quien sea. Todo saldrá bien, Arsène, todo saldrá bien. ¿Te fías de mí?

Sin contestarme, Lupin bajó del coche.

Se quedó quieto, en tierra, mientras el señor Nelson volvía a subir y cerraba la portezuela.

Yo me hundí en el asiento con el corazón latiéndome a mil por hora.

No sucedió nada durante un buen rato. Luego oí rodar otro

carruaje y a nuestro cochero que se movía en el pescante a la espera de destino.

—Es completamente cierto, señorita Irene —murmuró el señor Nelson, del que casi me había olvidado.

—¿El qué? —le pregunté.

—Las personas se fían de usted.

Me entraron unas ganas repentinas de llorar y de abrazar a aquel gran hombre silencioso, que me conocía y me había criado más de cuanto lo habían hecho nunca mis verdaderos padres. Y, extrañamente, con las ganas de llorar me volvieron también las fuerzas.

—Bien, ahora vayamos a…

—Sé adónde vamos —se anticipó él—. Vamos a detener una guerra.

Capítulo 18

LOLO, EL PLUMAS

La nuestra fue una cabalgada interminable. Una larga y loca carrera nocturna durante la cual el señor Nelson tuvo que pagarle al cochero una tarifa desproporcionada para convencerlo de llevarnos a donde queríamos que nos llevara, y a mi vez tuve que convencer al señor Nelson de que no me acompañara en las tres ocasiones en que bajé del carruaje.

Mi primera parada fue en la Obra Benéfica del señor D'Aurevilly. Para suerte nuestra, la portería de la Villa de Oro estaba abierta también por la noche, y Bocagrande, el hombre por el que había ido hasta allí, estaba entre los asilados que descansaban en los dormitorios. Lo esperé al pie de la escalera, ocultando mi cara con la capa. Él me reconoció enseguida y lo primero que me dijo fue:

—No, señorita, no puedo.

Le hablé de san Cristóbal y del puente de cuerdas. Y le dije que lo necesitaba, debía venir conmigo en el carruaje.

Se sobresaltó al ver al señor Nelson, pero me siguió.

Le pregunté por los Barqueros. Le dije que tenía que decirme todo lo que sabía. Y deprisa, porque aquella noche teníamos poco tiempo. Y, mientras el carruaje rodaba por las calles de París, brillantes por la humedad como piedras de afilar navajas, escuché su voz, que contaba frenéticamente toda clase de maldiciones y supersticiones.

La segunda persona que hice montar en aquel carruaje fue Grigot. Le hablé brevemente, le dije lo que necesitaba y que no le pagaría, porque no era un trabajo lo que le pedía, sino algo importante. Y él lo entendió. A cambio, me pidió que le dejara tocarme el pelo.

Y cuando tuvo mi cabello entre las manos, chasqueó la lengua contra el paladar y me cortó un larguísimo mechón.

—¿Lo hará? —me preguntó el señor Nelson cuando volvimos a ponernos en marcha en dirección a las chabolas del Pont Marie.

—Sí —contesté.

Todavía notaba en la cabeza el menor peso por la falta del mechón de pelo que Grigot me había cortado. Pero le sonreí. Y sonreí a Bocagrande.

—¿Y ahora? —balbució él.

—Ahora esperemos que la taberna todavía esté abierta.

Llegamos al cementerio cuando aún no eran las dos. Hice que el carruaje me dejara a cierta distancia del lugar de la cita; el señor Nelson bajó conmigo y cerramos la portezuela sin que Bocagrande nos siguiera.

—Gracias… —le dije al tiempo que le estrechaba la mano—. Nunca lo habríamos conseguido sin ti. Ahora el carruaje te devolverá a la Obra Benéfica. Y podrás dormir tranquilo, sin que nadie se entere de que has estado con nosotros esta noche.

Él me devolvió el apretón y retuvo mi mano entre las suyas con su habitual expresión preocupada. Pero aquella vez, y era la primera desde que lo había conocido aquel largo día, también me pareció preocupado por mí.

—¿Vendrá más veces a la Villa de Oro?

—Por supuesto —asentí tranquila.

—Está corriendo un gran peligro viniendo aquí, ¿lo sabe? ¿Por qué lo hace?

—No lo sé… —murmuré—. ¿Será porque estoy loca?

—¡No, no está loca! —se apresuró él a responderme—. Pero, desde luego, está en peligro. ¿Está segura de que vale la pena?

¿Qué podía contestarle? ¿Que lo tenía todo bajo control? ¿Que mi plan funcionaría y las personas con que había hablado me harían caso, todas? No podía saberlo.

Tenía que creer que sí.

Y seguir adelante.

En cuanto a lo de si valía la pena, claro que la valía. Como todas las cosas que se intentan hacer. Como todas las hazañas arriesgadas. Como buena parte de las locuras, si preferís que lo diga así.

¿Por qué lo estaba haciendo, señor Bocagrande, que todo lo sabe

y de todo tiene miedo? No lo sabía. Y ni siquiera hoy lo sé.

No es cierto que el tiempo acabe dando respuestas. Que el tiempo lo borre todo. Que el tiempo sea tan poderoso como dicen.

Aquella noche había atravesado París tres veces en un coche de caballos por una sola razón. Y por mucho que me dijera a mí misma que lo había hecho para intentar evitar un enfrentamiento sangriento, o para salvar a Fabien d'Andressy, o, más sencillo aún, por mis amigos, que me esperaban no lejos de allí, la verdad es que lo había hecho por mí.

Y solamente por mí.

El apretón de las manos de Bocagrande no parecía aflojar y tuve que tirar para soltarme. Me arrepentí, pero sentía la urgencia de correr a por Sherlock y Lupin.

—¡Márchese, venga! —le ordené al cochero.

—¡Señorita!

No me volví. No podía con su cobardía, era como si alguien tratara de meterme en la cárcel, y sin embargo también le estaba agradecida por lo mucho que se esforzaba en ser valiente y por contarme todo lo que pudiera ayudarnos.

Me dejé abrazar por la sombra del señor Nelson y luego recorrí a pie el último trecho de calle.

—¡Chist! —me detuvo la voz de Sherlock cincuenta pasos más allá. Él y Arsène estaban arrodillados a la sombra de un edificio, frente a la entrada del cementerio. Ante ellos se abría una plaza invadida por la niebla y en la que confluían cuatro calles desde otras tantas direcciones. Una quinta, protegida por una verja cerrada, penetraba en el reino de los muertos. Llegamos hasta ellos en silencio.

—¿Dónde has estado? —me preguntó Sherlock.

—Hablando con una gente —le contesté.

—¿Y vendrán?

—No lo sé. No lo puedo asegurar.

—Nosotros hemos ido a ver a Cabeza de Toro —me contó él, meneando negativamente la cabeza—. Pero ha sido inútil.

Asentí.

—Arsène me lo ha contado.

—Y veamos, ¿a quién has ido a ver tú? —insistió mi amigo.

—No importa a quién, sino *cómo* —le respondí.

Los ojos de Sherlock Holmes brillaron.

—¿Cómo?

—He llevado a un amigo.

Moví la cabeza de pronto, porque había oído un ruido que venía de la plaza. Y me di cuenta de que Sherlock se había fijado en mi pelo.

—No entiendo nada, Irene.

Le cogí una mano.

—Después, quizá —le susurré.

—Ahí está —murmuró Lupin, asomándose en la niebla.

—¿Uno solo? —preguntó Sherlock, repentinamente alerta.

—Uno solo. Y… ¡caramba! —exclamó en voz baja Lupin. Se volvió para mirarme—. Es para no creérselo.

—¿El qué?

La persona que se había presentado en el cementerio era el hombre-salmonete que habíamos perseguido desde Los Calzones Rojos.

Sherlock saltó por encima de nosotros y salió al descubierto. Arsène quiso ir tras él, pero yo lo retuve.

—Deja que vaya él —le aconsejé—. Nunca lo ha visto.

Luego me quedé apoyada en Lupin, observando a escondidas. Lancé una mirada al señor Nelson, que estaba detrás de mí.

Él echó una ojeada a la calle y torció el gesto.

—Todavía nada —me susurró.

Volví a mirar a Sherlock, que avanzaba con una mano en el bastón en que aún se apoyaba y la otra en el bolsón del dinero.

—Vendrán… —murmuré entre dientes.

—¿Quiénes tienen que venir? —susurró Arsène.

Los dos caminaron el uno hacia el otro hasta que estuvieron a una veintena de pasos. El hombre-salmonete le hizo seña a Sherlock de que se parara y él obedeció. Dejó en el suelo el bolsón negro con el dinero y levantó los brazos para que viera que no llevaba armas.

—Un chiquillo —murmuró el hombre-salmonete—. Sabía que vendría un chiquillo.

Desde nuestro escondite tras la esquina noté que Arsène daba un respingo.

—Piensa que soy yo —intuyó—. Se lo ha dicho Hibou.

—¿Cómo está mi primo? —preguntó Sherlock, que lo había comprendido.

—No te imaginaba tan feo… —dijo aún el hombre-salmonete—. ¿Qué te ha pasado? ¿Te gusta dejar que te peguen?

—Solo los amigos —respondió Sherlock con calma.

El hombre-salmonete rio, respirando ruidosamente por la nariz.

—Ya me había dicho que eras un arrogantillo… —musitó. Luego miró el bolsón—. ¿Has traído el dinero?

—Y tú, ¿has traído a mi primo?

El hombre-salmonete soltó otra risita.

—¿Tú qué crees? ¿Acaso lo ves por aquí? ¿Somos dos?

—Solo veo a una persona —replicó Sherlock—. Y la veo muy nerviosa.

El hombre-salmonete sacudió la cabeza, como si hubiese recibido un latigazo.

—¡Cuidado con cómo hablas!

—Y tú ten cuidado con cómo escribes. Querías el dinero. Aquí está. Pero, a cambio, yo quiero a mi primo.

—Dame esa bolsa y te diré dónde está escondido.

—¿Y quién me asegura que está bien?

El hombre-salmonete abrió los brazos.

—Dame el dinero, chico.

Todos, ellos y nosotros, oímos ruido de pasos en una de las calles lejanas. Una puerta que se abría y se cerraba con un golpe lúgubre, y aquello pareció poner aún más nervioso al hombre-salmonete.

—¡Venga, no te andes con cuentos!

—Dime dónde está mi primo.

El hombre-salmonete apuntó a Sherlock con un dedo largo y huesudo y de debajo de la manga de la chaqueta asomaron otra vez las dos horribles letras L marcadas a fuego en el antebrazo.

—Me estoy enfadando, muchacho. Y estoy perdiendo la paciencia. Te has portado muy bien hasta ahora, pero te aconsejo que no me provoques más…

En aquel momento, el señor Nelson me puso una mano en el hombro y me lo apretó suavemente.

Di un respingo, me volví a mirarlo con los ojos desorbitados y él asintió.

Repetí el gesto con Arsène, que me preguntó casi sin voz:

—¿Quiénes?

—Todos —le respondí yo.

Sherlock Holmes estaba ahora en el centro del escenario. Clavó la punta del bastón en el suelo, delante de sus zapatos, y se apoyó en él.

—¿Sabes por qué no quiero darte este dinero, Lolo, el Plumas?

El hombre-salmonete dio un respingo, alarmado.

—¿Cómo sabes mi nombre?

Sherlock rio.

—¿Y quién no conoce a Lolo, el Plumas? En los bajos fondos todo el mundo ha oído contar tu historia, tan desgarradora que mi primo incluso la ha anotado en sus cuadernos. La historia de uno de tantos huérfanos callejeros de París, un ladronzuelo que trata de robarle dos monedas del bolsillo a un hombre que, para su desgracia, es el mal afamado Le Boeuf, Cabeza de Toro, el jefe de los Calzones Rojos, en aquel tiempo una banda criminal recién nacida, joven y feroz. El ladronzuelo es pillado y Le Boeuf, para darle una lección, lo marca dos veces a fuego, como habría hecho con un buey destinado al matadero. Dos letras L impresas para siempre en tu piel, dos, como las monedas que quisiste robar. Dos letras que hasta te darán tu nuevo nombre, ¡Lo… Lo! Y luego un inesperado final feliz: Cabeza de Toro le coge cariño al pequeño Lolo y, pese a que sea enclenque y débil, lo convierte en uno de sus secuaces. Quién sabe cuánta gratitud debiste de sentir por aquel hombre que primero te perdonó la vida y luego te permitió vivir en uno de sus gallineros… O puede que no sea así. Puede que aquel niño marcado a fuego nunca haya dejado de abrigar un odio profundo hacia Cabeza de Toro. ¿Acaso fue precisamente ese el problema? ¿Que mi primo vio algo más? ¿Qué sucedió hace tres noches?

—¿Qué andas cotorreando, muchacho? ¿A qué te refieres?

—¡Dímelo tú! Yo no lo sé. ¿Mataste tú a Ascanio?

—¡Yo no he matado a nadie! —chilló Lolo, el Plumas—. ¡Yo no tengo nada que ver con el incendio!

—Y entonces ¿quién? ¿Fue mi primo?

—¡No! Él… él… ¡me dijo que fue un accidente! Que, como siempre, aquel idiota había bebido demasiado… y que después de

firmar el acuerdo…

—¿Firmar el acuerdo? ¿Qué acuerdo? ¡¿El de paz con los Calzones Rojos?! —gritó Sherlock.

—¿Qué otro acuerdo podía firmar, según tú? ¡Sí, era ese acuerdo! ¡Y sí, Ascanio lo había firmado! Pero también había bebido para firmarlo y se movía mal en su maldita barcaza… y de repente tiró al suelo la lámpara de petróleo. ¡Él solo! Lo hizo todo él solo. La barcaza se prendió fuego, tu primo se lanzó al agua… pero Ascanio no, estaba demasiado borracho para salir de allí. Y se quemó él solo… ¡Él y su acuerdo!

—¿*Este* acuerdo? —preguntó Sherlock, que levantó la libreta quemada que Arsène había recuperado en el barco.

—¿Y eso qué es? ¿Cómo es que lo tienes?

—El acuerdo, Lolo. El que mi primo quería que firmaran los jefes de ambas bandas. Él quería la paz. ¡Y la había logrado! Los había hecho razonar. Pero luego, después de tirarse al río… ¿Qué hizo? ¿Fue a verte?

—¡Yo lo salvé! ¡Eso por supuesto! —respondió el hombre-salmonete.

—Y en vez de llevarlo a casa… o con tu jefe, a la carnicería…

—¡Cabeza de Toro no es mi jefe!

—Pero ¿cómo? ¿No trabajas para él? Te llaman Lolo, el Plumas porque desplumas pollos, ¿no es así?

El hombre-salmonete lanzó un alarido lúgubre y espantoso mientras se apretaba las sienes con las manos.

Holmes sonrió sarcásticamente.

—Pollos, pollos, pollos. Pollos imbéciles, mientras los demás se enriquecen, ¿no es cierto? Tú intentas escalar y esperas, pero todo lo que te ordenan es desplumar más pollos. Y cuando en las dos orillas se empieza a hablar de tregua entre bandas, piensas que no debe suceder. Tú odias a Cabeza de Toro. Y si él y Ascanio se ponen de acuerdo, tú ya no tendrás ninguna oportunidad. Esa noche viste montar a mi primo en la barcaza de Ascanio. Y querías estar presente también. Subiste sin que nadie te viera y, cuando comprendiste lo que sucedía, pensaste boicotear la negociación. Ascanio estaba borracho aquella noche. Le prendiste fuego a la barcaza y él no consiguió escapar. Sabías que, si Ascanio moría, el acuerdo saltaría por los aires, pues su mano derecha, el Verdugo,

jamás se doblegaría a los Calzones Rojos.

—¡Ya basta, chico! ¡Cállate!

—Tú y Fabien os zambullisteis y, cuando alcanzasteis la orilla, tú lo secuestraste, porque era un testigo. E hiciste correr la voz de que había sido Cabeza de Toro el que había matado a Ascanio. —Sherlock Holmes levantó el bastón como un director de orquesta su batuta—. Pero luego, al descubrir que tu prisionero es rico, pensaste que no estaría mal sacar tajada del asunto. Fuiste a casa del hombre y, cuando viste que había alguien, lanzaste un mensaje con el gancho de los Calzones Rojos para ganar tiempo.

—¡No es verdad!

—¡Sí que es verdad! Nosotros hemos recogido ese gancho.

Me puse tensa al oír aquellas palabras, y lo mismo hizo Arsène.

—¿Por qué ha dicho *nosotros*?

—Ha cometido un error —murmuró mi amigo.

—O quizá no… —dije yo, mirando las sombras que se movían a nuestro alrededor.

—La verdad, Lolo… —siguió diciendo Sherlock entre, tanto—. Es que esta clase de delitos no es en absoluto tu fuerte y tardaste un poco en comprender qué es lo que debías hacer: pedir un rescate, embolsarte el dinero y luego cargarte de todos modos a mi primo, haciéndolo callar para siempre. ¡Nunca sabes cómo actuar, solo se te ocurre escapar! Y por eso lo único que te han dejado hacer siempre es desplumar pollos.

—¡QUE TE CALLES! ¡Ya basta! —gritó el hombre-salmonete, que, con una rapidez desconcertante, abrió una navaja y la lanzó.

—¡Sherlock! —grité cuando vi un centelleo separarse de su mano en dirección a mi amigo.

Sherlock hizo girar el bastón y luego se desplomó.

—¡No! —gritó Arsène Lupin, saliendo de la esquina como una furia.

El hombre-salmonete miró en nuestra dirección. Vio a Arsène y luego a mí, a su espalda, con las manos en la boca. Y los ojos puestos en el cuerpo caído de Sherlock.

Me reconoció, lamentablemente. Y dio media vuelta, dispuesto a escapar.

Pero se detuvo casi en el acto: en las calles que desembocaban en la plaza se habían materializado más personas. A un lado, tipos

con abrigos largos y pendientes de pirata, guiados por un chiquillo cojo; al otro, chaquetas cortas y pantalones anchos hasta más abajo de la rodilla, y un cocinero con un gran trapo de cuadros alrededor del cuello. Habían llegado los Barqueros con Grigot. Y los Calzones Rojos con Simon.

Me habían escuchado. Me habían creído. Y habían ido a ver.

No supe nunca si aquella noche Fernand Le Boeuf había decidido participar también en la expedición, porque lo que ocurrió a continuación me impidió enterarme. Sabía que todos los presentes habían escuchado las palabras de Sherlock y de Lolo, y cuando aquel canalla saltó la tapia del cementerio para huir, las dos bandas de ladrones lo persiguieron.

Juntas.

Y, muy pronto, donde poco antes había casi cuarenta personas no quedó nadie salvo el señor Nelson, Lupin y yo.

Y Sherlock Holmes, tumbado en el suelo.

Capítulo 19

UNA (POCO AGRADABLE) PISTA

—¡Sherlock! ¡Sherlock! —grité, corriendo hasta él.

Arsène iba por delante de mí y se inclinó sobre nuestro amigo antes de que yo llegara.

«No se mueve», pensé.

¡No se movía!

Pero luego, en cambio:

—¡Uj! —exclamó Sherlock Holmes, girando sobre sí—. ¡Un segundo más y se me habría revuelto el estómago!

Arsène se había arrodillado a su lado y, rápidamente, le inspeccionó la cabeza y luego el cuerpo.

—¿Dónde te ha dado? —le preguntó al no ver ni trazas de herida.

—Como en los tres cuartos, diría… —respondió Sherlock señalando el bastón, que había rodado junto a él. Entonces me di cuenta de que, desde que había oído quejarse a Sherlock, me había quedado inmóvil, sin respirar. Me despabilé, recogí el bastón para él y se lo di. Tenía un corte profundo a la altura de los tres cuartos de su longitud.

—Me temo que ya no va a ser muy útil —murmuró Sherlock a Arsène, que lo ayudaba a ponerse en pie.

—Un golpe digno de mi padre… —le dijo su amigo, sonriendo —. Podrías tener un puesto fijo en su circo.

—No creo que pudiera repetirlo —reconoció Sherlock mientras

se sacudía el traje—. Caray, ha faltado poco. Y debo confesaros que, aunque estaba preparado, no creí que el tipo ese apestara tanto.

Yo también había percibido aquella noche el fortísimo olor a pescado del hombre-salmonete. Miré a Sherlock.

—¿Y tú cómo lo sabías?

—Por una nota al margen del meticuloso primo de Arsène —explicó él—. ¿Recordáis que os he dicho que estaba consultando dos libros? El de filosofía política y un segundo…

—De química —precisó Arsène.

—Exacto. Tenía abierto ese libro por la página en que se habla de una sustancia recién descubierta por el doctor Andreas Strecker, llamada colina, que se metaboliza en nuestro organismo como trimetilamina…

—Sherlock… —traté de interrumpirlo. La situación era vagamente irreal: en una plaza vacía, a la puerta de un cementerio, nuestro amigo se entretenía en querer darnos la enésima muestra de su talento para la lógica.

—Una sustancia con un característico olor a pescado. En personas con una dieta muy poco equilibrada, por ejemplo a base solamente de huevos e higaditos de pollo, puede ocurrir que la trimetilamina transpire con el sudor y las vuelva tremendamente hediondas…

—Lo cual no nos ayuda, sin embargo, a saber qué ha sido de mi primo —observó Arsène.

—Aquí he de corregirte, amigo —dijo Sherlock con una sonrisa —. Porque, para poder rescatarlo, solo nos faltaba una información. Es decir, si el gallinero de Lolo se encuentra a orillas del Sena o en algún lugar del campo, y más o menos a qué altura.

—Ha dicho que pescó el cuerpo de Hibou… —observó.

—Quien, desde luego, cuando se tiró al río no se puso a nadar contra la corriente —terminó de decir Sherlock.

Capítulo 20

LA CÓLERA DEL DESTINO

Dos días más tarde, en nuestro piso de la rue du Bac, había cierto silencio, ese cierto silencio que acompaña los momentos en que hay que tomar una decisión importante. Leopold iba a anunciarnos si él y Geneviève habían decidido permanecer más tiempo en París, pese a las mil dificultades, o si tendríamos que hacer nuevamente el equipaje para regresar a Évreux.

Nuestra semana parisina terminó tal como había empezado, con una cena a la que estaban invitados mis amigos. Y, junto con ellos, sus respectivos parientes: Mycroft por la familia Holmes, Fabien d'Andressy y Théophraste por la de Lupin. Esto último nos parecía especialmente interesante mientras lo organizábamos todo, porque, desde que se había separado de su mujer hacía ya más de siete años, Théophraste no había tenido ni un solo contacto con la familia de la madre de Arsène y había sido, por decirlo de algún modo, «borrado del mapa».

Mi padre, sin duda de común acuerdo con Geneviève, incluso había enviado un carruaje a la Obra Benéfica con la esperanza de que Sophie quisiera concedernos el honor de asistir a una cena en la que nos juntaríamos todos antes de que nosotros, quizá, abandonáramos de nuevo la ciudad.

En previsión de aquella cena, Lupin y yo habíamos trabajado con las familias para que las piezas de nuestra versión de aquella increíble noche a orillas del Sena encajaran a la perfección. Y, a menos que alguien de la mesa se empeñara en preguntar por detalles y a qué hora nos habíamos encontrado aquel día, nos pareció que habíamos compuesto una versión plausible.

Habíamos liberado a Fabien

d’Andressy
poco antes de que sonaran las tres en el campanario de la iglesia más cercana. Como Sherlock había supuesto, estaba atado en el gallinero, en un rincón oscuro y lejos de la calle. No se encontraba en malas condiciones, solo un poco desnutrido, sucio y sediento. Pero su sentido ético estaba más manchado que su ropa (Lolo no había considerado necesario proporcionarle otra para que se quitara la que llevaba cuando se había tirado al río). Se presentó al día siguiente en comisaría, donde dejó escrita una larguísima declaración sobre todas las actividades de las dos bandas de ladrones con las cuales había terminado mezclado, aunque fuera animado por las mejores intenciones.

Y aunque nos dijo, de modo teatrero, que haría mejor en quemar buena parte de los libros que lo habían convencido para actuar de aquel modo, no solo nunca lo hizo, sino que a los pocos años emprendió, y con éxito, la carrera política. Y dio brillo de una vez por todas, bajo la mirada recelosa de su familia, a aquella palabra que le había robado el alma: socialismo.

Fue, en suma, una buena persona.

Y, en cierto sentido, mejor que aquella en la que, con el paso de los años, se convirtió su primo Arsène. O quien esto escribe.

E incluso mejor que Sherlock Holmes, quien, de nosotros tres, a ojos desatentos o simplemente superficiales, fue el único que eligió de manera clara la colaboración con la justicia.

Pero no es de esto, ni de los años posteriores, de lo que quería hablar.

Sino de la cena.

Y deseo poder hacerlo con la máxima lucidez.

A ser posible, sin lágrimas.

Todo parecía estar arreglado por fin. Sherlock Holmes y Arsène Lupin habían leído todos los periódicos que habían podido procurarse en busca de noticias sobre la guerra de las bandas, pero no encontraron ni una. Señal de que al final la guerra no había estallado. O que la policía, con la información de Fabien, había desmantelado ambas organizaciones.

Mientras me preparaba para la cena (había elegido un maravilloso vestido azul noche, un color que, desde aquel día, no he vuelto a vestir jamás), miraba mi cara reflejada en el espejo del

tocador. Y me parecía estar viendo a otra persona.

Había tenido que cortarme el pelo para disimular lo que Grigot me había hecho y, privada de mi habitual melena de tirabuzones rojizos, me sentía más pequeña y frágil.

La señora Cocotte, antes de oír mis deseos sobre el peinado, me había hecho saber que había peinado a tres generaciones de señoras Adler, de mi abuela a mí pasando por Geneviève, mi madre (¡ah, si la pobre señora Cocotte hubiese sabido la verdad!).

Pero, cuando le hube explicado qué peinado quería, todo su parloteo había cesado. Yo había decidido cortarme el pelo muy corto, hasta poco más abajo de las orejas, sobre todo porque era el único modo de disimular el mechón faltante, y también porque mis largos tirabuzones pelirrojos habían ocasionado no pocos problemas en aquella aventura parisina. Y no solo a mí.

Ante aquella petición, la señora Cocotte me había mirado con los ojos como platos, incrédula y escandalizada.

—¿Y qué dirá su madre?

—Mi madre está de acuerdo conmigo —había replicado, para luego insistir en que cortara.

Cuando me había levantado de la silla y me había mirado al espejo, ya no estaba muy segura. La señora Cocotte había domado mis cortos rizos con mil horquillas y, tan aplanado, a mi pelo le costaba encontrar el espacio necesario para sentirse vivo. Si alguno de mis amigos quería ironizar sobre mi poca feminidad, no podría protestar, yo me lo había buscado.

Eso, al menos, era lo que había pensado en el momento, porque, cuando Arsène me vio recién salida de la peluquería de señoras, con la cara empolvada y las mejillas maquilladas, había abierto la boca de sorpresa de una manera absolutamente exagerada. E igual de espontánea.

—¡Tendrías que haberme advertido de que también sabías arreglarte como una auténtica mujer, Irene! —me había confesado.

Naturalmente, le había asestado un codazo.

Y fue increíble, pero Geneviève estuvo sinceramente de acuerdo con lo que había hecho; es más, cuando me vio, me hizo girar a un lado y a otro como si hubiese sido uno de esos figurines dibujados en las revistas de moda y me dijo:

—¡Oh, Irene, cuánto me gustaría tener el valor de hacer lo

mismo!

A veces solo hace falta un poco de valor.

Los invitados llegaron cada uno por su lado. Arsène y su padre los primeros, después Mycroft, Sherlock, y por último el primo Fabien, que se presentó con una botella de champán Magnum casi tan alta como él.

En un santiamén, por nuestro salón se propagó una alegría contagiosa. Y cuando el señor Nelson me anunció que había llegado también el carruaje que mi padre había mandado a la Obra Benéfica, yo abrí la puerta de casa sin pensar y me precipité escalera abajo para recibir a Sophie.

Me llevé una decepción terrible cuando vi que, al otro lado de la ventanilla, en vez del rostro de mi madre biológica estaba el morro sobresaliente de Bocagrande.

—¡Señorita! —me llamó.

Fue como si me hubieran ensuciado de barro el vestido.

No quería hablar con él. No quería, aquella noche, tener nada que ver con…

—La señora no ha podido venir… —dijo Bocagrande—. Pero he pensado pasar yo en su lugar, solo un momento. Y solo para hablar con usted… No ha ido más por la Villa de Oro, como había prometido…

¿Por qué no me dejaban en paz todas aquellas personas? ¿Cuánto más necesitaban?

Me volví y escapé metiéndome en el portal, insensible y furiosa como solo las adolescentes pueden estarlo.

Subí la escalera sin comprender que aquella noche Bocagrande había reunido coraje para hacer un gesto importante: venir a mi casa, espontáneamente, solo para avisarme de un rumor que había oído por ahí.

No pudo hacerlo, sin embargo. El carruaje los devolvió a él y sus historias al comedor para pobres mientras la chiquilla que aquella noche ocupaba el lugar de Irene continuaba, inconsciente, con su mascarada.

Volví arriba.

—No viene —les dije a Leopold y a Geneviève.

Y nos sentamos a la mesa.

Mi madre adoptiva se retiró casi enseguida, tal vez por la tensión que había acumulado con la invitación a Sophie. Nos pidió que la disculpáramos y subió a su habitación. Recuerdo aún, perfectamente, la manera en que dobló la servilleta, la dejó al lado de los cubiertos de plata, hizo un ademán al señor Nelson para que empezara a servir los entrantes y, tras rozarle un hombro a mi padre, se alejó por el pasillo.

Entre nosotros, la conversación prosiguió como si nada. Y la simpatía de Arsène, unida a la de su primo, logró hacer reír incluso al impasible Mycroft. Los vasos tintineaban, y también los cubiertos.

Al llegar al segundo entrante, sin embargo, mi padre me hizo una seña con la cabeza.

—¿No te importaría ir a ver cómo está mamá? —me preguntó.

Yo dejé los cubiertos y obedecí sin pensarlo. Notaba a mi espalda las miradas de Sherlock y de Lupin, pero quizá solo fuera mi sobreexcitación de aquella noche. Sentía algo eléctrico en el aire.

Y acertaba en mi sensación, pero no tenía los pies suficientemente en la tierra para saber por qué.

Sherlock, en cambio, había estado bastante silencioso hasta aquel momento. Había hecho los honores a los entrantes, había bromeado con Lupin, pero era como si no estuviera del todo con nosotros. Me pregunté si sería la presencia de Fabien, al que habíamos conocido en circunstancias tan difíciles, la que lo cohibía.

—¡Ah, quién sabe qué nos aguarda de bueno ahora! —oí decir a mi padre mientras me alejaba—. ¿Saben?, Geneviève mantiene en riguroso secreto los platos de cada cena. Ojo con preguntarle qué menú tiene previsto, porque sería muy capaz de enfadarse… Pero, a juzgar por el aroma que viene de la cocina, diría que le ha ordenado a la cocinera que prepare… *marmite dieppoise* o alguna otra sopa de pescado. ¿No es verdad, Horace?

—¿Perdón, señor?

—¿El primer plato es una sopa de pescado?

—Me temo que no, señor. Nada de sopa esta noche, sino un *fricasé* de setas a la alsaciana.

—Qué raro —comentó mi padre—, estaba convencido de haber olido a…

Y fue en aquel momento cuando Sherlock Holmes se alzó de sopetón de la mesa.

—¿Mamá? —pregunté al acercarme a la puerta de su habitación. Al no recibir respuesta, toqué levemente. Y puesto que la puerta estaba entornada, la empujé.

No percibí enseguida el mal olor. Me llegó de golpe una vez estuve dentro.

—¿Mamá?

La habitación de mis padres adoptivos era bastante grande: una cama con baldaquín forrado de tela verde, un diván en forma de media luna a los pies de la cama, el tocador de mi madre en un rincón, una chimenea en el mismo sitio que la de mi habitación y dos puertas, la del vestidor y la del cuarto con la bañera, respectivamente.

—Cierra la puerta —me ordenó una voz desde las sombras.

Se me heló la sangre en las venas.

Y vi con horror al hombre-salmonete, que le tenía puesta una navaja en el cuello a Geneviève.

Me pareció que todo daba vueltas. Cada cosa de la habitación, cada pensamiento, cada ruido procedente del salón. Vi junto a la chimenea la puertecita entreabierta del pasadizo de servicio, la de Dungeonnes, y de repente comprendí que todo era real.

No solo aquel hombre, quién sabe cómo, había logrado escapar de sus perseguidores la noche del cementerio, sino que también había descubierto dónde vivía, me había seguido y se había introducido en casa. ¿Para qué?

Mi madre debía de haberlo sorprendido justo cuando se disponía a desvalijar los cajones o…

—No hagas tonterías —le dije, alargando las manos—. Y suelta a mi madre.

Geneviève tenía las pupilas dilatadas por el miedo, y su piel blanca estaba más pálida de lo que le hubiera visto nunca.

—¡Te daré todo lo que quieras! —susurré, demasiado asustada para hablar más fuerte—. Quieres las joyas, ¿no? ¿Quieres el dinero? ¡Sé dónde está! ¡Te lo doy ahora mismo, pero, por favor, no hagas tonterías!

—¡Todo es culpa tuya! —masculló el ladrón, tapándole la boca a mi madre con una mano y blandiendo contra mí la navaja—. ¡Todo culpa tuya! Desde que me abrasaste la cara en la taberna, ¿te acuerdas?

Recordaba haberle tirado una tetera, nada más.

—¡Y luego la trampa en el cementerio! Me he enterado, ¿sabes? ¡Me han dicho que fuiste tú quien avisó a todos!

—¡No es verdad! —dije jadeante—. ¡No te han dicho nada! ¡Coge las joyas, venga, y vete!

—No son joyas lo que quiero —replicó él, desembarazándose de mi madre como de una muñeca de trapo—. ¡Quiero venganza!

En ese momento oí jaleo fuera de la habitación y luego las pisadas de alguien que corría.

—¡Irene! —gritó Sherlock desde el pasillo.

—¡Quieta! —gritó Lolo, arrojándose sobre mí.

Lo vi alzar el cuchillo y descargarlo contra mí. Y en el mismo instante vi que alguien se arrojaba entre nosotros.

Sherlock abrió la puerta.

—¡TÚ! —gritó al reconocer al hombre-salmonete tumbado en el suelo. Lo levantó por las solapas y lo lanzó con todas sus fuerzas contra una pared. Luego le saltó encima. Solo entonces abrí los ojos, respiré y comprendí que me habían tirado al suelo y que Geneviève yacía encima de mí.

—¿Mamá? —murmuré.

Era tan ligera como una sombrilla. Mientras Sherlock y el hombre-salmonete se peleaban a mi lado, pero a una distancia que me parecía sideral, agarré a Geneviève por los hombros y le di la vuelta.

Su vestido de color marfil tenía una enorme mancha oscura a la altura del pecho.

—¡MAMÁ! —grité horrorizada.

Llegaron también los demás. Vieron a Sherlock y al ladrón, luego a Geneviève y a mí. Todos empezaron a gritar y me pareció que el mundo se había hecho pedazos de repente.

Geneviève abrió por última vez los ojos. Me miró. Esbozó una sonrisa.

—Dilo de nuevo… —musitó—. Dilo de nuevo, por favor…

Me caían tantas lágrimas y tenía tanto miedo que no sabía lo que hacer, cómo hacerlo, qué decir ni cómo no ahogarme.

—Ni lo pienses, mamá… ¡ni lo pienses! —pude balbucir.

Sentía que se iba.

Cada vez más ligera. Cada vez más lejana.

—¡Mamá!

Leopold disparó una pistola.

Geneviève se estremeció en mis brazos.

Y todo se detuvo.

Todo, menos Arsène Lupin; de algún modo, había oído el ruido de una muleta al otro lado de la puertecita de la chimenea.

Me dijeron que fue él quien le echó mano al otro ladrón, Grigot.

Pero ¿qué importancia tenía?

No le había dicho ninguna de las mil cosas que habría querido decirle.

Y ya no podía hacerlo.

No le había dicho nada, ni lo más importante de todo. ¡Oh, estúpida Irene! ¡Estúpida y orgullosa chiquilla!

Aunque no nos lleváramos bien, aunque riñéramos, aunque nunca me había comprendido de verdad, Geneviève Adler siempre había estado allí. Estaba a mi lado en cada uno de mis recuerdos. Distante, quizá, pero en todo caso dispuesta a comprender. Dispuesta a ser criticada y tratada mal. A cargar con sus culpas y con otras que no eran suyas.

Había sido todo eso, siempre. Como debía ser. Y tal vez no le había sido fácil cada vez que sus amigas le hacían notar lo poco que yo me parecía a ella y a su marido. En la nariz, quizá. Pero ¡todo aquel pelo!

Pero Geneviève había seguido adelante. Había dejado de repetirse que la niña que tenía en su casa no era suya y se había dado cuenta de que era simplemente una niña.

Que solo quería ser mimada.

Ella me había mimado, como había podido. Quizá poco. Pero como había podido.

No me había dejado.

Había estado allí. Siempre.

Aunque se equivocara. Aunque yo le había dicho que se equivocaba.

Y luego, aquella noche, cuando su niña había corrido el peligro de morir, no había dudado un instante en interponerse entre su niña y el puñal.

¡Su estúpida, estúpida niña!

¿De qué servía llorar?

¿Y todas aquellas voces alrededor de nosotras?

¿A quién llamaban?

Parad todos, por favor.

Ahora basta. Basta de escribir, de recordar. Todo son tonterías. Todo tonterías.

Porque, por todo esto que os he dicho, y por un millón de cosas más, Geneviève Adler era mi madre.

Capítulo 21

ADIOSES Y PROMESAS

Hubo un segundo funeral al que asistieron pocas personas. No merece una larga descripción. Ni tal vez fuera capaz de hacerla.

Solo recuerdo que iba acompañada por Leopold a un lado y por el señor Nelson al otro, y que entre ellos dos parecía haber desaparecido cualquier diferencia social. Eran dos hombres fuertes que me querían y me ayudaban a caminar en medio de ambos. Con la cabeza alta.

No la bajé en ningún momento, ni siquiera cuando el incienso invadió la iglesia. Ni siquiera cuando el cura habló de Nuestro Señor y de su infinita misericordia. Yo no quería que fuera misericordioso. Deseaba que fuera como san Cristóbal, indomable, capaz de superar cualquier corriente. Y que sostuviera firmemente a Geneviève sobre los hombros.

Lo desafié con aquella fuerza especial que poseemos a esa edad y Él me prometió que sería así para mí. Indomable.

Detrás de mí estaban ellos.

Mis amigos especiales. Callados y serios. Como si nuestro juego hubiera dado un giro inesperado.

Como si aquella semana hubiésemos empezado a jugar de verdad con cosas de mayores.

Notaba la mirada de Sherlock Holmes a mi derecha, y en aquella mirada sentía el consuelo de sus pensamientos, que se ordenaban a la velocidad de la luz en cajas especiales que reservaba para mí. Y a mi izquierda, a la misma distancia que Sherlock, me punzaba la mirada de Arsène Lupin, igual de intensa pero de naturaleza completamente distinta. Era una mirada maravillada y

transformadora, expresión de algo que se movía sin poder ser apresado o comprendido nunca a fondo.

Y luego, sí, imagino que estaban todos los demás, Mycroft, Théophraste, la madre de Lupin y Sophie, que de aquella manera había perdido para siempre la posibilidad de reconciliarse con su propio pasado.

Fuera cual fuese el misterio de mi verdadera familia y los peligros invisibles de los que había querido tenerme alejada, ella se había ido. Y aquel misterio tenía para mí, llegado ese punto, el olor rancio de las cosas falsas.

Ya no me interesaba.

Agarré la mano de Leopold cuando la misa terminó.

Y luego la del señor Nelson. Sabía que se sentía culpable por no haberme vigilado y defendido lo suficiente. Y sabía que, como mi padre, nunca hallaría paz por lo sucedido.

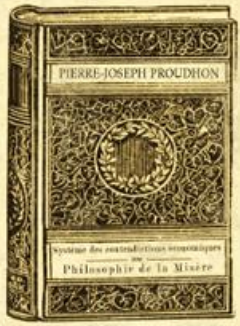
—Creo que deberíamos cambiar muchas cosas… —murmuró Leopold mientras cuatro portadores se llevaban el féretro de mi madre—. No creo que pueda quedarme en París mucho más tiempo. Cada rincón de esta ciudad me recuerda a ella… —Mi padre guardó un largo silencio antes de añadir—: No puedo, Irene.

Nunca lo había visto tan trastornado.

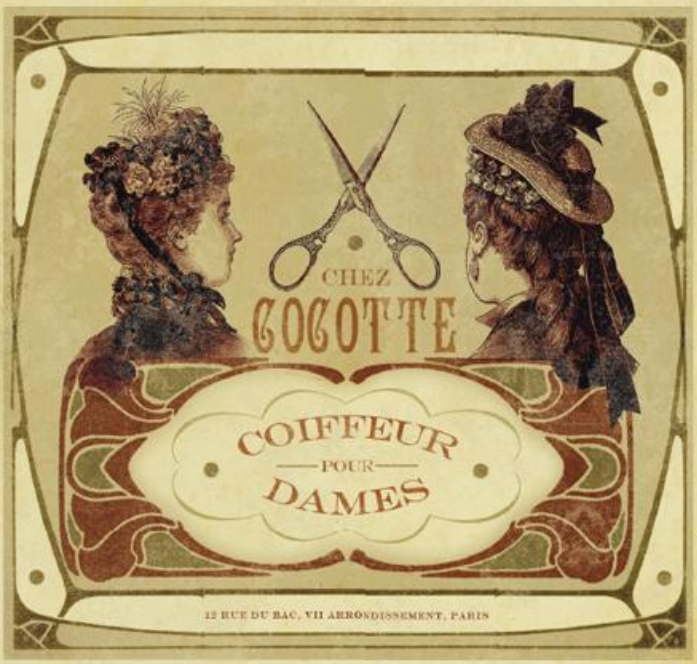
—Sí, papá, nos iremos… —respondí—. Encontraremos otra ciudad… Un lugar donde el recuerdo no duela demasiado.

Y estreché con fuerza su mano entre las mías mientras pensaba que, una vez más, mi vida estaba a punto de cambiar.

PONT D'AUSTERLITZ
- PARIS -


PIERRE-JOSEPH PROUDHON
Système des contradictions économiques
ou
Philosophie de la Misère

FABRIQUE DE SERRURERIE
pour Bâtiments
J. Plomdeur-Tournier
12 Rue de la Madeleine


CHEZ
COCOTTE
COIFFEUR
POUR
DAMES
12 RUE DU BAC, VII ARRONDISSEMENT, PARIS